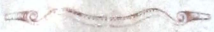




EDUARDA MANHILLA DE GARCIA

El Médico de San Luis



LA VISION DE MIRZA

POR

JOSÉ ADDISON

Juana de Arc

POR

Alejandro Dumas



EN VENTA POR MAYOR

Artes 670

1893



EL
MÉDICO DE SAN LUIS

NOVELA AMERICANA DE

EDUARDA M. DE GARCIA

Precedida de apuntes por M. N. V. y de un estudio sobre la autora

POR

RAFAEL POMBO

APUNTES SOBRE ESTA EDICION DE EL MÉDICO DE SAN LUIS

Por M. N. V.

Nuestros lectores estan de plácemes: los de la última generacion, porque agotada hace años la edicion de *El Médico de San Luis*, van la mayor parte de ellos á conocerlo recién; y los mismos que una vez lo leyeron, porque su autora á fuer de ilustrada, al permitirnos la reimpression, casi no ha encontrado página en que no haya creído deber tocar algo; no incidiendo en un defecto tan comun entre nosotros cual es el de no preocuparse absolutamente de la forma. No atinaríamos á decir si es cierto que el genio sea la paciencia, pero sí que desde Horacio hasta Boileau y desde Boileau hasta Béranger, lo que es para la posteridad, el genio dura en razon directa de la paciencia; que Gertrudis Gomez de Avellaneda vivirá más que Fernan Caballero, por su correccion; y que esos manuscritos, especie de papel de música, de Buffon, J. J. Rousseau etc. que se conservan en las bibliotecas públicas, son precisamente la clave de la perfeccion de estilo de sus autores.

Nos proponíamos escribir de la señora de García los ligeros apuntes biográficos con que acostumbramos hacer preceder las obras más notables, cuando pudimos, con gran ventaja de nuestros lectores, dar con el interesante escrito del colombiano Rafael Pombo, poeta é ingeniero, Secretario de la Legacion Neo-Granadina en E. U. Pero, lo que sucede siempre entre nosotros: ya que era casual que encontrásemos algo americano, forzoso era que estuviese trunco. Es un número de *La Guirnalda*, publicada en Nueva York. Felizmente contiene lo esencial, sobre todo acerca de *El Médico de San Luis*, de nuestra *joya*, como la clasifica no el galante periodista colombiano, sino el maestro y censor Ventura de la Vega.

EDUARDA MANSILLA DE GARCIA

POR

DANIEL POMBO

Que la naturaleza es la madre artista y el modelo de los artistas, es antigua trivialidad, y parece confirmarse por la observacion de que ella á semejanza de estos, ó más bien éstos á semejanza de ella, tienen su trabajo *de abasto*,—ordinario, imperfecto y como farfullado por mano de los oficiales y no del amo;—y su trabajo de amor y de esmero, en el cual se proponen hacer por el honor de su firma. La naturaleza vuelve entónces, como ellos, á los mejores modelos, escoge los más esquisitos materiales, combina las escelencias de gusto y de servicio, de vista y de uso: trabaja ella misma, sin consentir otra colaboracion que la de Dios; y el resultado es desde luego una prenda sobresaliente, una joya de Exposicion.

A esta línea pertenece la señora doña Eduarda M. de García, esposa del actual Ministro Argentino en Washington, ya conocido de nuestros lectores por su ilustradora pluma.

El cielo y la naturaleza han reunido efectivamente en la brillante personalidad de la señora de García las gracias y los dones que soliendo andar distribuidos de uno en uno, bastan á menudo para hacer la fortuna de quienes los poseen. Hay en ella un monopolio, que desmiente aquella consoladora teoría propalada por los necesitados y los feos de que, segun la constitucion divina, dichos dones á semejanza de los cargos públicos y sus emolumentos, no son acumulables. Ella contradice igualmente la asercion de los naturalistas de que las aves que mejor cantan son las de ménos vistosa apariencia.

Fué su familia materna la dominante en el pais de su nacimiento por un período dilatado; y del apellido sud americano que de la independencia acá ha resonado más fuertemente en Europa. De posi-

cion y educacion no pudo haber aspirado á más de lo que le tocó y sigue siendo suyo; muchos de los más cultos y espléndidos salones de ambos continentes han sido ordinario teatro de su múltiple é irresistible prestigio; amó, y se casó con su elegido, digno por cierto de la más digna; y como esposa y madre, bien puede la realidad no haber desmentido ninguno de sus más dulces sueños de novia. Espiritual y fecunda escritora en todas líneas,—novela, drama, ensayos filosóficos, artículos descriptivos, correspondencia, etc., y aplaudida en todas, aun por los creadores y los críticos; artista de aficion é inspiracion, que con igual gracia y primor compone, ejecuta en el teclado y modula con la voz, cantando de una manera arrebatadora; soberana en la conversacion, y eléctrica en la agudeza de buen tono, en cualquiera de los cuatro idiomas que posee con perfeccion envidiable; tan estremada en la amistad cuanto mimada por sus amigos; y rica en fin de una hermosura descollante cuya armonía con el encanto y prodigiosa actividad de su espíritu describió Victor Hugo al dirigirle esta frase que todo lo dice y que redime al lector de la pálida descripcion que á falta de ella ensayáramos nosotros: « Vous êtes belle comme votre âme, votre sourire est un éblouissement. »

Si al tributar este homenaje á méritos tan singulares frisamos tal vez en lo indiscreto, tratando de una dama para la cual no hay corona que merezca sustituirse á la del hogar doméstico, alegarémos en defensa nuestra la ingobernable curiosidad del mundo por penetrar en el santuario de sus diosas. Ni somos en este caso los primeros como que de varias publicaciones de distintas épocas y de la voz de un círculo, cada día más vasto de admiradores respetuosos, recogemos las siguientes noticias que probarán que en nuestras palabras no se ha deslizado la lisonja ni la exajeracion.

Eduarda Mansilla de García nació en la ciudad de Buenos Aires el 11 de Diciembre de 1834. Fué su padre el benemérito general don Lucio Mansilla, guerrero de la Independencia, y más tarde, en 1845, comandante en jefe contra la flota anglo francesa en el célebre combate de *Obligado* cuyo fragor duró nueve horas, pero cuya memoria durará siempre en Paris, pues para consagrarla se dió ese

nombre á unas de las calles que desembocan en los Campos Eliseos. Fué su madre doña Agustina Rosas, la hermana predilecta del Dictador, y á quien Lord Hawden, embajador inglés en el Plata, adjudicó como el pastor de Ida la manzana del cértamen, declarándola « la belleza de ambos hemisferios. »

La hija heredó, á par que sus gracias, la predilección del autócrata argentino por aquella donosura de su corte : Eduarda era su sobrina favorita ; y cuando el Conde Walowski fué enviado por Luis Felipe á Buenos Aires, ella, con más inteligencia que años, pues apenas los once bailaban en su travieso palmito, servía de intérprete entre el Presidente y el Embajador. Espectáculo curioso, y temible recurso diplomático : la voz de semejante criatura sirviendo de conductor á un orgullo patrio sin límites y á una voluntad de hierro : la sonrisa de una niña fulminando el rayo.

A los 17 se casó con el hijo del gran estadista y diplomático don Manuel J. García, tenaz opositor de Rosas á pesar de que éste y la señora Aguirre de García eran parientes cercanos, lo cual dió lugar á que saludase la prensa aquel enlace llamándolo *la union de Romeo con Julieta*.

El primer ensayo formal de la pluma de Eduarda Mansilla no fué en castellano sino en frances, y no una descripción de una fiesta en Palermo, ó reminiscencias de una noche de teatro, ó un apéndice á las « Veladas de la Quinta, » sino,—¿ quién podría imaginarlo ?—un *Didlogo sobre la Resignacion*, á semejanza del *Fedon* del filósofo hijo de Apolo, cuya lectura la habia embelesado.

Diez y nueve años contaba cuando se publicó su primera obra, la novela de *El Médico de San Luis*, del género doméstico y sano y del gusto sobrio del « Vicario de Wakefield, » rara vez cultivado en nuestra lengua. Poco despues apareció como folletin de la « Tribuna » la *Lucia Miranda*, novela histórica basada sobre un episodio del descubrimiento del Rio de la Plata por Cabot. Siguióle el *Pablo ó la vida en las Pampas*, que, como su nombre lo indica, es descriptiva y del asunto más nacional que en su género puede escoger una pluma compatriota de los famosos gauchos. El eminente Laboulaye escribió el prefacio del *Pablo*, la novela misma fué escrita en frances y

salió á luz en la Revista de Arsenio Houssaye llamada « L'Artiste : » Victor Hugo la honró con un cumplido elogio, una revista alemana dijo que la descripción de la Pampa que ella contiene era digna de Humboldt, y en fin, está traducida al alemán, lo mismo que *El Médico de San Luis*; y al inglés bajo la inspección de Mrs. Horace Mann.

Sabemos que guarda inédita otra novela, *Marta*, y doce *Cuentos fantásticos* en francés, y que el teatro le debe dos dramas en prosa, *El Testamento y Marta*, los cuales nos son desconocidos, pero apostaríamos á que abundan en delidados rasgos de observación y en la animación que imprime á cuanto produce, un espíritu como el suyo, electricidad pensante. .

Sus artículos sueltos, su correspondencia, y otros escritos de colaboración en periódicos, formarían volúmenes; son como un jardín aéreo, de aquellos de Babilonia, que los vientos del desierto hubiesen esparcido caprichosamente en todas direcciones, pero cuyas flores confiadas al amor de magas jardineras, no perdiesen jamás su fragancia y su frescura. A los lectores de *El Mundo Nuevo* ha tocado más de una vez el grato privilegio de respirarlas. Su chispa peculiar, su ternura de sentimientos, sus felices reminiscencias de viajera, y la femenina volubilidad de su estilo, delatarían á la autora, dado que el seudónimo de Daniel no fuese un secreto á voces en la América meridional.

Su facilidad de composición en las letras es extensiva á la música, con sorpresa y deleite de los admitidos á sus misterios de artista. La última producción suya en este ramo que hemos visto impresa, es una romanza, *La Larme (The tear)*, sobre aquellas estrofas de Lamartine :

« Tombez, larmes silencieuses,
Sur une terre sans pitié, » etc.

Conocemos igualmente dos canciones manuscritas, la una sobre palabras españolas, y la otra sobre la poesía de Victor Hugo que empieza :

« S'il est un sein bien aimant
Dont l'honneur dispose, » etc.

Sobresale en estas composiciones la gracia de la melodía, de cierto gusto original y que un parisiense llamaría *distinguido*: gusto que ni es francés, ni italiano, ni alemán, ni andaluz; sino más bien sudamericano, que diríamos se refinó atravesando por todos aquellos países; cualidad de todo gusto perfecto, que en ninguna parte es extranjero, pero que conserva sin embargo su carácter propio y su sello nacional. Ojalá la señora de García autorizase la impresión de otras de esas perlas, que contribuirían á emanciparnos de la imitación servil de los europeos.

Eduarda García ha tenido con la Albani, la célebre contralto, y con el tenor Tamberlick grande amistad, á lo cual debe probablemente algo de su esquisito criterio lírico; y durante ocho años de residencia en París conoció todo aquel mundo oficial, literario y artístico, en el centro del cual, á buen seguro, su palabra y su canto siempre despertaron interés y sacaron airoso el amor propio argentino.

No queremos privar á nuestros lectores de un extracto siquiera del esmerado y favorabilísimo juicio que el ilustre Ventura de la Vega escribió en 1854 sobre la ya mencionada novela de *El Médico de San Luis*. (1) Cuando habla Ventura de la Vega no somos nosotros los que pretendamos añadir desenfadadamente una palabra. Las suyas califican la actitud y alcances de la aurora en las fases princi-

(1) Respecto de esta obra extractamos de una carta particular de Ventura de la Vega el siguiente juicio:

.....
He leído el « Atar-Gull » que quiere Vd. que le diga? Mi juicio no puede ser imparcial; el nombre de Mansilla que viene al frente se lleva todas mis simpatías y me predispone á sólo admirar. Y sabe Vd por que es eso? porque estoy encantado con el talento y los escritos de otra persona que lleva el mismo nombre: su hermana Eduarda. Sólo por cartas la conozco pues ella habita en París, pero estamos en correspondencia literaria y he leído una novela suya titulada « El Médico de San Luis » que le confieso á Vd. amigo, que es una verdadera joya.

Atar-Gull me hace ver que son dignos hermanos uno de otro. Lo único que se puede criticar al drama es la elección del asunto. Eugenio Sué es un autor de brocha gorda, y no merecía el honor de la que ha hecho Mansilla.»

pales de la alta composicion literaria. Lo que omitimos no es menos satisfactorio :

« *El Médico de San Luis* es una joyita preciosa!

« Hablemos de su fondo.—Qué ternura, qué delicadeza de sentimientos!—Qué moral tan pura, que filosofía tan práctica, no predicada en sermones empalagosos, ni en afectados y secos razonamientos, sinó desprediéndose y como deslizándose insensiblemente de las entrañas de la obra, de manera que se infiltra en el alma, sin que el lector lo note. A esto contribuye todo: así la fábula como los caractéres.

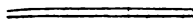
« En cuanto á la fábula, está hábilmente conducida. La gradacion del interés, cosa tan importante en toda obra de arte, se observa perfectamente. Empieza sencillísimamente, y poco á poco va creciendo y cautivando, hasta el punto de suceder lo que á mí me ha sucedido. Los acontecimientos marchan sin detenerse ni precipitarse, y todos son naturales y verosímiles, terminando con un desenlace de grandísimo mérito por lo inesperado é imprevisto; es un cuadro sublimemente patético, con un fondo de moral consoladora que me ha encantado. Hablo de la última escena en el calabozo, que es el verdadero desenlace.

« Y despues de aquel cuadro terrible, con qué habilidad nos lleva el autor á la boda de los muchachos, y á la comida guisada por Ña Marica, y á la grotesca familia de Amancio, vestida de colorines, y á aquel cuadro final de felicidad doméstica!

« Repito, amiga mia, que el pensamiento y el desarrollo de la fábula, son á mi juicio, excelentes.

« Vamos á los caractéres. Todos están perfectamente tocados, con la circunstancia notabilísima de no parecerse unos á otros, de ser cada uno una figura á parte, con su fisonomía especial.

.....
..... »



EL MEDICO

DE

SAN LUIS

En este siglo de *opulencia y refinamiento* ¿á quién podrá agradar un carácter como éste? Aquellos que no gusten sinó del gran mundo, apartarán sus ojos con desden, de la simplicidad de su modesto hogar de provincia; los que toman el mal tono por la alegría, no hallarán ninguna gracia á su inofensiva conversacion : y aquellos que han aprendido á burlarse de la religion, se reirán de un hombre que halla su mayor consuelo en la esperanza de otra vida.

OLIVER GOLDSMITH.

Introduccion al *Vicario de Wakefield*.

CAPÍTULO I

LA FAMILIA DE WILSON, SEMEJANZA DE LAS NIÑAS. CARÁCTER DE JANE WILSON

Siempre he pensado que el mayor ó menor grado de felicidad que se alcanza en la vida, está en razon directa de nuestras aspiraciones. Así yo que fui siempre sóbrio en mis deseos, me considero feliz

porque he conseguido realizar aquello que desde mis primeros años, formó la base de mis más caras esperanzas.

Cinco años despues de mi llegada á América, sin más recursos que los buenos ó malos estudios hechos en la Universidad de Edimburgo, tuve la suerte de casarme. Y si como á mi compañero Gifford, la fortuna no me ha prodigado sus más pingües favores, puedo asegurar que en el corazon de mi María he hallado una mina inagotable de bondad y dulzura.

Han pasado ya veinte y cinco años, desde el dia en que su anciano padre me la entregó en la puerta de la casa que hoy habitamos ; y un solo dia no he dejado de bendecir el dichoso instante que me inspiró la idea de encaminarme á la provincia de San Luis.

Sin embargo, algunos sinsabores he experimentado en el curso de mi vida. Mi primer hijo desde la más tierna edad fué delicado y enfermizo ; sólo el cuidado de todos los momentos que la madre sabe prodigar al hijo enfermo, han podido librar á mi Juan de una temprana muerte ; no obstante, los habitantes de estos alrededores aseguran que mi hijo no debe la vida sinó al saber extraordinario y milagroso del médico ingles. ¡ Pobres gentes, mucho fian en la omnipotencia de mi ciencia, así nada conmueve más mi corazon que escuchar los acentos tan sinceros con que á la cabecera del enfermo, ponen la vida de aquel en mis manos, confiando en mí á quien creen un agente directo de la Providencia !

Algun tiempo despues mi buena María hizome padre de dos niñas gemelas, tan frescas y sonrosadas, cuanto su hermano habia sido pálido y enfermizo.

Sara y Lia á la edad de quince años podian compararse á la mañana de un bello dia de primavera. El azul del cielo americano se rasfeja en sus ojos, y sus cabellos dorados y abundantes semejan á las cargadas espigas de trigo que cosecho todos los años en mi pequeña hacienda. Tienen todo el tipo ingles. Se parecen mucho á mi madre ; no obstante poseen ese misterioso encanto inherente á la mujer americana, que no ha sido explicado aún por ningun fisiólogo. Tan completa es su semejanza, que en los primeros años para distinguir las, necesitábamos ponerles alguna señal.

María no puede resistir á un movimiento muy marcado de vanidad desconocido hasta entónces á su alma, cuando los dias de fiesta al salir de misa, oye decir á los méndigos que están sentados á la puerta de la iglesia: *Dios las guarde, las mellizas idénticas, son tan bellas como buenas.* Tales palabras producen alguna agitacion, pues de vuelta á casa, mi mujer se complace en repetírmelas y mi hermana Jane replica con marcado disgusto: «Hermana, la vanidad es pecado muy peligroso por sus consecuencias,» y la madre se afana y asegura que no lo dijo por vanidad y agrega que sus hijas son modestas y recatadas, lo cual da lugar á un ligero altercado, á que ponen fin las niñas, abrazando á la tia y pidiéndole consienta en acompañarnos á almorzar.

La pobre Jane, no tiene mal carácter, y sin embargo, tal escena se repite frecuentemente: casi todos los domingos. Mi hermana es protestante; tiene diez años ménos que yo, pero al verla, flaca y encorvada apoyarse en su muleta para andar con más facilidad se le darian cincuenta. Sólo nosotros que conocemos la bondad de su corazón, le hacemos justicia y disculpamos su mal humor.

Desgraciada desde sus primeros años, y víctima del mal trato de una tia, que á la muerte de nuestra madre se encargó de su educacion, Jane asegura que sólo el dia que se embarcó para venir á reunirse conmigo á América durmió tranquila y sin zozobra.

Hay criaturas que nacen con mala estrella! Jane no ha sido nunca una belleza, pero un talle más esbelto y una manera de andar que recordarse mejor el *sesu patust dea* del poeta, no era posible hallar.

Carlos Gifford mi amigo y compañero de viaje, que desde su llegada al Rio de la Plata se habia dedicado á la carrera mercantil, insistiendo conmigo para que abandonase mi profesion y le imitase, me aseguró no bien la conoció, que así que pudiese girar sobre Londres ó Liverpool un crédito de diez mil libras, miss Wilson cambiaria su nombre por el de Carlos Gifford. No puedo esplicar el placer que tales palabras produjeron en mí; para comprenderlo, fuera necesario saber que mi amigo reunia en sí prendas del más alto mérito. Laborioso, inteligente y honrado, Carlos podia jactarse

de tener una de las figuras más bellas que puede verse en el hombre sin que ésto alterara en lo más mínimo el amable desembarazo de su trato.

¿Cómo no amarle? Jane abrió su corazón al tierno goce de aquel amor y se entregó á él con todo el abandono de una alma sedienta de afecto.

Mi amigo habia escogido la provincia de Buenos Aires para centro de sus operaciones mercantiles y yo juzgué conveniente desde mi llegada internarme en la república; así no fué posible permanecí semos siempre juntos.

Tengo la costumbre de atribuir á la providencia todo lo bueno que me acontece, miéntras que por el contrario, lo malo lo atribuyo siempre á imprevision ó á imprudencia de mi parte. Esta filosofía es consoladora y como tal me guio por ella.

Bien hubieran deseado los amantes no separarse para disfrutar juntos de esas dulces horas en que se levantan castillos en el aire, sobre la instable base del mutuo cariño; pero la circunstancia de no tener relaciones en Buenos Aires, determinó que Jane me acompañase á la provincia de San Luis en donde un compatriota me aseguró hallaria los medios de ganar mi vida, merced á su recomendacion y á la escasez de médicos en aquella ciudad. Fué necesario separarse; Gifford nos acompañó hasta los estramuros de la ciudad prometiendo á Jane escribirle por todos los correos y asegurándonos ademas que creia muy posible visitarnos ántes de seis meses.

Quiso mi buena suerte que entre las cartas de recomendacion que llevaba para San Luis, hubiese una, que á la verdad ha influido considerablemente en mi destino. Por ella conocí al padre de María, respetable vecino de aquella ciudad, que fué un padre para mí, el cual no sólo nos dió franca hospitalidad en su casa sinó que me presentó á las personas más distinguidas, encareciendo mis pocos méritos con las más afectuosas espresiones. El anciano duerme ya tranquilo en la tumba, su hija es mi compañera, la madre de mis hijas y el recuerdo de las virtudes del padre vivirá eternamente en mi corazón !!

CAPITULO II

LOS AMANTES. LOS SUFRIMIENTOS ALTERAN EL CARÁCTER Y
CAMBIAN NUESTRO MODO DE SER. LA MADRE

Carlos Gifford escribía continuamente á su novia; todos los correos nos traían nuevas protestas de cariño, acompañadas de una circunstanciada relacion del ventajoso estado de sus negocios.

Habíase ligado Jane estrechamente con la hija de nuestro huésped, jovencita de diez y ocho años, y bien pronto las confianzas se hicieron recíprocas. María me amaba y su padre decia: No era posible hallar un marido más de su gusto que yo.

Los seis meses no habian espirado aún cuando el enamorado Gifford nos visitó en San Luis.

Aquí, en las inmediaciones de la Carolina, tuvo ocasion de hacer ventajosas compras de tierras, en terrenos inesplotados que segun todas las probabilidades encerraban abundante cantidad de oro. Y ésto bastó para que el entusiasta Gifford creyese, mediante la explotacion de aquellas minas, poder en muy poco tiempo más cumplir su promesa á Jane.

Concertóse una partida á aquella tierra de promision; las jóvenes encantadas con la idea de un paseo á caballo, esperaban risueñas é impacientes el momento de la partida.

Gifford y yo seguidos de dos peones debíamos acompañarlas hasta la estancia de D. Casimiro Correa, pariente de María, situada á dos leguas de la ciudad, en donde nos reuniríamos con aquel señor y su hermano, para seguir nuestra escursion.

Una partida que mejor empezase y que debiese concluir más tristemente, no es posible imaginar.

Mi hermana alegre y feliz galopaba delante de nosotros llevando á su lado á Gifford; María y yo en vez de imitarles en su rápida carrera, íbamos paso á paso siempre juntos, cambiando esas dulces miradas, seguidas de palabras, que se escapan furtivas é inconcientes del corazon en los primeros albores del amor.

De repente la voz de los peones turbó nuestro elocuente silencio. Habian visto caer á Jane y corrian á prestarle sus servicios. El polvo que levantaron sus caballos al pasar, hízonos imposible ver lo que habia sucedido y sólo despues de algunos momentos llegamos al lugar en que habia ocurrido la caída.

Jane estaba aún en tierra, y á pesar de los esfuerzos de Gifford, permanecia sin sentidos. Los peones trajeron en sus sombreros agua de una represa que estaba á poca distancia y mojándole las sienes conseguimos volviera en sí y pronunciara algunas palabras incoherentes. Pronto me apercibí de que mi pobre hermana habia sufrido alguna grave fractura en la caída y que le seria imposible volver á montar á caballo. Dijonos uno de los peones, que no muy distante habia un rancho de una conocida suya y que allí podríamos llevarla; lo que al punto efectuamos acostándola en dos ponchos tomados de las puntas.

El campesino americano es eminentemente hospitalario. La mujer dueña del pequeño rancho puso á nuestra disposicion con la mayor solicitud su pobre catre de cuero y allí ayudado por ella y la afligida María procedí al reconocimiento.

El hombre lleva en sí mismo un instinto misterioso que le acompaña en todos los instantes; ya le llame fatalismo ya providencia, fia en él y se entrega sin reparo á su poder; pero es siempre confiando en la felicidad como en un derecho, como en su patrimonio natural, y cuando el desengaño le sorprende en medio de sus ilusiones, acusa puerilmente alguna circunstancia y se afana en convencerse de que solo un accidente imprevisto ha podido defraudarle de *su porcion* de felicidad.

La pobre Jane acusó siempre aquel inocente paseo á caballo de ser la causa de todas sus desdichas. Sin él no hubiera quedado coja, estropeada al grado de no poder andar, sin el importuno auxilio de una muleta; sin él hubiese conservado aquellos atractivos que tanto influían en el corazón de su amante, lo que ciertamente no habria impedido que cuatro dias despues de la caída, éste recibiese una carta urgente de Buenos Aires llamándole con instancia para que de allí se embarcase para Inglaterra con el plausible objeto de ir

á recibirse de la valiosa herencia que acababa de dejarle un tío desconocido. La despedida fué terrible, la enferma parecía adivinar su suerte. El amante prometió, juró y partió.

Yo creí de mi deber advertirle desesperaba poder conseguir que mi hermana no quedase defectuosa; pero él me contestó estrechándome contra su corazón: Seremos hermanos hasta la muerte!

De Buenos Aires escribió una carta muy tierna á la *pobre coja*, a segurándole que, su desgracia probable, en lo más mínimo no alteraba su propósito de hacerla su esposa y que á su vuelta serian felices...!

Esta fué su última carta; seis meses despues de su llegada á Inglaterra se casaba con una parienta jóven muy hermosa, que parecia tener derechos más válidos que él á la nueva herencia.

Jane esperó dos años con imperturbable confianza; con ojos llorosos y semblante sereno, asistió á mi casamiento asegurándonos no tardaría mucho en imitarnos. Tal confianza no hacia sinó desgarrar mi corazón, á pesar de ignorar yo aún el casamiento de Gifford que sólo supe algunos años despues, por un viajero á quien pedí noticias del amigo.

Pasaron los años, el nombre de Carlos salió con ménos frecuencia de los labios de la desuichada Jane, marchitose su juventud, su cuerpo estropeado, se encorvó bajo el doble quebranto del dolor moral y de los sufrimientos físicos volviéndose su carácter esquivo y atrabiliario así que la esperanza huía para siempre de su corazón.

Poco á poco pudo notarse que el sentimiento religioso se apoderaba exclusivamente de su alma: pasábase largas horas encerrada en su cuarto arrodillada con su biblia en las manos.

En el curso de mi vida, he tenido ocasion de observar que los devotos protestantes tienen un fondo de acritud intolerante en sus ideas, que por manera alguna he hallado en los católicos americanos. Se me figura que éstos más penetrados de la caritativa mansedumbre del Crucificado, sienten, comprenden y practican la verdadera doctrina evangélica, mientras que los severos y esquivos protestantes parecen sólo poseidos del tremendo espíritu del Jehová apocalíptico.

La constante lectura de la Biblia, para un alma enferma, lo digo

por experiencia hecha en mi hermana, en vez de endulzar las amarguras, en vez de calmar los dolores, imprime al carácter un sello de dureza y severidad que aleja y repele.

Como mi mujer es católica, cuando nos casamos se agitó la cuestión religiosa y á pesar de que en la República Argentina, el sentimiento religioso, es todo ménos que poderoso, sin embargo, por muchas y diversas causas, fué necesario dar algunos pasos. La tolerancia de cultos es admitida; pero sólo en Buenos Aires se encuentran templos y sacerdotes de nuestra religion.

Mi hermana, la apasionada y dichosa novia de Gifford en nada parecida á la devota y escrupulosa protestante de ahora, no hallaba inconveniente alguno en que yo protestante me casase con una católica, en la iglesia de San Luis, jurando educar á mis hijos en la religion católica, pues entónces lo veia todo puramente con los ojos del amor, pareciéndole justa y santa la union de los que se aman. Que quien mucho ama mucho disculpa, y así pudiera decirse, que aquel que más ama, más ve, más comprende.

María está muy léjos de tener una inteligencia privilegiada, puede más bien asegurarse que es tardia de comprehension y pobre de imaginacion. Educada en San Luis, todos sus conocimientos se reducen á saber leer y escribir no muy bien, coser, hacer café de cebada que tanto gustaba á su padre, injertar rosas, cuidar de sus gallinas y rezar. ¡Oh cuántas veces en las noches de los primeros años de nuestro casamiento la he visto arrodillada delante de una imágen de la Virgen del Rosario, teniendo á su lado á las *malizis* que con sus cabezas rubias y sus manecitas juntas, semejaban á la corona de ángeles que adorna el fondo de una estampa francesa de la Virgen, muy comun en la América, miéntras que Juan mi hijo mayor y dos criados que lo han visto nacer, hacian coro repitiendo la constante invocacion á la madre de Dios. Más de una vez el dulce y tranquilo acento de aquella madre rodeada de sus hijas y de sus criados, pidiendo el pan de cada dia *al padre nuestro*, arrancó dulces lágrimas de mis ojos.

CAPITULO III

MÍ CASA. MODESTA FELICIDAD. EL CABRERO. DIOS ES NUESTRO PADRE, Y SU MISERICORDIA SE REVELA DE TODOS MODOS.

Sorprendido un compatriota que pasó aquí de viaje para Mendoza, de que después de tantos años de permanencia en Sud América yo no deseara volverme a Europa, le invité a venir a mi casa rogándole aceptara nuestra hospitalidad durante el poco tiempo que debía quedarse en San Luis.

Mi pequeña propiedad, situada fuera de la ciudad a unas pocas cuadras de la plaza, pertenecía a mi suegro, el cual a su muerte nos pidió encarecidamente no nos deshiciésemos nunca de ella.

La casa de un solo piso y de adobe como lo son aquí todas por lo general, blanqueada por dentro y fuera, con tres ventanas que en vez de rejas ostentan verdes enredaderas cubiertas de hojas todo el año, tiene la ventaja de estar rodeada de árboles por todos lados, lo que nos procura el doble beneficio del fresco y de la sombra. Además en el patio que es bastante grande, hay dos pies de parra que estienden sus nervudos brazos en rededor durante los meses del verano formando una lujosa techumbre, debajo de la cual se reúne la familia durante las horas del sol. Allí cosen y bordan las niñas incesantemente ocupadas de alguna tarea útil y provechosa, al lado de su madre, mientras Jane teje su eterna calceta. La conversacion de las gemelas es siempre viva y animada, acompañada constantemente de los trinos del canario de copete negro, que está en su jaula de cañitas colgado de la parra, del cardenal y una calandria que parecen disputarse el placer de gorgear a cual más; mientras el loro de mi hermana a una respetuosa distancia en su ventana, charla que se las pela, en tanto llega el momento de recibir su racion de pan mojado y una tajada de zapallo cocido. Las niñas charlan, rien, hablan con sus pájaros, cantan, están siempre alegres y dan sus vistas de vez en cuando a la cocina, porque ya tia Marica está muy vieja, ha visto nacer a su madre y suele si se descuidan quedarse

dormida, mientras hierve su puchero y se guisan los pichones. Oh, tía Marica está vieja, pero no olvida sus antiguos hábitos; tiene una pasión despótica que la domina y hace que sus manos estén más gruesas y callosas que la corteza de un queso: barre con furor, con amor, y sólo está en su elemento cuando empuña su colosal escoba, que maneja con maestra facilidad. El mes de Mayo es el mes de sus encantos; las hojas secas que caen de la parra, son un delicioso pretexto para que ella despliegue su celo y barra con más constancia que la que ponen las hojas en caer.

Las niñas arreglan la sala, acomodan prolijamente nuestro cuarto de dormir, y corren con todos los modestos enseres del comedor, pero ¡ay de ellas si llegan á tocar una escoba; ¿quién se atreverá á usurpar los derechos de la barredora modelo? no faltaba más; sería capaz Ña Marica de quemar ese día sin piedad cuanto pusiese al fuego. Hasta la inflexible Jane, hubo de ceder: no hay remedio, no es posible oponerse. Cuántas veces hay todavía estrellas, aun está lejano el día y ya el ruido cadencioso y grave de su escoba me despierta, haciéndome recordar los misterios de la terrible *balayeuse*, que por tantos años puso en alarma á todos los habitantes de una comarca.

Ya que se trata de mi casa, justo es que no olvide á uno de sus más importantes moradores, á tío Pedro, antiguo esclavo de mi suegro, admirable agricultor, tan tesorero para carpir, como Ña Marica para barrer; es muy reservado, habla poco, y las más veces no responde sino por señas. Libre desde mucho tiempo, pues aquí, gracias á Dios, no existe ya la horrible plaga de la esclavitud, conserva por sus amos el mismo respeto, la misma sumisión que en otros tiempos, por largos años negándose á admitir paga de ninguna especie: contento con vivir á nuestro lado, y ayudarnos de todos modos. Tío Pedro cuida los árboles, siembra la huerta, interviene en todas las faenas de la labranza, y aun le queda tiempo para ocuparse de mi caballo á quien profesa un cariño entrañable; con éste habla incesantemente, le canta en mozambique, le hace sus confidencias, le ríe y explica el porqué de los cuidados prolijos que le prodiga y lo que hay aún de más extraño, baila y hace cabriolas

delante del buen tordillo, como si pretendiera divertirlo. Ña Marica dice que tío Pedro es loco, y éste creo que fia más en la inteligencia del caballo que en los juicios de la ilustre barredora. Sin embargo viven en santa paz y son para nosotros como amigos.

Aquí tenemos que luchar con la falta de agua, y Dios sabe que mis árboles suelen estar de vez en cuando más sedientos de lo que estuvieran si de mí solo dependiera. Pero como el agua que riega nuestros campos es artificialmente traída del Chorrillo, los propietarios debemos conformarnos con tenerla sólo una vez por semana.

Mi mujer y mis hijas festejan el día del riego con grande alegría, ocupándose exclusivamente en recorrer sus árboles favoritos, descubrir los renuevos de las plantas, visitar las almácigas, los injertos y recortar los gajos secos de los rosales, que crecen en abundancia bajo la sombra de dos perales, creyendo percibir en pocas horas la benéfica influencia del agua, que corre mansa y cristalina al pié de los álamos por la pequeña acequia para derramarse en seguida por toda la hacienda.

Mi huésped empezó por admirar la regularidad y elevación de mis álamos, tan frescos y frondosos, alineados como soldados prusianos; creciendo su admiración á medida que penetrábamos en el interior de la quinta formada de durazneros magníficos, perales de exquisita calidad, sauces y gigantescas higueras.

Después de haber recorrido toda mi propiedad que es de dos cuerdas y media, en la cual además de los árboles y las plantas que nos prodigan flores olorosas, que tanto bien hacen al espíritu, tengo la hortaliza necesaria para la mesa, el trigo y el maíz que cosecho para el consumo de la familia y de todo aquel que llama á mi puerta; presenté el nuevo huésped á mi familia.

Como era ya cerca de la hora de comer, poco tiempo después de nuestra llegada, las señoras nos dejaron solos; al momento comprendí que mi mujer y mis hijas se afanarían por tratar al recién llegado lo mejor posible, agregando algún extraordinario á nuestra comida diaria. En efecto, gracias al palomar que olvidé mencionar y á algunas peras del año pasado que nunca faltan, debido á la prolijidad con que mis hijas, después de tomarlas del árbol medio pintonas,

las repasan con un paño muy fino para quitarles el polvo, y las envuelven en una sucesion de papeles, colocándolas en la despensa; la comida fué excelente, sin olvidar cierto vino aromático de Mendoza, que salia en las grandes ocasiones, y algunos higos secos.

Felizmente Jane, que estaba en uno de sus mejores dias, hizo muy buena acogida al compatriota; aumentando mi contento el ver que sin darse cuenta, respondia en inglés á todas las preguntas que éste le hacia, volviéndose poco á poco la conversacion muy animada, pues mis hijas lo hablan muy regularmente y María lo entiende aunque no lo habla.

Al postre llegó muy oportunamente No Miguel, el pobre ciego que enseña el arpa á las niñas; y despues de la comida, obsequiamos á nuestro huésped con algunos duos de arpa y canto, acompañando alternativamente Sara y Lia á su viejo maestro.

Es éste un tipo original. Viejo y ciego, viene todos los dias desde su rancho montado en su caballito que obedece á su voz como un perro, trayendo siempre consigo y por sola compañía el arpa, su inseparable compañera, fabricada toscamente por él mismo, del tronco de un algarrobo; y cuyas cuerdas muda de tiempo en tiempo, mediante el sacrificio de uno de los cabritos de su pequeño hato.

Ño Miguel vive solo, y á pesar de su absoluta ceguera y su avanzada edad, va de un lado á otro, ya sea á pié o á caballo, con singular acierto.

Redúcese su vida á cuidar de sus cabras, eso sí, siempre seguido de su perro *Chocolate*, que le sirve para repuntar su ganado, cuidarlo durante las horas del dia y guardario de noche, echado á la puerta del corralito.

Hay que advertir, que como las cabras madres son muy juguetonas y olvidadizas, es necesario quitarles los cabritos así que nacen, pues de otro modo les darian muerte á fuerza de brincos y estrujones; teniendo por fuerza que cuidar de que los recién nacidos, mamen dos veces al dia, así que la locuela de la madre ha brincado y correteado á sus anchas. Acostumbran aquí para mayor comodidad señalar la madre y el hijo con alguna marca igual, para evitar

confusion, pues así que el cabrito mama algunos minutos, su madre lo reconoce y cumple gustosa sus deberes maternos.

Lia y Sara contribuyen á la operacion cada semana con un gran atado de cintas viejas y trapitos de colores que llevan ellas mismas al ranchito de su maestro, teniendo especial cuidado de recomendarle no mezcle unos colores con otros.

He observado repetidas veces, y siempre con la más grande admiracion, la ceremonia de la marca de las cabras y la que le sigue del reconocimiento de los cabritos por sus madres, que van llegando una á una conducidas por el inteligente *Chocolate* hasta la puerta del corralito en donde su amo rodeado de los hambrientos cabritillos, entrega cada hijo á su madre sin equivocarse, mediante sus respectivas señales y como si viera claramente los colores que distinguen á los unos de los otros.

¡Cuánto no he admirado la Providencia al ver este anciano solo y sin vista bastarse á sí mismo, con la sola ayuda de su perro, sin recurrir á la caridad de nadie! ¡Cuántas veces acaté tu sabiduría, Dios de bondad, que das vista á los ciegos, y ciegas á los más lúcidos y acertados!

Pero á esto solo no se reduce la vida del cabrero que es tambien músico y poeta. Ño Miguel quiere mucho á sus cabras, les dedica todas las horas de su día que empieza al rayar el alba; pero luego que sus compañeras al caer la tarde van á dormir, y que el perro viene á lamerle las manos en señal de adhesion ántes de empezar su velada, el anciano sentado á la puerta de su rancho templea el arpa y empieza sus cáras melodías; allí su alma se exhala en sentidos y melancólicos acentos.

El poeta canta su ganado, canta la frescura de la mañana, el aroma de las auras, y hasta las tinieblas en que vive sumido. ¡Extraña inspiracion! nunca sale una queja de sus labios, nunca una palabra de amargura; su alma rebosa siempre de reconocimiento por los infinitos dones que el Señor le dispensa y al escuchar su ferviente accion de gracia, nadie la creeria emanada del corazon de un ciego, pobre y abandonado que no percibe ni el tibio rayo de la una que baña su cabeza cana. Cuando el poeta está solo, canta

siempre la naturaleza : pero cuando hay alguno que le escuche, su poesía no es ya el perfume del corazón que desborda. Entonces en cuidados y bien medidos versos, el vate de la pampa con ardoroso entusiasmo narra algún hecho histórico, y su poesía toma el carácter de la epopeya.

La leche de sus cabras, que vende a ínfimo precio, le basta para mantenerse él y su perro ; y en cuanto al caballo siempre flaco, vive de la escasa yerba que nace en el campo.

Es de advertir que en todos los bailes Ño Miguel es la primer persona en quien se piensa, como en la única indispensable, pues se presta siempre gustoso a tocar con infatigable constancia, noches enteras, sin querer admitir paga de ninguna especie y teniendo las más veces que irse de la casa del baile a sacar al campo sus cabras, sin haber descansado ni un instante.

Algunas veces, le hablé de la posibilidad de volverle la vista por medio de la operación de las cataratas, pero su respuesta fué siempre: « Hágase la voluntad de Dios, que me quitó los ojos, como algún día me ha de quitar la vida ; mientras tenga las cabras y el arpa no necesito más. »

CAPITULO IV

EDUCACION DE MIS HIJAS, ASPIRACIONES DE LA MADRE. LA SOCIEDAD REPOSA EN LA FAMILIA ; LA FELICIDAD PÚBLICA DEPENDE DE LA FELICIDAD PRIVADA.

Mi huésped estaba encantado y no se cansaba de alabar la hermosura y gracia de mis hijas, cuyo candor se retrataba tan claramente en sus rostros.

No conociéndolas íntimamente, las mellizas parecían tener un carácter tan semejante como sus cuerpos. Pero Sara la que nació último a quien llamábamos la mayor, era más reservada que su hermana, aunque ambas eran tan tiernas y sensibles, que podía comparárselas a la mansa y pura corriente que se conmueve al más leve soplo de la brisa ; las impresiones eran ménos duraderas en la risueña Lia que en la reflexiva Sara. Por lo demas igualmente sumisas y

carifosas con su madre y conmigo, eran la más preciosa joya de nuestra casa.

Su educacion, obra esclusivamente nuestra, distaba mucho de ser brillante ; su madre habíales enseñado cuanto ella sabia, y no era ya poco para mí el que imitasen en todo á tan buen modelo ; pero como los padres, y especialmente las madres, se desviven porque sus hijos sepan más de lo que ellos jamás supieron, ni sabrán, María no cesaba de pedirme, desde que las niñas empezaron a hablar, les enseñara el inglés y todo cuanto es costumbre sepan las niñas bien educadas en Inglaterra. Yo, que respecto á la educacion de la mujer americana, tengo ideas muy diversas de las que generalmente se profesan aquí, le respondia siempre: que lo poco que ella sabia, habia de ser mucho más provechoso á nuestras queridas hijas, que cuanto yo pudiese enseñarles. No que fuese mi intencion descuidar absolutamente su educacion, sinó por creer que aquellos conocimientos generales de alto interés, que sobre ciertas materias debe por fuerza adquirir una señorita, destinada á vivir en Grovesnor Square, siempre seria tiempo de enseñarlos á mis dos *puntanitas*, luego que supiesen cuidar de sí mismas, componerse su ropa, preparar el café con el esmero que se requiere, y alabar de continuo al Dios bueno que no se cansa de prodigarnos sus favores.

En la República Argentina la mujer es generalmente muy superior al hombre, con escepcion de una ó dos provincias. Las mujeres tienen una rapidez de comprension notable y sobre todo una extraordinaria facilidad para asimilarse, si puede así decirse, todo lo bueno, todo lo nuevo que ven ó escuchan. De aquí proviene la influencia singular de la mujer, en todas las ocasiones y circunstancias. Debiendo no obstante observarse que ésta, soberana y dueña absoluta, como esposa, como amante y como hija; pierde por una aberracion inconcebible, su poder y su influencia como madre. La madre Europea es el apoyo, el resorte, el eje en que descansa la familia, la sociedad. Aquí, por el contrario, la madre representa el atraso, lo estacionario, lo antiguo, que es á lo que más horror tienen las americanas; y cuanto más civilizados pretenden ser los hijos, que á su turno serán despotizados por sus mujeres y sus hijas; más en ménos

tienen á la vieja madre, que les habla de otros tiempos y de otras costumbres. Muchas veces me ha lastimado ver á una raza inteligente y fuerte, encaminarse por un sendero estraviado, que ha de llevarles á la anarquía social más completa, y reflexionando profundamente sobre un mal cada dia creciente, he comprendido que el único medio de remediarlo seria robustecer la autoridad maternal como punto de partida, inspirando á los hijos el respeto del pasado y haciendo que los padres no sacrifiquen sus más caras prerogativas á un necio movimiento de vanidad.

El espíritu de independencia que agitó estos pueblos y les inspiró la idea de emanciparse de la España, aun fermenta y es su mayor mal. El odio á la autoridad de un poder añejo é irracional, representado por los *viejos de la tierra*; pues el año 10 los patriotas podían conocerse, casi sin escepcion, por el color de sus cabellos, les ha hecho lanzarse en el extremo opuesto. ¡Guerra á la España! ¡guerra á esa autoridad y á toda autoridad! Así la lógica de sus aspiraciones llevó á estos pueblos á odiar todo lo viejo, todo lo pasado, sacrificando á *sus mayores*, á *sus padres* y á todo lo que no era jóven y nuevo. Volvieron sus miradas á la Francia: la revolución con su cabeza laureada, sus piés de hierro y sus brazos sangrientos, parecíales lo supremo de la perfeccion, y á imitacion de aquellos sublimes locos, trataron de levantar el nuevo edificio social sobre las ruinas de la antigua colonia. Error sublime de candor y buena fé!

Enseñar la fé por la duda, el fin sin el principio. Los hijos desdeñaron lo que sus padres habian aprendido, y a su turno fueron tambien desdeñados; y así de generacion en generacion va transmitiéndose un mal cada dia más apremiante. La educacion que aquí dan á los hijos y cuando digo aquí, hablo de toda la República, es semejante al atavío del guazo paraguayo: con sombrero para saludar; pero sin camisa para cubrir su desnudez. Llénanse la cabeza los muchachos de teorías inaplicables al país en que viven, persuádense al salir del colegio, que están en Lóndres ó Paris y que la máquina del edificio social no espera ya para funcionar sinó el ligero impulso que ellos van á darle, y el error es tanto mayor, cuanto

que los inconvenientes del Europeo, son aquí facilidades y viceversa; resultando confusión por la manía de querer aplicar un remedio opuesto al mal de que adolecen.

Las niñas a su turno, educadas para muñecas, saben comprender que mamá y papá no hablan ni entienden el francés; pero no llegan á descubrir que su pobre madre es una honrada señora que se sacrifica por ellas, y por su piano y por su inglés y su francés, al grado de remendarse sus medias ella misma, para ir muy de mañana al mercado á comprar la comida, mientras las niñas duermen tranquilas y confiadas, el sueño de su juventud. En cuanto al padre no es poca dicha si da con una buena mujer, que le ayude á llevar con paciencia el placer de pasar el día y la noche trabajando incesantemente, en un mostrador ó detrás de los tercios, para oír decir á sus queridas hijas, sentadas á la ventana, tan frescas y lozanas como repollos: Ese que pasa, ah! es un tonto! un tendero, como quien dice una bestia inmundada, que no tiene derecho ni á ser mirada; y el pobre padre se avergüenza de su profesion, del trabajo con que ha ganado honradamente su pequeña fortuna, y sufre un estraño fenómeno: le parece que sus hijas tienen razon. ¿Y cómo nó? ¿acaso no han aprendido más que él? ¿acaso habrá gastado él *su dinero* para que sean lo que él fué? No, señor, tienen razon, ay! y *qué hermosas son! qué oívas!* Es necesario redondear el negocio, vender la tienda. Oh! nó, qué idea! Su hijo mayor podria... Pero qué! Si es tan instruido, está estudiando para doctor, como quien dice para sabio; es rebajarlo, y quién sabe con el tiempo, llegará á escribir un diario, será convencional y de ahí á ministro... oh es cosa hecha. Pobre viejo! calcula, hace cuentas y se equivoca por vez primera en su resta, porque las niñas son cada día más exigentes, y se alegran de que *Papá* no esté ya tras del mostrador, sinó pronto siempre para llevarlas acá y allá, mientras *Mamá* cuida la casa, limpia, cose, y hace de comer las más veces... y todo, porque ellas sean felices y luzcan y quieran á su madre. ¡Miseria humana! y sus hijas ni siquiera lo notan y les parece tan propio, tan en el orden de la naturaleza. La juventud es la felicidad. ¿Acaso podrá nadie negarles el derecho de ser felices que tienen siendo jóvenes

y bonitas! ¿Qué importa que la madre muera de cansancio y el padre por haberse equivocado en sus cuentas? Ellas se casan, y entónces todo va bien; ó no se casan, y el desengaño llega con su cortejo de miserias, tarde ó temprano...

Gracias á Dios, tan triste cuadro no sirve sinó para hacerme apreciar doblemente mi felicidad. Mis hijas que están acostumbradas á mirar á su madre como á la imágen de cuanto hay de más noble y santo sobre la tierra, saben que en la vida la felicidad no se encuentra sinó limitada, y que para ser dichosos basta la calma de una conciencia tranquila y la fé en nuestros deberes.

CAPITULO V

CARÁCTER DE MI HIJO. SU MALA EDUCACION. JUSTOS TEMORES DE MI PARTE

En cuanto á mi hijo, fuerza es convenga en que su porvenir me preocupa extraordinariamente. Enfermizo hasta los quince años, ha sido mimado por su madre más de lo que convenia á su interés, y de aquí resulta que su educacion ha sido mala. Debo confesarlo, voluntario y rebelde, fué por mucho tiempo el tirano de la casa; sin que bastaran mis consejos ni mis amonestaciones á convencer á María del mal que á su Benjamin hacia.

Muchas veces me decia: «Tú mismo dices que me debe dos veces la vida; déjame que complete mi obra, es tan delicado, tan sensible, que no es posible aún tratarle sinó con dulzura, ya vendrá el tiempo; y además tiene tan buen corazon, es tan sensible.»

Efectivamente, de dia en dia hacíase visible en él una escesiva sensibilidad, que se manifestaba con los síntomas más alarmanes; á la menor palabra dura de su madre, y Dios sabe si la tenia jamás para nadie, entraba en un acceso tal de desesperacion nerviosa, acompañada de lágrimas y gritos, que más de una vez nos puso en alarma.

Poco á poco esa irritabilidad fué degenerando en una hipocondría muy marcada. Siempre taciturno y silencioso, su juventud se revelaba apénas en su semblante pálido y mustio. Nada parecia amar

especialmente, y si no fuese porque habiendo sondeado su inteligencia, la hallé rápida y clara, era tanto su despego por el estudio ó cualquier ocupacion séria, que le hubiese creído imbécil. Solo siempre y sin amigos, Juan no aprovechó de la instruccion sinó á medias, aprendiendo tan sólo á leer y escribir. En vano traté de dedicarle al cultivo de mi pequeña chacra, pintándole la agricultura como la más noble de todas las ocupaciones, como la más independiente, sujeta sólo á las mudanzas del tiempo. *No me gusta*, fué su respuesta: prefiero mi caballo.

Siempre á caballo desde el venir del día, ocupábase esclusivamente de este animal; todo su afecto parecia concentrado en él.

Salía de mañana, pasaba todo el dia fuera de casa en correrías de un lado á otro, y con frecuencia su madre le esperó inquieta hasta muy entrada la noche. Tales disposiciones me sugirieron la idea de mandarle á alguna estancia; pero aquí intervino tambien la influencia de la madre para pedirme no le obligara á marcharse léjos de nosotros; alegando mi buena María, que si su hijo no tenia virtudes tampoco tenia vicios y rogándome esperásemos algo más.

Entre tanto el tiempo pasaba, su cara se cubria de barba, y cada dia su indiferencia por el trabajo crecia, y con ella mis preocupaciones y temores.

CAPÍTULO VI

MI HUÉSPED SE DESPIDE. ACEPTO SUS GENEROSAS OFERTAS.
TRISTES RECUERDOS. EL HOMBRE JUSTO DEBE SER RESIGNADO

Nuestro huésped se marchó al cabo de dos dias. Al separarse de mí me abrazó enternecido diciéndome: « Envidio la tranquila dicha que Vds. disfrutan: quiera el cielo concederles se prolongue hasta el fin de sus dias. Yo no puedo ya imitarles, estoy casado en Inglaterra; tengo allí hijos, y Dios sabe que en nuestras grandes ciudades el camino de la virtud, es más áspero y difícil. Recuérdeme Vds. algunas veces, amigos míos; tengo fé en esos recuerdos.»

Prométele enternecido no olvidar aquellos dos dias que tan gratos habian sido tambien para nosotros, y como me rogaba le hiciese algun encargo, le pedí me mandase desde Mendoza, algunas bagatelas para mis hijas y los últimos números del *Edimburg Review* que hacia tiempo no recibia. Esas eran las solas noticias de Europa que me interesaban. Amo la ciencia, lo confieso ; á veces me acuso de ello como de una falta, porque yo tambien he tenido mis horas de fiebre. En este oscuro rincon de la tierra, me he sentido á veces destinado á descubrir uno de sus más recónditos secretos. Yo me acuso, Dios mio, de haberme creído por algunos, por muchos años, elegido por tu mano ; de haber tomado el fuego de mi alma ardiente por un destello de tu luz. Bendito seas, una y mil veces, Dios poderoso ! Mis labios y mi corazon repiten con creciente fervor esta accion de gracias. Me acuso ! Mi secreto lo descubrió un aleman por acaso, cuando ya tocaba yo al logro de mis esperanzas, á la realizacion de mi sueño. Aquí me faltaban tantas cosas indispensables ! ah ! pero no me faltaste tú, dispensador de bienes infinitos. Mis hijas fueron siempre puras y bellas, mi huerta se mantuvo frondosa, el pobre me bendecirá hoy como ayer, el pan no ha escaseado nunca : la cosecha ha sido abundante. Dios de bondad, has descendido á mi corazon ! El mundo no acatará el nombre de James Wilson, nadie se acordará de él para envidiarle una gloria perecedera. El pobre médico inglés morirá oscuro.

La jornada no ha sido siempre fácil ; pero el valor no me ha faltado jamás.

CAPITULO VII

SINSABORES Y REMORDIMIENTOS. EN LAS TRIBULACIONES DEBEMOS
ALZAR NUESTROS OJOS AL CIELO

Apénas han pasado ocho dias y ya hemos visto turbada esa tranquila dicha, que tanto nos envidiaba nuestro huésped. El asiento de mi hijo está vacante, su madre llora todos los dias al decir la accion de gracias con que damos principio á nuestra comida y no

olvida nunca pedir á su especial bienhechora, la vírgen del Rosario, proteja al hijo ausente.

El arpa está muda, las niñas ya no tocan; Jane quiere á fuerza de rigor, consolar á mi pobre María, reprochándole su falta de conformidad, y la buena de mi Santa, se esfuerza en reprimir su llanto materno, por no ofender al que todo lo ve!

Juan, se ha hecho soldado: se marchó dejando tan sólo una carta para mí, no dice á dónde vá, ni con quién. Sólo me habla de su decision por la Patria y de estar dispuesto á dar por ella su vida; no se ha despedido porque preveía que nos opondríamos á su partida. Nada pide; pero en cambio deja aficcion, llanto é incertidumbre tras de sí. Se ha llevado su caballo y su apero, si á lo ménos lo hubiésemos sabido, algun dinero le hubiera dado; pero ni una palabra, ni el más leve indicio que revelara su designio. ¡Pobre hijo mio, le miro ya perdido! ¡Con tal que vuelva!

«Buenas tardes, maestro,» oigo desde mi cuarto decir á las niñas que están dando de merendar á las gallinas.

Buenas tardes, respondió Ño Miguel, ya traigo noticias del pájaro; y D. Jacobo?

Papá, replicó Lia, está en su cuarto; pero qué quiere Vd. decirnos con eso del pájaro?

«Digo, que ya me lo temia yo, si en donde asoma el demonio, hace de las suyas. ¡Y la señora? pobre madre, de ésta hecha no sé, me parece... qué calor hace hoy... ¡cierto niñas? mis pocobrecitas cabras no lo han pasado bien.»

«Pero ño Miguel, agregó Lia, Vd. se ha vuelto loco ó yo desde que estamos tan tristes me voy atontando.

Ya, ya... respondió el cabrero, no es para ménos, soldado y con el Ñato.

Qué quiere Vd. decir, maestro? preguntó Sara acercándosele y tirando con distraccion el último puñado de maiz á las aves que piaban á su alrededor. Déjale, déjale, decia Lia que estaba arrancando mosquetas blancas para su madre, no ves *que viene con los pájaros.*

«D. Jacobo, dijo entonces el ciego dirigiéndose á mí como si me

viere, parado en la puerta de la sala ; le traigo noticias, siento mucho que sean malas, pero noticias son.

Que ha sabido Vd. de mi hijo, Ño Miguel? le pregunté al punto, dígamelo todo, todo aunque sea desagradable.

Eso mismo pienso yo, replicó. Ha de saber Vd. que el Ñato ha estado en los cerros de Videla con una partida gruesa, y sé que han andado arreando cuanto han encontrado, y como ese demonio tiene una lengua capaz de embaucar al más vivo, el pobre Juancito, ya se vé, tan muchacho.

« Pero amigo mio, repuse yo, ese hombre estaba con los indios el año pasado, si mal no recuerdo, y aquí las autoridades lo perseguían.

« Linda broma el perseguirlo, esas son cosas del Juez tuerto : ¿quién se le ha de animar al Ñato, que es como cacique de muchos indios y más cristianos? vea señor, ese hombre aunque tiene el corazon atravesado y no se acuerda nunca de un Dios que lo mira, sabe ganarse la gente y poner ley á los indios; á fé que lo respetan, y lo que es con los cristianos, se fusila media docena por la argolla de un maneador que falte; la gauchada lo quiere mucho ; dicen que van á Córdoba á hacer cumplir la ley.

En tanto que el cabrero hablaba, Sara y Lia que escuchaban atentas, me preguntaron si podían dar á su madre las noticias que traía Ño Miguel de su hermano; pero yo les observé era necesario esperar todavía á saberlo de un modo positivo ; en seguida invité á Ño Miguel á sentarse para que continuásemos nuestra conversacion.

El rústico anciano me esplicó como pudo, que el caudillejo á quien llamaban *Ñato*, despues de haber pasado toda su vida en pugna con toda clase de leyes, iba á hacerse matar por ellas.

« Sí señor, agregaba. Dicen que tiene muy buenas intenciones y que recibe cartas de unos hombres muy de bien, que quieren hacer felices á todos; por más señas, que el sarjento Benitez, ese que tuvieron preso tanto tiempo, anda viendo de ganarle opinion por acá ; es la Cuica, la que me lo ha dicho : ella todo lo sabe. ¿Vd. no ha oido nada? Es verdad que Vd. no se mete nunca en opiniones, y hace bien, ya se vé... »

« Ño Miguel, yo soy gringo, le dije sonriendo.

No lo digo por eso, replicó gravemente el cabrero. No lo tome á ofensa, porque ya sabe que somos amigos.

« Por manera alguna, amigo mio, respondí estrechándole la mano, bien conozco lo que Vd. nos quiere, sólo sí que como extranjero, si bien amo esta tierra hospitalaria donde han nacido mis hijos y soy tan feliz, no debo mezclarme nunca en las cuestiones que desgraciadamente se agitan de continuo; mi hijo es cosa diferente, él tiene otros deberes. Pobre hijo mio! mucho me temo que falte á ellos por exceso de celo!

El anciano respondió : « Hágase su santa voluntad » y se despidió en seguida, dejándome solo con mis pensamientos.

Era ya cerca de oraciones, el horizonte teñido aún por los reflejos del sol poniente prolongaba la luz crepuscular. Las nubes agrupándose unas tras otras, iban perdiendo por grados los tintes dorados y carmesí que ha poco teñían la bóveda del cielo de un azul trasparente; se destacaban por entre los claros que dejaban, unas nubecitas blancas y esponjosas como capullos de algodon, que al juntarse unas con otras, se convertían en celajes cenicientos; el aire era túbio y balsámico; el silencio de la naturaleza incitaba á la meditacion.

A medida que la luz disminuye, parece aumentar la melancolía de mi alma. Sentado bajo los árboles que plané con mis manos, rodeado de las flores aromáticas y vistosas que tanto amo ; mi pensamiento huye al inmenso y desnudo llano que se abre ante mis ojos, pienso en mi hijo tan querido disputado por tanto tiempo á la muerte, y véole niño rodeado de los cuidados de su madre, que con infatigable celo amparó su miseria con el dulce calor de su corazon, semejante á la tórtola que cubre los implumes hijos con las sedas que arranca de su pecho! Uno á uno van pasando ante mí esos años de afanes y zozobras, hasta llegar al momento terrible en que se me aparece en medio del desierto, sin más amparo ni guia, que los séres más abyectos y desgraciados en pugna con la sociedad y sus leyes. Mi espíritu se entenebrece, se me figura que tengo en ello más culpa que mi propio hijo y el dolor arranca lágrimas á mis ojos. Échome en cara mi imprevision, mi fatal condescendencia, y llego hasta desconfiar de la bondad de aquel que juzga y preve las accio-

nes humanas. Triste hora para mi corazón, imagino que la felicidad ha huido para siempre, y lloro sin esperanza por él y por mí.

El silencio de la noche trae hasta mí un confuso rumor de voces; todo me alarma, todo me parece sospechoso, tan triste está mi alma! Santo cielo! es la oración de la madre cristiana, que llega hasta mí para confortarme, para volverme á mí mismo. Sus hijas, como el eco de una voz del cielo, responden dulcemente: Santa María, Santa María!

Madre de Dios, esclamo cayendo de rodillas, bendita seas! no abandones á los que en tí confían, ruega por nosotros y vuelve el hijo prójimo á la casa paterna!

CAPITULO VIII

GARÁCTER DE NUESTROS AMIGOS. INFLUENCIA DE CIERTOS LIBROS.

Después de la oración y luego que se han dado gracias á Dios al terminarse el día, pidiéndole igual favor para el siguiente, nos reuníamos todos nuevamente en la sala para tomar el té.

Las niñas traen las tazas que colocan sobre la mesa que está en el medio, preparan el agua caliente en una caldera de cobre que brilla como si fuera de oro, gracias á su constante prolijidad, acercan sillas á la mesa, cortan el pan en rebanadas que untan en delicada manteca de cabra y previenen á Aunt Jane que está todo pronto. El golpe de la muleta de mi hermana que se levanta gravemente para ir á hacer el té, prerogativa de que era tan celosa, como Ña Marica de su escoba, me advierte que es tiempo de dejar mi libro para acercarme á la mesa en donde yo solo falto, pues han venido ya todos los tertulianos.

Mi tertulia diaria la componían un pariente de mi mujer, hombre de cuarenta años, con alguna fortuna hecha en las minas de Copiapó; de carácter jovial aunque algo desigual, susceptible de veleidades, siempre muy preocupado del atavío de su persona y del buen efecto de sus chistes.

Dios me perdone el mal juicio, creo que tiene pretensiones sobre

Lia y si he de ser más explícito, juzgo que piensa en las dos hermanas, con igual ternera.

Trae siempre noticias de los recién llegados y de la crónica de la ciudad; es no obstante un ser inofensivo, que no hace mal á nadie y que estaria dispuesto á hacer bien, siempre que no se tratara de dinero ó cosa que lo valga. Viste á la última moda (de Mendoza,) usa un reloj monumental, y si no fuese por sus pretensiones de dandy seria candidato para Gobernador: por lo demas, absolutamente ignorante en toda materia, sólo se precia de buen mozo y hace bien, porque su cara algo arremolochada, ostenta un par de ojos tan pequeñitos, que parecen más bien dos ojales y una nariz algo aplastada y berrugosa; sin embargo, es garboso y bien plantado, y nadie entra á una sala ó saluda á una dama, con mayor tiesura y gracia que D. Urbano Diaz: nombre que parece hecho á propósito y del cual saca él gran provecho.

Cariñoso con mi muger, *urbano* en extremo con mi hermana; sólo con las sobrinitas, observa una elegante reserva, que aumenta cada dia á medida que las niñas crecen en años y en encantos: jamás se permite tutearlas, llámalas mis *señoritas*, y á pesar de venir todas las noches infaliblemente, al recibir su taza de té, repite el eterno *doy á Vd. las gracias, está delicioso*.

Su compañero es todo lo más opuesto, tiene por nombre Amancio Ruiz y cuenta sólo veinte y cuatro años. Pálido y delgado en extremo, ofrece un contraste singular con D. Urbano; y como si la naturaleza se hubiera complacido en hacer á estos dos hombres destinados á verse todos los dias, el reverso el uno del otro, dió á éste dos enormes ojos negros, sombreados de largas pestañas é inclinados siempre al suelo, como si el peso de ellas le impidiese levantarlos de continuo. D. Urbano todo lo sabe, todo lo vé, con sus ojitos chicos é inquietos mientras Amancio parece vivir ocupado exclusivamente de un pensamiento oculto. No sabe nunca noticias, habla poquísimo, descuida su traje con exceso y cuida sólo sus hermosos cabellos negros que caen ensortijados sobre su frente pálida y desenvuelta. Pobre y sin más recursos que su trabajo, vive con el mezquino sueldo de secretario y consejero del Sr. Juez de 1.^a

Instancia, alias el Tuerto, sueldo que es tan sólo de cuatro pesos fuertes, teniendo que mantener con tan módica suma á su madre anciana y á dos hermanas tan vanas y pretensiosas como enemigas del trabajo.

Amancio viene todas las noches durante una hora y en seguida se vuelve á trabajar, copiando y escribiendo cuanto se le presenta para aumentar su escasa renta.

Durante el tiempo que está en casa, si la conversacion es general, él permanece callado, con los ojos bajos miéntras no se le haga alguna pregunta; y eso muchas veces es necesario repetirla, porque parece siempre ausente, de pensamiento; sin embargo no hay en su mirada nada de torvo ni empacado; al contrario, cuando haciendo un esfuerzo que le cuesta siempre un suspiro, levanta su hermosa cabeza, demasiado grande para su cuerpo endeble, ó su cuello largo y delicado, sus ojos dejan ver claramente al traves de su pupila inteligente y ancha un no sé qué de misterioso y profundo que atrae, pero que hace daño y causa miedo, pareciendo que aquella mirada nos transmite algun dolor oculto y misterioso.

Pobre alma enferma! Desde su entrada en la vida, se consume presa en la cárcel de sus aspiraciones; su imaginacion ardiente y voraz le pinta sin cesar otro mundo, otro campo á su vasta inteligencia, miéntras que la cruel realidad le oprime entre sus garras.

Hijo de un soldado que murió combatiendo en tanto nacia el huérfano, que habia participado de todas las angustias que agitaron á la esposa, que llora al marido ausente, y á la madre que vé á sus hijos sin pan, Amancio vino al mundo entre lágrimas y escasez: su vida debia continuar del mismo modo.

A los diez años quiso la suerte viniese á establecerse en San Luis un tio de su madre, que era sacerdote, el cual tomó la familia bajo su proteccion y se ocupó de la educacion del huérfano. Desgraciadamente este tio murió pocos años despues, legando á su protegido sus libros y algunos papeles de familia por toda herencia. La madre pensó desde luego deshacerse del legado, como inútil, por unos pocos reales, junto con los pocos muebles que le habian tocado á ella en herencia; pero Amancio á pesar de su poca edad, suplicó con

lágrimas, le dejasen sus libros y vendiesen más bien el armario que los encerraba, que era de buena madera tallada.

Consintió en hora funesta la buena madre, y el hijo conservó su tesoro. El primero de esos libros que leyó el Puntano y le hizo una estraña impresion, fué un tomo trunco del diccionario filosófico que escogió al acaso; en seguida las *Ruinas de Palmira* pusieron su espíritu en tortura, y para complementar su educacion moral, hubo de leer las confesiones de Juan Jacobo Rousseau.

Imaginad á este nuevo mártir del pensamiento, encerrado ocho horas del dia en casa de un lomillero, aprendiendo el oficio, á media racion de pan para venir en seguida á su casa á devorar la biblioteca de su tio, echado en un mal jergon, con el estómago vacío, á la luz incierta del crepúsculo.

Cuánto debió sufrir esa alma jóven y ardiente; qué alimento para un espíritu puro y nuevo, sin más guia, que su propia inspiracion, sin más ley que los movimientos de su corazon.

Pronto cobró Amancio aversion al trabajo, pareciéndole corto el tiempo para empapar su espíritu en aquel veneno sutil, que gastaba tan temprano los resortes de su alma. Dejó el oficio, engañó á su madre, y por tal de tener mayor libertad para entregarse á la meditacion de sus libros queridos, se pasó dias enteros sin probar alimento. Un dia por fin, trajéronselo á la pobre madre desmayado de la calle; el infeliz tenia fiebre, quién sabe desde cuándo no comia, ni dormia. Desde ese momento conozco á su familia. Amancio no me hizo entónces ninguna confidencia; sin embargo, desde que penetré en su mezquina habitacion, sembrada de libros por todos lados y falta de aquellas comodidades más indispensables para la vida, todo lo comprendí no teniendo límites mi asombro á medida que leia los títulos de esos libros, compañeros inseparables del infeliz lomillero.

Gracias á mis cuidados, recobró la salud, y desde ese momento me propuse salvarlo. Le hablé sin rodeos, descubrí sin piedad una á una las heridas de aquel corazon jóven envejecido ya por una monstruosa esperiencia, logrando me confiara sus penas y se entregase á mí.

¡ Pobre niño! cómo se enterneció mi corazón cuando al cabo de seis meses de vivir con nosotros, como hijo y siempre á mi lado, me dijo :

Señor, voy á pedir perdón á mi madre y á mis hermanas ; quiero trabajar, conozco que ha llegado la hora de pagar mi deuda : soy muy culpable !

Al punto me ocupé de buscarle una ocupacion más adecuada á sus disposiciones intelectuales, comprendiendo que su organizacion delicada y eminentemente nerviosa, no se prestaba á ningun trabajo grosero y puramente mecánico. A haber tenido yo fortuna le habria desde luego mandado á Buenos Aires á estudiar, como él ardentemente lo deseaba ; pero esto era irrealizable, pues mi profesion no me daba á ganar nada, reduciéndose mi clientela casi toda á gente muy pobre á la cual era necesario las más veces llevar hasta los remedios. Nunca consentí en recibir el dinero del necesitado.

Difícil era hallar nada mejor que aquel empleo de secretario del Sr. Juez, y no me costó poco trabajo conseguirlo de aquel á quien yo no conocia y que á la verdad era personaje poco accesible.

Cordobes de nacimiento y tuerto por accidente, el señor Robledo se consideraba una lumbrera capaz de deslumbrar con sus rayos á todo el continente americano. Habiendo pasado sus primeros años estudiando la jurisprudencia en su ciudad natal, se fue en seguida á Mendoza. Así que se graduó de Doctor, quiso su mala suerte tuviera mal éxito en todo cuanto emprendiera, y sobre todo que la generalidad no participase de su conviccion respecto á la propia ciencia y talentos ; lo cual contribuyó y no poco á volverle aun más uraño y descontentadizo, de lo que la naturaleza le habia creado.

Lanzado en la política, perdió en ella tiempo, afanes y uno de los ojos de resultas de una espresiva demostracion de parte de uno de sus contendentes. En fin, de desgracia en desgracia, y de caida en caida, llegó el hombre á San Luis. Aquí los dados se vuelven y hélo hecho un nuevo Mecenas ; con honores y prerogativas de todo género, pues segun aseguran, el gobernador no le niega nada y no deshace nunca lo que el tuerto manda.

Vale la pena de serlo, ¿quién sabe si á eso no debe aquel todo su favor de que saca tan buen partido?

No lo sé, y esto es mera suposicion; pero lo que sí puedo asegurar es que mi protegido debió esclusivamente la posicion que cerca del Juez ocupaba, á ese defecto, pues éste se fatigaba estraordinariamente de escribir con un solo ojo y no hacia sinó poner su complicada firma á todo cuanto dictaba á su inteligente secretario, con el cual parecia entenderse admirablemente.

CAPÍTULO IX

D. URBANO TIENE UNA BUENA OCURRENCIA, Y AMANCIO ME DA QUE PENSAR

Una noche que segun costumbre nos hallábamos reunidos alrededor de la mesa del té, haciendo ya rato que la conversacion habia cesado, D. Urbano que generalmente era el que daba la señal de la retirada, dijo con voz compunjida:

Parece que no hay medio de alegar esta casa; ya no hay música, todos están tristes y juzgo que esto no tiene fin. ¿Hasta cuándo señoritas, ha de durar este estado tan odioso?

Y como su mirada se dirigiese á las dos hermanas alternativamente, Lia le respondió.

Mamá está triste, D. Urbano, siempre triste, porque como aún no hemos tenido cartas de Juan: por esa razon no tocamos el arpa. ¿No es cierto, Sara?

Sara miró á su madre, y viendo que ésta llevaba el pañuelo á los ojos, se volvió á su hermana con aire de reproche. Mi hija menor, se puso encendida y bajó los ojos tristemente. Yo que me habia apercebido de todo y deseaba salir de la penosa situacion en que nos habia dejado la partida de mi hijo, dije á la confusa Lia: Tiene razon D. Urbauo, estamos demasiado tristes, y si la tristeza se prolonga, nuestros amigos huirán de nosotros. Templa tu arpa, hija mia, y cántanos algo.

Lia miró á su madre con duda, y me respondió:—no sé si mamá..

Canta, hija mia, djíjole suavemente María, la música me hará bien pero ven ántes cerca de mí.

Lia se acercó á su madre, y ésta la besó en ambas mejillas

Don Urbano encantado del buen éxito de sus palabras, acercó el arpa con amable solicitud, ofreció la llave á Lia, colocó el asiento y permaneció de pié á su lado.

Lia tenia una voz hermosísima, fresca y ágil; yo habia sido su maestro y como mis conocimientos musicales sólo se reducian á leer la música con facilidad, no pude enseñarle sinó lo poco que yo sabia; sin embargo, como desde sus primeros años se ejercitaba en imitar el canto de todos los pájaros, llegó á adquirir en este ejercicio tan asombrosa maestría, que me ocurrió la idea de dedicarla al estudio de la vocalizacion, procurándole ese género de estudios y siguiendo la inspiracion propia. En efecto, en poco tiempo cantó con gran facilidad los más difíciles ejercicios, acompañandose ella misma, siendo de notar que preferia siempre cantar con las menos palabras posibles. Hacia un arpejio, corria las manos por las cuerdas del arpa, y un torrente de notas cristalinas y metálicas brotaba de su garganta, sin idea fija, sin regla ni método, pero con la más encantadora facilidad y gracia.

Esa noche estuvo admirable! ¡qué lujo de dificultades; ¡qué trinos! Su voz tenia una pureza de timbre extraordinaria, las notas parecian gotas de agua. Con la cabeza echada hácia atrás, con los rubios cabellos agitados por la brisa de la noche que entraba por las ventanas entreabiertas, Lia parecia el ángel de la inspiracion juvenil y caprichosa desafiando al arte humano. Por momentos creia verla remontarse al cielo desplegando ocultas alas; todos estábamos conmovidos, María lloraba; pero sus lágrimas dulces y abundantes eran un alivio para su corazon.

Don Urbano parecia petrificado, Sara contemplaba á su hermana con la espresion con que los niños miran una pintura sagrada, con esa mezcla de respetuosa admiracion, acompañada de tanto amor! Jane parecia completamente dormida, y sólo la constante agitacion de sus párpados demostraba todo lo contrario. Amancio no estaba ya en la habitacion, nadie habia notado su salida.

Cesó el canto, Lia vino nuevamente á abrazar á su madre y salió de la sala poco despues, seguida de su hermana. Don Urbano sacó el reloj y viendo que eran las nueve, se despidió de nosotros, asegurándonos que en su vida olvidaria tan deliciosa noche. Fué entonces que echamos de menos á Amancio; Don Urbano criticó mucho su inoportuna fuga, recomendó con repetición á mi mujer saludara á las niñas y se marchó diciéndonos el consabido hasta mañana. No dejó de preocuparme algo la conducta de mi jóven protegido, causándome desvelo gran parte de la noche esa circunstancia insignificante al parecer; pero que tratándose de Amancio á quien tanto queria, tomaba para mí grandes proporciones.

CAPITULO X

CÁRLOS GIFFORD—SORPRESA—ES UN DEBER PERDONAR LAS OFENSAS

El día siguiente muy de mañana, cuando me preparaba á montar á caballo para ir á hacer visita á mis enfermos, se me presentó con una carta un hombre que parecia peon de carretas. Al momento imaginé seria de mi hijo, y me apresuré á abrirla; pero viendo que no era su letra, le pregunté quién se la habia dado, á lo cual respondió habérsela entregado el mozo rubio que venia de Buenos Aires, que estaba en la posta.

No puedo explicar el cúmulo de emociones que agitó mi alma cuando en mi impaciencia por saber quién me escribia, recurrí á la firma y leí el nombre de Carlos Gifford.

Despues de tantos años, este nombre se me presentaba como una evocacion del pasado. Preocupado con recuerdos dolorosos, sorprendido mi espíritu por lo inesperado, fijaba los ojos en la carta, sin poder leer una sola palabra, sacándome de este estado la voz del peon, que me pedia respuesta. No puedo contestar ahora, le dije, yo mandaré despues, más tarde, y me dirigí á mi cuarto con la carta, sin saber lo que pasaba por mí.

¿Qué podia quererme Carlos Gifford despues de treinta años? qué

habia ya de comun entre el opulento propietario de Inglaterra y el pobre médico de San Luis?

Cárlos á quien tanto habia yo amado y que tan ingrato se habia mostrado con el amigo ¿qué podia decirme? Abri de nuevo la carta y leí con creciente emocion lo que sigue:

James :

Si no conociera tu corazon, nunca hubieras recibido esta carta ; sé que al encontrarte con el nombre de Cárlos Gifford al pié de estas líneas, tu alma no sentirá ningun mal movimiento. Perdóname aunque no lo merezco, porque el camino de la virtud no es igualmente fácil para todos. Ya no soy rico, James, y este es el mejor título que tengo á tu amistad.

Como vino mi fortuna así se ha marchado, he perdido casi todo en especulaciones descabelladas. Hoy ya viejo y enfermo cuento apénas con lo necesario para concluir mi vida.

Tengo un hijo, un hijo que es la única criatura que me ama ; por él hubiera dado mi propia existencia, por su felicidad sacrifico hoy mi orgullo, que sabes cuánto poder tiene sobre mi corazon ; ámale en nombre de lo que fué en otro tiempo para tí, guíale con tus consejos. Èl nada sabe de mi falta, tú harás á este respecto lo que halles conveniente, confío en tí y no temo ya la muerte. Ya no nos volverémos á ver en la tierra. Pobre J ne, sírvale de consuelo mi vida desgraciada siempre y sin amor. Todo se compra ménos la felicidad.

Adios

Cárlos Gifford.

Lóndres 27 de Marzo de 185..

Cuando acabé de leer esta carta mi cara estaba bañada en lágrimas, el corazon me latia con violencia ; mi primer movimiento fué correr en busca del hijo de Cárlos. Jóven, en tierra estraña, léjos de su padre ! Pensé en mi hijo y me dirigí á la puerta.

El recuerdo de Jane, clavó mis piés al suelo. Cómo recibiria ella al hijo del culpable Gifford? ¿Cómo anunciarle aquella estraña

noticia? La idea de renovar tan amargos recuerdos en su corazon, me hacia daño. Decidí consultar á María. ¿Quién mejor que una mujer podia fallar en cuestiones de sentimiento? ¿No son ellas la parte sensible del universo? Mi mujer oyó leer aquella carta con extraordinaria emocion, y con una confianza verdaderamente sublime exclamó :

Si Jane amó á este hombre, recibirá bien á su hijo, no lo dudes, ¡pobre Cárlos! pobre Jane! Yo le hablaré, amigo mio, vé en busca de ese jóven, no podemos cerrarle nuestros brazos, anda, Dios me inspirará.

Poco rato despues me dirigia yo en mi tordillo á la posta, avivando cuanto podia su andar que nunca me habia parecido más lento y acompasado; á mi llegada ví un grupo de personas de diversos trajes y edades examinando un avestruz de clase rara, que hacia esfuerzos por salirse de un pequeño corral en que estaba encerrado. En el momento reconocí entre ellas al hijo de Cárlos Gifford; la semejanza con su padre era completa, la misma belleza de formas, el mismo rostro; le hubiera reconocido entre mil. Al punto me dirigí á él, y aún me conmuevo al recordar la espresion de sus bellas facciones al tenderme la mano diciéndome :

Yo soy el que vd. busca, porque vd. debè ser el amigo de mi padre, el Dr. Wilson, á quien vengo procurando desde Inglaterra. Le abrí mis brazos y le besé como á mi hijo.

Bien hubiera querido volverme con él al instante; pero aunque habia sólo media legua de la posta á mi hacienda, él insistió con tierna solicitud en que descansase, y yo juzgué muy conveniente dar tiempo á mi buena María para preparar á mi hermana.

A medida que hablaba con el jóven Gifford, le cobraba más afecto, apreciando por su conversacion sensata y franca las prendas de su corazon. Me habló con enternecimiento de su padre, aunque, segun me dijo, hacia poco tiempo que le habia conocido, habiéndose él educado en Escocia al lado de una hermana de su madre, que habia muerto hacia dos años, dejándole heredero de su pequeña fortuna.

Con una delicadeza que acabó de ganarle mi corazon me dijo,

que habiéndose arruinado su padre en sus especulaciones en la India, él le había propuesto venirse á América á buscar fortuna, debiendo el padre anciano disfrutar de aquella herencia que él le cedía sin reserva, tomando estrictamente lo necesario para el viaje.

Tan noble rasgo debió conmover el corazón del ambicioso Gifford, recordándole los buenos días de su pasado. La virtud del hijo inspiróle sin duda esa carta : ; dichoso padre !

Jorge Gifford era un hijo modelo, mas respeto, más desinterés no era posible tener. Durante el camino me dijo que su padre le había hablado de nuestra antigua amistad, y que la pintura que le hacía de mi carácter le había decidido completamente á venir á América. Me pidió noticias de mi familia, y yo que en llegando á ese punto, me siento flaquear, creo que pasé más de la mitad del camino hablándole de mis puntanitas. También le hablé de mi hermana exajerando casi sin darme cuenta la esquizidez de su genio ; temia estraordinariamente hiciese mala acogida á mi nuevo amigo, en cuya grata compañía hallé corto y ameno el camino.

CAPITULO XI

LLEGADA DE JORGE GIFFORD. JANE SE MUESTRA GENEROSA. DIFERENTES OPINIONES SOBRE UN MISMO PUNTO.

Las niñas se han puesto sus trajes de día de fiesta, y en compañía de su madre que ha estrenado un vestido nuevo nos esperan en la puerta de la sala. Qué hermosas estaban, y sobre todo qué idénticas. Gifford las saludó con una mezcla de admiración y de sorpresa que dió motivo á que yo le dijese: « Qué tal, amigo mio ; las encuentra V. muy semejantes, idénticas? ya hará V. la diferencia, ya se acostumbrará V. á distinguirlas. »

En ese momento María con un semblante muy àlegre que contrastaba con sus palabras y daba á su fisonomía cierto reflejo de juventud que me trajo días pasados á la memoria, dijo al recién llegado: « Mi hermana Jane está algo indispuesta ; pero me ha prometido acompañarnos á tomar el té ; discúpela V. caballero ; »

dirigiéndome en seguida una mirada de inteligencia que alivió mi corazón de un enorme peso.

Las niñas ofrecieron á Gifford mostrarle sus plantas, sus pájaros y sus libros; sí, sus libros; oh no eran estos muy numerosos, pero no faltaba entre ellos ni Cooper, ni Milton, ni el *Vicario de Wakefield*, sin olvidar las obras de mi compatriota Walter Scott muy bien empastadas y colocadas con simetría al rededor de la mesa. Mis hijas leen, gustan mucho de esa distraccion, le dije, y yo no me opongo á que su imaginacion se alimente con las bellas ficciones de los grandes maestros; pienso que en la juventud es tan necesario dirigir y distraer la imaginacion, cuanto es útil robustecer y adiestrar los miembros en la infancia. Gracias á Dios, por aquí no nos llegan fácilmente las novedades literarias, ventaja inaudita, pues de ese modo leen y releen sus mismos libros, que buen cuidado he tenido de encargar yo mismo á Mendoza y á Chile.

Así que pude hablar con mi mujer, me dijo que Jane la habia asombrado, pues desde el primer momento y sin resistencia, luego que leyó la carta, habia dicho: *Perdono, porque tambien es desgraciado*; venga su hijo, no caiga sobre él la falta del padre; el sacrificio está ya consumado. Dirás á mi hermano que esta noche deseo me presente al hijo de Carlos Gifford. Siento necesidad de estar sola, hermana; déjame leer mi Biblia, que no me llamen á comer. Hasta luego.

Comprendo lo que ha debido pasar por su corazón, dije á María; pero, gracias á Dios, tiene muy cerca de cincuenta años; lo que le queda de vida, es ya más fácil. Bendigamos á la Providencia, amiga mia: este dia es un dia feliz. La madre enjugó dos lágrimas que corrian por su mejilla al recuerdo de su hijo ausente, y yo, adivinando su pensamiento, le dije: María, cuando alcanzamos un favor de la Providencia, no es justo recordar nuestros dolores. Eres una buena madre; esposa, seca tus lágrimas, todo lo puede aquel que vuelve las hojas á los árboles y el verdor á los campos!

Se me figura que nuestro amigo D. Urbano no puso muy buena cara al recién llegado; sospecho que en gran parte fué ésto debido al buen corte de su levita y al gracioso nudo de su corbata. Ima-

gué al momento que el elegante puntano echaba de ménos un bellísimo alfiler de oro y topacios que ostenta en su corbata en los dias de gala, el cual realza cumplidamente sus méritos personales. ¿Habrá quien le acuse de debilidad? Fuera esto cruel. ¿Acaso en la vida los juicios que hacemos de los demas no están siempre en razon directa de aquello que á nosotros nos falta á nos sobra? Qué importa que se trate de una corbata mueble indispensable ó de una calidad más ó ménos útil? La medida es siempre la misma, el resultado idéntico.

Poco á poco la conversacion se hizo animada, Jane cumplió su promesa, y sólo pudo notarse en el cordial saludo que hizo al hijo de su prometido, cierto temblor imperceptible en la voz, que me llegó al corazon. Por lo demas desempeñó su tarea diaria con la misma exactitud y tino que acostumbraba, asegurándole Gifford que desde su salida de Inglaterra no habia tomado tan buen té.

—¿Piensa V. señor D. Jorge quedarse algun tiempo entre nosotros? preguntó D. Urbano con especial cortesía al recién llegado.

—No lo sé, caballero, respondió Gifford, eso dependerá del resultado de un pequeño negocio que no sé si podré realizar.

—Ah! exclamó D. Urbano, ¿V. trae consigo algunos efectos?

—No, señor, contestó Gifford, tengo, ó mejor dicho, tiene mi padre por aquí algunos terrenos, y vengo á ocuparme de utilizarlos; para ello cuento con los consejos de nuestro respetable amigo.

—De todo corazon, respóndle: disponga V. de mí.

—Les aseguro á Vds. agregó Gifford, que me seria muy agradable vivir en San Luis; se respira por aquí cierto aire de tranquilidad y de bienestar envidiables; se me figura que todos deben ser tan dichosos. Es verdad que despues de haber pasado casi toda mi vida en una pequeña ciudad de provincia, el ruido de las graudes capitales se me hace insoportable. Ustedes deben pensar como yo, ¿no es verdad?

Don Urbano sonrió maliciosamente por no saber qué responder, y se volvió á Amancio diciéndole: ¿Y V. qué dice de las pequeñas ciudades, señor secretario?

—Yo, caballero, respondió Amancio con acento amargo, no comozco sinó á San Luis, no tengo opinion.

Gifford, sin apercibirse del mal efecto que sus palabras hacian, continuó:— Oh! Vds. no pueden apreciar la felicidad de que disfrutan: en las grandes ciudades el hombre no es dueño ni de su pensamiento; cuántas veces se imagina uno escuchar puramente la voz de su razon, el éco de sus propios sentimientos, y no hace sinó ceder al impulso general, al espíritu de la mayoría. Oh! no hay peor tiranía que la tiranía de la opinion, y nada hay que más aleje al hombre de sí mismo, que el culto de las preocupaciones.

—Sí, exclamó Amancio con vehemencia fijando en Gifford sus hermosos ojos llenos de inteligencia, vivir de la vida comun, sentirse arrastrado por el torrente luminoso de las ideas, aspirar con delicia esa atmósfera cargada de grandes pensamientos, vivir en una hora un siglo, poder comunicar nuestras más íntimas aspiraciones con sólo una mirada, ser comprendido por esa masa inteligente y fuerte que arrastra y que guia á los hombres de corazón! oh! eso es vivir!

—Error, amigo mio, replicó Gifford, esa masa inteligente y fuerte se compone de hombres inteligentes, es verdad; pero débiles y egoistas, llenos de mezquinas envidias y torpes preocupaciones. De hombres que en vez de tendernos la mano para guiarnos en el laberinto de sus intrigas y amafios, apagarán el fuego de nuestra alma, el calor de nuestra inteligencia con el contacto de sus miserias y desencantos, y harán que dudeis de vuestro talento, y os parecerá que la luz huye de vuestro espíritu, y moriréis de sed al pié de la fuente. ¿Créame V., caballero, y esto se lo digo á V. con toda la verdad que me inspira el noble ardor de que le creo poseido; los pensamientos nacen, crecen y maduran en el retiro, en el silencio de las pequeñas ciudades; por más que por momentos se sienta uno desagradablemente sorprendido por alguno, porque muchos no nos comprendan. Cree V. acaso que la inteligencia solamente es el punto de contacto, el eslabon que une á la gran cadena humana? ¿En dónde encontraremos quien aprecie mejor nuestra alma, los rasgos de nuestra inteligencia, que un corazón que no lata sinó por nosotros, que nos consagre todos sus momentos, que no viva sinó para nuestra dicha?

Ustedes perdonen, dijo en seguida volviéndose á las señoras, haya tomado la libertad de espresarme con tanta franqueza; pero por más que mi memoria me recuerde que hace pocas horas que conozco á Vds., mi corazon me dice que nuestra amistad es de más larga fecha y que durará siempre.

Habia tal acento de verdad en sus palabras, que María le respondió á pesar de su natural timidez :

No se equivoca V. Jorge, somos sus verdaderos amigos.

—Amancio, se dá V. por vencido? dijo entónces D. Urbano con una risita burlona.

—Confieso, replicó aquel, que creo al señor más competente que un oscuro provinciano para decidir en tales cuestiones; pero á pesar de todo, la conviccion no ha penetrado aún en mi corazon.

Pareciéndome notar acritud en el tono con que fueron dichas estas palabras, y temeroso de que mi nuevo amigo mortificase sin quererlo al pobre Amancio, tomé la palabra en estos términos :

Aunque hace muchos años que vivo tranquilo y feliz en esta ciudad, no por eso he olvidado completamente lo que era la vida en esas ciudades á que V. se refiere, y sin irnos muy léjos hablaré de Buenos Aires, en donde está reasumido el mayor número de habitantes y de civilizacion de toda la República.

Casi no hay una inteligencia aquí en las provincias, que no aspire como al supremo bien, á engrosar las filas de los hombres inteligentes que allí figuran; los padres piensan como en un deber, en mandar á sus hijos á educarse allí y aprender á ser hombres. ¿Se creará acaso que sea con la idea de que vuelvan á sus provincias á ser felices, contribuyendo al bien general con el contingente de luces y talentos adquiridos? Ciertamente no es otro el móvile que decide á estos buenos padres á separarse de sus hijos á costa de grandes sacrificios las más veces; pero desgraciadamente rara vez recogen el fruto de sus afanes; porque sus hijos ó se quedan á vivir en Buenos Aires, *aporteñándose* lo más que pueden y cobrando singular despego á la tierra que les vió nacer, ó vuelven á su provincia, con ideas inaplicables al grado de civilizacion de la mayor parte de sus compatriotas y sin el tino ni la prudencia necesarios para ir por grados me-

• jorando y perfeccionando las costumbres y las ideas. Y creen que todos han de ver tan claramente como ellos los defectos, los males que les aquejan, y que infaliblemente habrán de recurrir á ellos como á un puerto de salvacion acatando la superioridad adquirida. Pero ¿qué sucede?—la ignorancia, la sencillez de la gente inculta, desestima verdades que no entiende, y de aquí á odiar á los que empiezan por despreciar su ignorancia, atacándola por medios violentos; no hay sinó un paso. Abrese la lucha de estos dos poderes igualmente fuertes y tenaces, llamásele hoy de un modo y mañana de otro, no es siempre sinó la lucha de la civilizacion contra la barbarie, ó mejor dicho, de la barbarie contra la civilizacion. ¿Y qué remedio amigos míos á este mal, á un mal que por más duro que sea decirlo, es causado más por la impaciencia de los civilizados que por la barbarie de los incultos? ¿Cómo es posible aplicar teorías gubernativas hechas para sociedades que han llegado al más alto grado de civilizacion, á pueblos, que ni siquiera tienen idea de sus deberes? Acaso tienen mayor importancia los derechos del ciudadano, que los deberes del hombre social y privado? Cómo es posible, que sin un sentimiento profundo y serio de la moral, un individuo no abuse de sus pretendidos derechos? ¿Será lícito exigir de los demás, aquello que nosotros no somos capaces de cumplir? Aún no es tiempo de embellecer ni pulir, apénas si los cimientos son suficientemente profundos, para resistir el enorme peso del edificio social. Júntense los hombres inteligentes y racionales, los hombres de corazon, en su ciudad, en su provincia, dedíquense sus esfuerzos y sacrifíquense por ella ya se llame San Luis, Córdoba ó Buenos Aires. Entréguense con fé, con perseverancia al bien general; nada de impaciencia y sobre todo nada de intolerancia soberbia y orgullosa; practiquen las virtudes que quieren enseñar al pueblo educándolo, con el ejemplo, con la tolerancia. El desprecio por el que creemos inferior á nosotros, es un arma de dos filos: tal hombre que sabe menos que yo, tiene un alma más grande, un corazon más generoso; en una palabra, y para reasumir mi pensamiento, el mayor mal de que adolecen los argentinos, es la impaciencia, el descontento general que mina esa sociedad que marcha á pasos de gigante sin el senti-

miento de un deber que llenar. Pero basta ya de cosas serias ; niñas, al arpa, oh ya vereis, señor civilizado, lo que son mis puntanitas.

Papá, respondió Lia ruborizándose, si empieza vd. así, no me animaré nunca á cantar ; el señor que habrá oído tan buenas cantoras... .

Le aseguro á vd. que... .respondió Gifford.

Oh! interrumpió D. Urbano, en cuanto á eso no tiene vd. nada que envidiar, señorita.

Sí: pero mucho que aprender, replicó Lia sonriendo y corriendo de muy buena gana al arpa.

En seguida Sara nos cantó una balada inglesa á la soledad, contrastando su contralto grave y velado, con la agilidad del canto de su hermana. Para definir el efecto que producian una y otra cristalina hermosura diré: que el canto de Lia asombraba como la manifestacion de un sér casi sobrehumano. Pero la voz, el decir de Sara puramente humanos, alzaban al corazon conmoviendo sus más recónditas fibras.

Cuando llegó el momento de separarse, Jorge tendió su mano á Amancio y con una cordialidad que pareció asombraba á éste le dijo :

Seamos amigos ; cuento nos veamos con frecuencia.

Don Urbano ofreció sus servicios y su amistad al simpático jóven, en términos espresivos, y se retiró muy satisfecho de su arenga. Pocos momentos despues, conduje á Jorge al cuarto de mi hijo, deseándole una buena noche.

CAPÍTULO XII

LA MISERIA Y LA MUERTE DEL POBRE. MISION DEL MÉDICO

El dia siguiente Jorge me pidió permiso para acompañarme en mis visitas, con la idea de conocer un poco aquellas gentes. Consentí gustoso y emprendimos la marcha despues de almorzar.

Mi primer visita era siempre para una buena mujer en extremo pobre, que tenia su rancho á la entrada del pueblo y que estaba en el último grado de tisis.

Cuando entramos en la habitacion única que tenia el racho, un espectáculo enternecedor se ofreció á nuestras miradas. Sobre un catre de cuero sujeto al suelo por cuatro estacas de madera estaba acostada la enferma, cubierta con una frazada de lana blanca y colorada, agujereada en varias partes, que le subia hasta el pescuezo, dejando ver tan sólo su cabeza con los cabellos en desórden y un rostro pálido y desencajado con dos chapas encendidas en las mejillas.

La enferma dormia, su respiracion anhelosa, agitaba de continuo la frazada, imprimiéndole un movimiento cadencioso.

En el cuarto no habia más muebles que una silla pequeña con asiento de cuero, una mesita baja de madera oscura, lustrosa á fuerza de uso, con algunos manojos de tabaco á medio torcer, que era el oficio con que ganaba la vida aquella infeliz y que le habia ocasionado la enfermedad de que se moria.

Las paredes de barro y paja dejaban filtrar la luz y el aire por multitud de grietas, habiendo sido algunas de ellas remendadas en varias partes con vellones de lana blanca y negra. En un clavo habia colgado un vestido de zaraza negro, con pintas blancas, una enagua y algunos otros trapos de un blanco amarilloso. Vefase en un rincon una olla de fierro puesta sobre dos astillas de leña que ardian apénas, cubiertas por la ceniza, y algunos carbonés apagados y por último en el extremo opuesto distinguimos una criatura que parecia apénas tener siete años, en cuclillas en el suelo, lavando una especie de sábana, en un lebrillo de barro roto. La niña al vernos entrar, interrumpió su trabajo y se acercó á nosotros levantando con una mano los cabellos que le caian sobre la frente y poniendo un dedito en la boca, para recomendarnos silencio.

Está durmiendo, dijo en seguida en voz baja echando una mirada cariñosa á la enferma y yo aprovecho para lavarle la sábana, porque toda la noche ha tosido y tosido por la mañana, habiendo muchas manchas de sangre en el suelo y en la sábana.

—¿Desde cuando se ha empeorado tu madre, hija mia? ¿Por qué no has ido á avisarme?

—Es que, respondió la niña mirando á su madre, ella no ha que-

rido, y como Ño Miguel no ha venido hace dos dias, no he tenido á quien mandar. Acerqu me á la cama ; la pobre  gueda tenia una fiebre violenta, y en su rostro habia síntomas mortales.

—Es necesario, hija mía, dije á la niña, que vayas en el momento á casa y digas á mi mujer que tu madre est  muy mala y que la espero aquí. Mi compañero se ofreció á ir él mismo ; pero yo le d  á comprender con una mirada, deseaba que se quedara.

La niña salió luégo, no sin haber ántes torcido la sábana lo mejor que sus manitos se lo permitieron, y haberla en seguida estendi o sobre la mesa que acercó al fuego, para que se secase, recomend ndome cuidase no se quemara. Luego que hubo salido pedí á Jorge fuese en busca del cura y le dijese de mi parte, que era necesario vi-niese á ausiliar á aquella infeliz, sin pérdida de tiempo.

He visto la muerte en casi todas sus formas ; he contemplado la agonía del hombre robusto y vigoroso que va cediendo por grados sus derechos á la muerte ; he sentido helarse la sangre en las venas del anciano en el último tercio de su vida ; la he visto sorprender al tierno niño sonrosado y risueño en los brazos de su madre ; pero nunca he experimentado lo que en aquella media hora.

 gueda abrió los ojos y fijándolos en mí sin asombro, me dijo con voz trémula y apagada.

—Bien sabia que V. habia de venir, y la chica ?

—Ha salido un momento, yo la he mandado ; no puede tardar.  C mo se s ete V., hija mía ?

—Mejor, señor ; ya esto es hecho, me voy sin remedio. Cuideme mucho la chica, d gasele á la señora, y que Dios se lo pague. Tengo mucha sed ; all  en el rincon hay un jarro con agua, h game favor.

Le alcancé el jarro, bebió con avidez, y en seguida cerr  de nuevo los ojos. Poco despues entr  el cura seguido de Jorge ; la enferma al verle hizo la señal de la cruz, me miró por última vez y cayó en un sopor precursor de la muerte.

Mi mision habia concluido apénas le quedaban algunos instantes. El sacerdote le puso la extrema uncion y se arrodill  cerca de la cama.

—Amigo mio, dije á Gifford, tengo otros enfermos que visitar ; el

dia empieza mal; pero mi deber es disputar su presa á la muerte, mientras haya esperanza. Ruego á V. se quede aquí hasta la llegada de mi mujer, pronto vuelvo.

CAPITULO XIII

AMANCIO ES FELIZ. UN CORAZON NOBLE Y GENEROSO NO PUEDE TRANSIJIR CON EL CRÍMEN. ES NECESARIO AYUDARLE, SALVARLE

Luego que se dió sepultura al cadáver de Águeda, mi mujer que habia traido en su compañía á sus hijas, para que la ayudasen en aquella piadosa tarea, se llevó consigo á Aguedita que lloraba y se desesperaba por seguir á su madre.

A fuerza de halagos y cariños consiguieron al fin las niñas apaciguarla, ocupándose en el momento de cortarle y coserle un trajecito de luto.

Jorge que se interesaba vivamente por la huerfanita, se ofreció á enseñarle á leer, á pesar de no hablar aún bien el castellano; poniéndose á la obra desde el dia siguiente.

Pareciéndome esa noche notar que Amancio estaba más preocupado que de costumbre, le llamé á parte y le convidé á que diésemos un paseo por la quinta. Hacia una luna magnífica, y un airecito fresco pero suave, agitaba mansamente las hojas de los árboles.

—Hijo mio, díjele apoyándome en su brazo, ¿no admiras como yo la infinita bondad del Creador, que con tanta profusion nos prodiga sus tesoros? Mira ese cielo azul y trasparente, dime si hay corazon que resista á tan sublime espectáculo? habla Amancio, dime qué es lo que trabaja tu espíritu, ábreme tu pecho. ¿Qué deseas? ¿Cuál es tu oculto pensamiento?

—Ah, señor! dijo Amancio tristemente, qué deseo? qué busco? yo mismo no lo sé; cuántas veces he venido decidido á contar á V. mis pesares, mis tormentos, y en el momento de hablar, las palabras me han faltado; soy muy desgraciado!

Y al pronunciar estas palabras se echó en mis brazos llorando.

—Bien, hijo mio, llora, eso es mejor, las lágrimas que no se vierten secan la sávia del corazon; trata de coordinar tus ideas, háblame con franqueza; sabes cuánto me intereso por tí.

—Amigo mio, respondió Amancio, es necesario que me aleje de estos lugares, tengo absoluta urgencia de dejar á San Luis, mi vida aquí no es vida; consumo mis mejores años sin ver claramente delante de mí la senda que debo reguir, sin encontrar quien me comprenda, quien me tienda una mano amiga. Si supiese V. qué horribles noches paso pensando en ese porvenir oscuro y confuso del que nada percibo hasta ahora; cómo es posible que esté destinado á vivir y morir sin haber saciado esta sed que me abrasa? Qué mezquino, qué pequeño es cuanto me rodea! Todos los hombres en esta miserable aldea, pasan la vida ocupados esclusivamente de sus intereses materiales; nadie piensa sinó en sí mismo, en la cosecha, en los frutos. Esta atmósfera acabará con mi razon; el contacto de ese hombre odioso dará en tierra con la nobleza de mi corazon; siento ya germinar en mí instintos de odio. Oh! ántes me daré muerte cien veces, me quitaré esta miserable vida.

Amancio se pasó la mano por la frente y guardó silencio.

—Escucha, joven, le dije, despues de un rato, no voy á dirigirme á tu corazon no, aunque conozco bien el camino que á él conduce, y sé cuán fácil es conmoverlo; sin embargo, dudo ya de la estabilidad de tus propósitos. Voy á hablar á tu razon, á tu inteligencia.

¿Por qué si estás descontento de la ocupacion que tienes, no tratas de buscar otra que más te convenga? ¿Por qué no me lo has dicho mucho ántes? Hiciste mal, yo no conozco á ese hombre que me pintas con tan negros colores, y quizá, solo tengo yo la culpa de tu padecimiento.

—Generoso amigo, exclamó Amancio con vehemencia, no culpe V. sinó á mi negra estrella; nací para sufrir sin tregua ni esperanza. Quiero pintar á V. el cuadro de mis dolores. Desde el dia en que por vez primera me acerqué á ese hombre, un instinto repulsivo me alejaba de su lado, y sólo por un gran esfuerzo de voluntad, consentí en quedarme á su lado. Sin embargo, en el primer tiempo no podia yo quejarme sinó de la vulgaridad de sus maneras, de sus groseros

chistes y de una zocarronería jesuítica con que trataba los asuntos de su juzgado, afectando siempre una compasion tan exagerada y mal dirigida, que producía en mí el efecto opuesto. Mi trabajo se reducía entónces á buscarle en algunos libros de derecho civil y criminal textos en que fundar la justicia de sus sentencias, siendo de notar que ponía en ello especial esmero á pesar de que al propio tiempo, me hablaba del derecho y de la justicia, con el más alto desprecio. Más de una vez le objeté no comprendía cómo teniendo esas ideas, se daba tanto trabajo para redactar sus sentencias y calcarlas segun la letra de la ley; á lo que me respondía riendo:—Es necesario, mi jóven amigo, que se convenza V. de que la mejor regla de moral pública y privada, es dar á nuestros actos por arbitrarios é injustos, que ellos sean, cierto carácter de legalidad y de justicia, que nos gane el buen concepto de los tontos, que son los que más abundan.

El trabajo no tenía para mí nada de pesado, al contrario; como él tiene muchos libros de derecho que no ha leído jamás, yo los estudiaba con gran placer, sacando de ellos todo el provecho posible; habiendo llegado, segun sus espresiones, á ser un pozo de ciencia.

Poco á poco fué el malvado mostrando sus vicios. Una vez seguro de la influencia completa que hoy ejerce en el ánimo del gobernador, su conducta fué muy diversa. Defraudó al huérfano de su modesto patrimonio; anuló en provecho propio toda clase de contrato ó soçiedad en la cual veía alguna probabilidad de ganancia; condenó, encarceló á todo aquel desgraciado que cometía el crimen de ser un poco más rico que los demas; llegando la infamia de su proceder hasta introducir en las familias la vergüenza y la deshonra para satisfacer sus brutales apetitos.

En vano quise contener el desborde de sus pasiones, oponiendo para ello aquellas mismas palabras de justicia que ántes habían sido para él de tanto valor; se burló de mis escrúpulos, me acusó de cándido aconsejándome me deshiciese, como de un ropaje viejo y usado, de tan ridículas aprensiones.

Llegó un momento no obstante, en que mi honor, mi razon, se oponían á tan horrible complicidad; las lágrimas de las madres, de las esposas, de esos infelices encarcelados, azotados y sacrificados

al más leve capricho del déspota, me seguian á todas partes. Entónces probé á suplicar á mi vez; pero el tigre se burló de mí y llegó hasta llamarme cobarde, afeminado. Viendo que nada podía contra aquel torrente desenfrenado, le anuncié haber resuelto separarme de él y que podía buscar quien me reemplazase. Entónces su furor no tuvo límite; me trató de traidor, me aseguró que jamás permitiría que me separase de su lado para revelar sus secretos, amenazándome de todos modos, y lo que es aun peor, mirándome con la cruel perspectiva de vengarse en las personas que me son queridas.

Con fria dureza me tendió en seguida su mano que rechacé con horror, diciéndome:—Nos entendemos; si me sirves fielmente podrás sucederme, pero si no, cuenta con lo prometido; *conozco á todos tus amigos.*

Ya ve V. cual es mi posicion; soy su esclavo, le pertenezco hasta la muerte.

—Pobre hijo mio, exclamé estrechando su mano, cuánto has tardado en abrirme tu corazon; no te sorprendas de que ignore lo que quizá es aquí conocido de todos; pero ya conoces mi aversion á mezclarme en los asuntos ajenos, y la vida retirada que llevo.

—Oh no, señor, no es sólo eso, agregó Amancio, con amargura; me creen su cómplice, ay! No se engañan! y como saben que es V. mi protector, no se han atrevido á decírselo. Dios mio, qué he hecho para merecer tan triste suerte!

—Tranquilízate, hijo mio. Yo mismo iré á ver á ese hombre tan temible; no me impone su gran poder, aún puedo salvarte creo, con el auxilio de Dios. No ha de decirse que triunfan siempre los inicuos. Sin embargo, te pido no digas á nadie una palabra de esta conversacion. Mañana mismo hablaré al Juez, y le pediré tu retiro. Confía en mí.

Amancio me suplicó con lágrimas, no me epusiese á tan terrible adversario; pero no consiguió hacerme cambiar de propósito, pues ni siquiera quise admitir el que me acompañase á la entrevista; asegurándole que si me iba mal, de mayor utilidad podria serme fuera del alcance de su poder.

Por otra parte, agregué, no debo permitir por mayor tiempo que tu razon se desvie con perniciosas ilusiones.

Aléjate en buen hora del malvado, no participes ni indirectamente de sus crímenes; la tolerancia debe ser limitada, debemos tender la mano al que se arrepiente; pero jamás ayudar al que insiste en el mal y cierra sus oídos á la justicia. Pero ántes de tomar una resolucion oye la voz de mi esperiencia. Tú, Amancio, reunes á una inteligencia clara y rápida, un corazon sensible y apasionado; no se alarme tu modestia, esos son dones que el cielo hace á sus escogidos. Sin embargo, hijo mio, es necesario para que un hombre pueda aspirar a lo que aquí abajo se llama perfeccion, que esas preciosas dotes vayan ocompañadas de otras no ménos preciosas, que se adquieren con el estudio de sí mismo en primer lugar, con la constante observacion de los demás y sobre todo con el dominio de nuestras pasiones.

Muy duro es para mí, arrebatár á tu corazon las gratas ilusiones que abriga; pero es forzoso te hable con franqueza. Hay en ese mundo que tanto te seduce, y al cual vuelves sin cesar ávidas miradas, un Soberano absoluto, cuyo despotismo no se parece á ningun otro. Por él se desoye la voz de la amistad, se sacrifica el amor, se atropella todo sentimiento de humanidad y se olvidan los más sagrados deberes. Nada puede contrarrestar su influencia poderosa, ella convierte al inteligente y al honrado en torpes y despreciables aduladores de su imperio; levantando al criminal y al estúpido á la cumbre de sus favores, pues todos le acatan, le rinden culto; el sabio le sacrifica sus esfuerzos, sus tareas, hasta su genio, y el ignorante adquiere fama y honores con su ayuda.

Ese Señor, ese Dios que rige hoy las sociedades humanas, Amancio, ese móvil de cuanto se hace ó dice, ese Dios, es el dinero: sin él, amigo mio, puedes tener el corazon, la inteligencia más perfecta, el mundo no se ocupará de tí, sinó para sacrificarte á la ambicion, á la sed general de riquezas y de poder.

En las sociedades democráticas en donde por medio del dinero se alcanza poder y se llega á los primeros puestos, la necesidad del dinero llega á ser una fiebre. Y ¡ay! del que sigue tan resbaladiza

pendiente, pues transigé con su conciencia, le sacrifica hoy un ligero escrúpulo y mañana se echará en brazos de los más espantosos abusos; porque el que es rico, es respetado, y ese respeto hace que todos olviden los mirables medios que empleó para hacer fortuna.

No, hijo mio, tú no te verás nunca en ese caso, escucha mis consejos. Lo que importa por ahora es que evitemos á ese maldito juez y eso corre de mi cuenta. En cuanto á lo demas ya veremos. Pon tu confianza en Dios.

Siempre he pensado que una de las grandes muestras de sabiduría que puede dar el hombre, es conformarse con la suerte que le ha cabido, evitando prudentemente salir de la esfera en que fué colocado por la Providencia. Cierto es que hay grandes ejemplos en el mundo que acreditan lo contrario; sin embargo, esas son escepciones que en nada debilitan mi proposicion, especialmente si nos damos cuenta del mayor ó menor grado de felicidad que han alcanzado. La yerba del campo crece humilde y frondosa en el prado, sin afanarse por el cultivo y encierro de los jardines; la ley del perfeccionamiento moral es otra.

¿Por qué afanarte entónces? Esa-sociedad medirá tu inteligencia por el corte de tu vestido y el lustre de tus zapatos. De tu carazon nadie se ocupará, nadie te ha de pedir lo que no está dispuesto á darte. Si llevas dinero todo lo podrás, si no nó... ..

Me dirás entónces que el mundo se compone de malvados, y que Dios ha sido injusto: no, hijo mio, Dios no tiene en ella la menor culpa, el hombre es dueño de sus acciones y puede descarriarse, lo mismo que seguir la senda de la virtud!

—¿Qué quiere V. que crea entónces, señor! exclamó Amancio con desaliento, todos són malos, todos son iguales! ¿en dónde encontraré quien me comprenda?

—Ingrato, díjete con emocion, ¿en dónde? y tienes aquí á tu viejo amigo que llora contigo y sufre viéndote sufrir?

—Soy un monstruo, replicó Amancio con exaltacion, no merezco ni la compasion de V., abandóneme V. á mi triste suerte.

—Huye de la exageracion amigo mio, díjete tomando nuevamente su brazo, como de tu mayor enemigo. La generalidad de los

hombres no es buena; pero los hay, gracias á Dios. Mira este noble jóven que acabas de conocer; nacido en la opulencia y en medio de la abundancia, hoy que su padre á quien apénas conoce, es desgraciado, abandona á ese padre cuanto posee y se lanza á un mundo nuevo, sin más apoyo que su razon, y sin más gufa que sus nobles sentimientos. Te vé por primera vez, y ya te tiende una mano amiga, mostrándote los tesoros de su alma. Mítrale tranquilo y feliz sentado en nuestra modesta mesa, sonriendo á todos, teniendo para todos una palabra amable. Todo en él revela una educacion esmerada, una elegancia de maneras, adquiridas desde la cuna; y sin embargo, no le chocan las vulgaridades de D. Urbano, ni le ofenden las confianzas de Ña Marica. El secreto de su dulzura, de su benevolencia, está en la tranquilidad de su alma, en la sencillez de su corazon, la propia felicidad no le preocupa incesantemente y no se afana por alcanzar esa sombra, que huye de aquel que más la persigue. Deja venir las cosas como vienen, sin impaciencia ni cólera, confiando en la rectitud de sus miras y en la misericordia divina.

Oh! si todos los hombres fuesen como él, pronto se olvidaria en el mundo hasta el nombre del egoismo y este planeta seria un paraíso.

Entremos, hijo mio, se hace tarde, creo que nos hemos demorado demasiado. Mañana sabremos á qué atenernos; entre tanto, no alteres tu conducta en lo más mínimo.

CAPITULO XIV

AMOR NACIENTE—CELOS—PROYECTOS, HORAS MELANCÓLICAS—EL ESPECTÁCULO DE LA VERDADERA MISERIA ES UN CONSUELO PARA LAS ALMAS BIEN TEMPLADAS.

El hombre propone y Dios dispone. ¡Cómo imaginar que mis piernas habian de jugarne tan mala treta! El reumatismo me ha cargado con una fuerza esteaordinaria y no puedo ni moverme de un lado á otro en la cama.

Es cosa hecha, habré de dejar mi escursión á la casa del terrible Juez para otro día; porque lo que es hoy y quizá mañana y muchos otros días, la cama me reclama, y la casa está toda en alarma.

Jane no abandona la cabecera de mi cama, María ocupa el asiento opuesto, cediendo á su hermana el preferente, que ésta no reclama pero acepta; las niñas van y vienen de continuo, semejantes á dos blancas visiones tal es el el escaso ruido que hacen con sus piecitos, trayendome de continuo una flor del jardín, una fruta madura ó noticias importantes del canario que parece echarme de ménos, mientras que el cardenal con estoica indiferencia canta como si tal cosa.

Oh! esta vez hay un personaje más en el cuadro, Jorge reemplaza de vez en cuando á María, y con su conversacion variada, me ayuda á soportar los agudos dolores que me cargan especialmente en la pierna izquierda. Decididamente yo tengo la culpa; Jane me lo repite hoy por cuarta vez; pasar toda la noche en el jardín, recibir el aire húmedo! Pero qué remedio, cuando uno se pone á echarla de hombre superior, no tiene cuando acabar. A quién no le gusta sermonear! es debilidad muy general; pero debilidad es, y si sólo tuviera yo esa... Pero qué es esto? ya viene ña Marica con su agua de sauco; y qué hacer? pobre muger, habré de echarla con ella de sábio? No, que la leccion me cuesta ya muy cara; me echo el brebaje al pecho, que aunque no me cure del reumatismo, conservará por lo ménos su ilusion á la pobre vieja, que se quedará tan hueca y asegurará que me ha curado á mí, á todo un médico! Guarde tan dulce creencia, vale más mucho creer que mucho dudar.

El pobre Amancio llega más temprano que de costumbre, ve luz en mi cuarto y todo lo comprende; cambiamos una mirada y estamos ya entendidos,

El reumatismo dura muchos días, dejo la cama; pero apenas si puedo dar algunos pasos hasta la sala.

Observo durante este tiempo un pequeño drama que se desarrolla á mi alrededor, y tengo en ello gran placer. Indudablemente Gifford ama á una de mis hijas, no puedo equivocarme, no. Por muy lejos que estén ya del corazón esas espresiones, la huella que en él dejan es imborrable. Pero no acierto á comprender cuál sea de mis

hijas la preferida. Tan pronto véole seguir con ojos apasionados la graciosa figura de Lia, como fijarlos tiernamente en el talle gentil de Sara.

Oh! de lo que sí no tengo duda es de que ya no las equivoca; pero esto no es bastante, necesito observar más hasta descubrir algo.

En cuanto á ellas, pobres tórtolas, creo que ni se dan cuenta del inusitado afán con que arreglan y dan lustre á sus ensortijados cabellos, ciñendo la cintura virginal con cintas de variados colores, que cambian á cada paso. Su traje es siempre blanco en verano, y en invierno lo más claro posible; su madre dice que no sienta otro color á las niñas y no les permite ejercitar su capricho sinó en la cinta con que lo ajustan.

Amancio, víctima siempre de sí mismo; sufre una estraña tortura, su naturaleza delicada é impresionable se presta admirablemente á ello. Véolo de continuo lanzar tristes miradas á las relucientes y sonrosadas uñas de Jorge, fijándolas en seguida en las suyas incultas y maltratadas; poco á poco va pasando revista á todo el ajuar del elegante inglés, y se me figura que ahoga un suspiro de despecho al ver su chaquetilla raída y arratonada. Qué horrible consejera debe ser la envidia; me parece por momentos que veo en los ojos negros del puntano ciertos destellos de odio, que me dan miedo... .

Torpe de mí, tengo sesenta años pasados, bien lo veo; Amancio, pobrecillo, está salvado, no me cabe duda, oh! no haberlo pensado ántes: es que quizá él mismo no se daba cuenta, ¡hijo mio, qué suerte!

—Pero de qué... de qué... exclamó Maria impaciente.

—Vamos, pero qué no lo he dicho... está... habrá suerte igual!

—Pero amigo mio... explícate.

—Sí, sí, está enamorado de Lia.

—Oh, lo que es ésto no me cabe duda.

—¿Y sabes tú si ella le corresponde? me preguntó mi muger con su prudencia habitual.

—En verdad que no lo sé; pero cómo no se han de querer, jóvenes... criados juntos.

—Por lo mismo, por lo mismo.

—En fin, allá verémos. Hay tiempo aún de pensarlo. Son jóvenes, allá verémos.

Decididamente, no pierdo de vista á los muchachos. Jorge está sentado á mi lado, hablándome seriamente de aquellos famosos terrenos de la Carolina que tenia de su padre y que tan fatales fueron á la pobre Jane; tiene la idea de esplotarlos, mediante una sociedad que cree poder realizar con un comerciante fuerte de Buenos Aires. Y me explica su plan y me dice que cree que D. Urbano tomará parte y qué sé yo... Se me figura que estoy distraido, que no atiendo sino á medias, ya lo creo, como que veo una figura blanca de cabeza rubia sentada, del otro lado de la ventana de la sala, que cae al jardin, ocupada en escribir, al parecer, muy afanada. Sin embargo, levanta de continuo la cabeza y por entre las ramas de la madre-selva mira con atencion; se diria que está dibujando. Oh! no me cabe duda, es un lápiz lo que tiene en la mano y veo claramente que mide las distancias y observa... y rompe descontenta su obra y se va sin que yo pueda saber cual de las mellizas es, oh! pero dibujaba, retrataba, á quién? á Jorge. Vaya, un descubrimiento! ¿será Lia? Será Sara?

Sin querer pronuncio estos dos nombres y veo al pobre Jorge ponerse más encendido que un carmin y decirme:

—No lo sé, señor.

Qué? habrá él observado tambien? Eso no me gustaria. Antes que su corazon se pronuncie, me seria desagradable que supusiera habia cálculo en ellas, en mí...

Bah! si no ha podido verla; ya le hubiera conocido yo en su cara; qué cambio de color á la menor impresion. Doile el primer pretesto que me ocurre y volvemos á los terrenos.

De dia en dia hace rapidos progresos, Aguedita, gracias á la contraccion del maestro y sus dos ayudantes.

Mi reumatismo lleva ya más de ocho dias y en los ratos que no leo, me lo paso conversando con Jorge, tomando la leccion á la huerfanita y preocupado con lo que pasa á mi alrededor; sin avanzar gran cosa en mis descubrimientos.

Tengo tambien mis horas melancólicas, de continuo la pobre ma-

dre me habla de su hijo ausente ; el tiempo pasa y nuestra incertidumbre aumenta.

El cabrero me ha prometido tenerme al corriente de cuanto sepa. Hoy, sin saber porqué, me siento más triste, más abatido, tengo necesidad de ver á mis pobres enfermos, que me son de tanto provecho ; los he hecho visitar por tio Juan, llevándoles algunos socorros y varios remedios ; pero eso no es bastante, necesito verlos, escucharlos ; ay ! en ninguna parte se aprende mejor á ser resignado, que en la cabecera del enfermo pobre. El rico, dentro de sus vistosos cortinados, se lamenta, se desespera, acusando al cielo de sus males, en tanto lleva á sus labios en taza de plata el delicado manjar con que distrae su fastidio. Todo le importuna, nadie le contenta. Mientras que el pobre, abatido por el sufrimiento, consumido por la fiebre, rodeado de sus hijos hambrientos y desnudos, pide con tiernas espresiones á su Padre celestial, que le levante de la cama, para poder trabajar y dar de comer á sus hijos !

¿ Quién no se creará dichoso al lado de tanto infortunio ? quién no alzará sus ojos al cielo para darle gracias ?

Madres ricas, llevad vuestros hijos á la casa del pobre, mostradles esa resignacion santa, superior aun á la misma miseria, y habreis hecho más por ellos, que rodeándoles de profesøres y de libros de ciencia. Mirad esa madre afligida, doliente, imágen de la madre de los desamparados, sola, con su tierno infante que aplica en vano al seco pecho, observadla atentas ; amargas lágrimas brotan de sus ojos, alza al cielo tristes miradas pidiendo misericordia ; vedla, ni una palabra amarga sale de sus labios sedientos, ni un reproche ; quizá no llegue á mañana ni ella, ni su hijo. No se queja, en su corazon no hay odio, suplica, ama ! Acercad vuestros hijos, conducidlos vosotras mismas de la mano, no temais que sus blancos vestidos rocen las sucias ropas de la enferma ; más duradera habrá de ser la impresion que conserve su alma inocente, más ganará la rica que la pobre, acercaos ! !

Me siento agitado, tengo dolor de cabeza, esta noche no asistiré al té, pido á mis hijas que me preparen la cama, las bendigo y despues de dar gracias á Dios Todopoderoso, trato de conciliar el sueño.

CAPITULO XV

DOÑA FULGENCIA Y SUS HIJAS.—DIPLOMACIA FEMENINA.

He sabido que Amancio no ha venido anoche, qué será? Pero aquí viene su madre con sus dos hijas, más adornadas y vistosas que ramillete de día de San Juan.

—Señor *Doctor*, dícame la vieja, tanto gusto.

—Para servir á Vdes. señoras, cómo va y Amancio?

Cambian visitantes y visitadas el consabido beso, las palabras de orden, de cómo estás hijita y picarona, y doña Fulgencia me responde tosiendo:

—Amancio, Señor? Pobre muchacho.

Madre, esclama Benita, la hermana mayor, especie de Benjamin femenino de treinta y cinco Abriles, con voz de falsete y poniendo en blanco uno de sus ojos que medio bizquea. Cualquiera creerá que le ha pasado algún pasaje; tonto igual?

—Así será, responde doña Fulgencia, y limpiando el sudor de su arrugada y negruzca frente con su pañuelo de algodón, se vuelve á mi mujer y le dice con interés: Mariquita, y tus pollos?

María le da minuciosos detalles de su gallinero y la conversacion promete ser larga.

Generalmente llegando á ese punto yo tomo mi baston y mi sombrero y despues de decir: con el permiso de Vds., me marchó, pero hoy en primer lugar me duele aún esta pícara pierna, y en segundo lugar deseo saber qué es de Amancio, sin chocar á la cartilaginosa Benita.

Benita mira para todos lados, pasea sus ojos parduzcos de arriba abajo, como buscando una idea que no se aparta de su frente prominente, adornada con vastas entradas, y por último, arreglando un pliegue que no sueña en perder la forma que un planchazo maestro le ha dado, dice:

—¿Y no era que vds. tenían un huésped?

Rubor general; las mellizas se miran y responden a un tiempo, mirándome sin que yo sepa porqué:

—Ha salido.

Ya está roto el fuego, alerta.

Casimira, la hermana menor, aunque mayor que Amancio, es muy diferente de su hermana: pequeña como aquél y delgadita, casi me atrevo á decir que sería bonita, si su hermana se lo permitiera. Pero qué, si apenas se atreve á levantar la cabeza, fijos siempre sus tímidos ojos en la mirada de aquella Juno bizca que parece producirle el efecto del basilisco; insiste Benita en decir que su hermana es enana y raquitica como Amancio. Estraño fenómeno; creo que al fin conseguirá que su víctima se vuelva jorobada, tal es lo que la pobrecilla se agacha y achica para dar razon al tirano: Adulacion más comun de lo que se cree, en los súbditos de los soberanos absolutos.

Creo que trae enseñada la leccion la pobrecilla; de otro modo nunca se hubiera atrevido á decir mirando á su hermana:

—Dicen que es muy buen mozo?

—Sí, así dicen, agregó Benita, vds. nos dirán, que lo tratan, que viven con él.

Las muchachas están en espinas, pero yo las saco de apuros respondiéndolo.—Es cierto, señoritas, Jorge Gifford tiene una figura tan hermosa como su corazon; creo que no puede tardar, tendré mucho gusto en presentárselo á vds.

Benita me muestra su boca desportillada y me responde á manera de éco:

—Con mucho gusto.

Aprovecho su buen humor y pregunto por Amancio. Frunce el ceño, engrósanse las venas de su pescuezo y responde con acento agrio:

—Ese muchacho ha de matar á mi madre, es un ingrato, es un desagradecido, un pícaro; despues que lo mantenemos, que le cuidamos la ropa y lo tenemos siempre como una espuma, atreverse....

Aquí la cólera le cortó la palabra; y yo pude decirle:—Pero qué es lo que ha hecho? cuénteme V. no se altere.

Un torrente de lágrimas debió brotar aquí de sus ojos, pero como así no fuera, los pucheros suplieron el benéfico líquido; observando

yo que Casimira lloraba de veras y limpiaba con los dedos sus lágrimas porque no traía pañuelo.

—Querer darnos este mes medio sueldo, con achaque de que su chaqueta está muy vieja y que necesita camisas, como si no tuviese dos que se muda Juéves y Domingo, ah, y su madre en la miseria y sus hermanas... tendrémos que matarnos á trabajar; su pobre madre morirá de pesar!

Sin querer volví mis ojos á doña Fulgencia y la ví en ese momento hincar sus dos dientes en un bollo que María le ofrecía; haciéndo una mueca de contento.

Tranquilizado por ese lado, me fijé en las hermanas, y si esceptuo los zapatos descosidos de Casimira y la falta de pañuelo en las manos, estaban aquellas *pobrecitas* tan bien vestidas como mis hijas; que pasan aquí por ricas.

Como buen piloto, observo los más insignificantes movimientos de mi nave. Veo con dolor que Lia presta oído distraído á la conversacion, sin comprender cuántas lágrimas ha debido devorar en silencio en su mezquina habitacion, el celoso Amancio, recordando las elegantes galas de su inocente rival.

El corazon de la mujer es un piélago insondable. Lia sensible y caritativa siempre con los que sufren, no parece conmoverse por las palabras de aquella harpía que revelan un mundo de aficciones, de dolores para el pobre amante. Es que la hermosa Lia mira de continuo por la ventana del jardin, en tanto que Sara no quita los ojos de la puerta; ¿será que las dos le aman? Esto seria una desgracia terrible.

Me parece que sin querer, un sentimiento extraño se desliza en mi pecho. Es imposible escapar á la supersticion, y raro es el hombre que en un momento dado no siente el ataque de este cruel enemigo. Se me figura que el nombre de Gifford es fatal para mi familia, y no sé cuanta imágen triste se agolpa ante mis ojos. Señor, no nos abandones!

Benita sigue entre tanto charlando y acumulando dicitrios sobre su infeliz hermano, y sin querer escucho sus palabras.

—Figúrese V., señor, que nos amenazó con echarse á la acequia, como si perdiéramos mucho con su muerte; valiente personaje !

—Cómo, díjese; pobre muchacho, á veces esas palabras imprudentes arrancan más lágrimas de lo que se piensa. Me parece que Lia presta atención á mis palabras. Continúo con calor:

—Pobre Amancio, es desgraciado, bien merece que se le ame un poco... .

Oh! qué cambio en la fisonomía de Lia; brillan sus ojos, enciéndese su mejilla; ya no me oye; Gifford está en la puerta de la sala. El mágico ha hecho cambiar con su presencia la expresión de los semblantes.

Quién me mete á mí á echarla de corredor de corazones, allá se avengan ¿quién lucha con los muchachos? pero es lástima, es lástima, serían dos parejas; ¿pero cómo formarlas, cómo?

Felizmente doña Fulgencia se va temprano, y á pesar de las señas de la gentil Benita no acepta nuestra invitación á comer, á Dios gracias, pues la bizca me altera la sangre, y su víctima me entristece. Pobre Amancio, qué familia!

Indudablemente una de las grandes felicidades de la vida, es tener una familia homogénea y sin disonancias, y cuando digo familia, hablo de aquellos parientes íntimos del corazón.

CAPITULO XVI

AMOR, DESPECHO, INOCENTE COQUETERIA.

Hace una tarde hermosísima; la familia toda está reunida debajo de un montecito de peros que hay á la izquierda de la casa, como á distancia de veinte varas. Desde allí se distingue, como una faja blanca en el horizonte, la cadena que forman los Andes hacia el lado del poniente, y hacia el naciente vemos una campiña verde cubierta de árboles en flor. Estamos á principios de la primavera, las flores de los peros dan al aire un perfume suave que se armoniza perfectamente con el de los duraznos y las rosas.

Yo, gracias al buen estado de mis piernas, me encuentro cómodamente sentado en mi sillón de baqueta.

Sara y Lia sobre la yerba, escuchan muy atentas una historia de montañeses que les cuenta Jorge ; María está tomando su mate y Jane teje la interminable calceta.

Más blandura en el aire no es posible imaginar : el cielo presenta una admirable variedad de tintes, el azul más puro y trasparente parece luchar aquí con un dorado oscuro, mientras que el rojo y el morado hacen contraste con la blancura de las vaporosas nubes.

Los pájaros alborozados saludan la naciente primavera volando de rama en rama en vueltas y revueltas, acariciándose tiernamente.

Desde mi asiento alcanzo á distinguir las cabras de ño Miguel que van brincando acá y allá en direccion á su corral, seguidas del vigilante chocolate, que con paso lento y ojo alerta contrasta singularmente con las locuelas que custodia. Ya se detiene una á arrancar una matita verde que no han visto sus compañeras, ya otra salta sin motivo un terron de tierra que hubiera podido evitar, y las demás se alborotan y desparraman poniendo el grupo en dispersion ; pero el paciente capitan vuelve su tropa á la disciplina y va poco á poco acercándose á donde su amo les espera.

Es necesario que Jorge dé una vista á sus terrenos ; pero deseo antes arreglar los asuntos de Amancio ; podrian ir juntos con mutuo provecho, y así he pedido á aquel demore su viaje para la próxima semana.

Don Urbano está muy preñado del inglesito y parece que tiene deseo de emprender nuevamente su antiguo negocio, origen de su fortuna. Aquí está ya, saludo general ; Jorge ha concluido su historia y va á dar una vuelta con las niñas. D. Urbano no sabe si irse ó quedarse ; pobre hombre !

—Lia, Lia, ven que el señor quiere ir contigo. Don Urbano me lanza una mirada reconocida, y hélos ya en marcha.

El paseo dura como media hora : cuánto debe haberse fastidiado Lia, qué cara trae tan descontenta ; qué contraste con su hermana ; Sara así que llega viene á abrazar á su madre, dirige amistosas palabras al caballero que está ya sentado á mi lado en la sala, porque buen cuidado ha tenido esta vez de entrar temprano para evitar la

humedad, y se sienta al arpa, mirándonos á todos con amor, menos á Jorge, cuyas miradas evita con marcada intencion.

—¿Qué es de tu hermana? dice Jane, mirando á Sara por entre sus anteojos.

—No sé, tia, voy á buscarla.

Sara vuelve diciendo que Lia tiene dolor de cabeza, y ya la madre quiere que la vea y le recete qué sé yo... Penas de amor que poco durais á los diez y seis años.

Lia ha tomado su partido, aquí está ya, más linda que nunca, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. No tengo duda, ha llorado, esos ojos han sido lavados y lavados con teson; no importa, viene contenta, entra cantando. Despecho y no más, qué idea! miren la coqueta, y fíese Vd. de las niñas criadas en una aldea.

Las mujeres aprenden á amar como los pájaros á volar, casi desde que nacen.

—Amancio, dice al mustio Secretario, con su acento más dulce, ¿no podria Vd. decirme cuál de estas dos *A* es más de su gusto?

Qué metamórfosis! Amancio vuela, corre queria decir; pero no voló, ni corrió al lado de Lia; mas, estoy seguro que su corazon dió mil vuelcos en un segundo, é hizo más camino que una locomotora.

Allí están juntos cerca de la mesa, sus cabezas se tocan, confúndense los negros cabellos del uno, con los rizos dorados de la otra.

Oh! es imposible que Lia no ame á ese hombre, la dicha inesperada que éste alcanza da á sus facciones una espresion bellísima; sí, el amor, la felicidad embellecen. Rayos de luz, de amor, de esperanza, lanzan los ojos negros del enamorado jóven, y envuelven á Lia en una atmósfera tibia y vaporosa, que la hace participar sin darse cuenta, de una dicha que emana de sí misma.

¿Qué los ocupa? tienen ya tiempo de sobra para haber escogido una *A* y muchas *A* en todos los alfabetos conocidos. No alcanzo á verles bien, sin embargo, todo lo adivino. Bendito Dios, creo que Lia ha olvidado su venganza y que escucha con gran placer no sé qué; Amancio habla, qué hermoso está, y sin embargo, conserva la misma chaqueta raída y descolorida, pero una camisa blanquísima

y una corbata nueva graciosamente atada, le prestan su ayuda y le dan valor.

La dicha es cosa pasajera, así no más no puede un hombre fiar en ella durante media hora.

—Niñas, dice Jane, qué, hoy no tomamos té?

El encanto se rompió; Sara dejó el arpa cuyas cuerdas agitaba con distraccion, mientras Gifford le contaba sabe Dios qué *historia*, y Lia abandonó al dichoso Secretario mudo como el arpa; pero con un destello de esperanza en el corazón.

Sin saber cómo, hémos hablando de minas. D. Urbano se está luciendo; no hay hombre por infeliz que sea, que no entienda de algo.

D. Urbano está inspirado, suda, se arremanga, deja su silla, se inclina al suelo; vaya una mímica. Yo no entiendo ni jota de minas, pero aseguro que el pariente no desatina y que habla por propia experiencia.

Ño Miguel parece que tambien es conocedor en la materia, porque le replica, discuten y concluyen por entenderse.

Es cosa hecha, el cabrero va á contar una historia de minas, verdadera y muy interesante.

Las sillas se acercan, Gifford está entre las mellizas, Amancio en frente de Lia; pero las cosas han cambiado: ésta no le perdona el buen rato que le ha dado sin pensar, y hace cuanto puede por evitar el fuego de su mirada. D. Urbano es todo oidos, el cabrero tose, se aclara la voz y el cuento empieza.

—Pues Señores: han de saber Vds. que allá por el año de 1819, solia venir por Mendoza, de cuando en cuando, para aviarse de vicios, un mozo chileno llamado Virgola, que decia ser peon de cordillera y que tan pronto venia como se iba, sin saber cómo ni á qué.

De repente se perdió de Mendoza y nadie se acordó más de él.

Por el año treinta volvió á aparecer y trabó relacion con un platero frances llamado D. Edmundo, con motivo de traerle varias piedras de plata de la mejor calidad posible, que le vendió por poco más que nada.

Diz que poco tiempo despues sus venidas eran cada vez más repetidas, trayendo siempre las mismas piedras riquísimas, que el frances le compraba á precio bajo, sacando doble provecho de su compra.

De la noche á la mañana tienen Vds. que Virgola compra una casita en la cañada y empieza á echar lujo.

Nadie sabe de dónde sale el dinero con que Ñor Virgola hace bailes y regala á los amigos; pero nadie se inquieta por esto, porque Ñor Virgola es honrado, paga bien y gasta mano ancha con los conocidos.

Solo D. Edmundo sabia el secreto de la fortuna de Ñor Virgola; pero muy á su pesar no lo sabia sinó á medias, porque cada vez que éste le traia aquellas riquísimas piedras de plata de ocho mil marcos al cajon; el frances abria tamaños ojazos y sin pérdida de tiempo, se las compraba, temeroso de que fuese á otro y perdiese él tan generoso marchante.

Eso sí, Ñor Virgola siempre que el platero le hacia alguna pregunta referente á las piedras, le respondia que las encontraba en canchas abandonadas; tan pronto en un lugar como en otro.

El frances no le creia; pero no habia medio de hacer hablar á aquel hombre, le pagaba sus piedras, y Ñor Virgola se despedia hasta otra ocasion.

Oh! Ñor Virgola era hombre que se daba buena vida; no trabajaba en nada, estaba siempre alegre. Generoso como el mejor, no le faltaban nunca pañuelos de seda ó algunas buenas prendas con que obsequiar á sus conocidas, de modo que las pretendientas no escaseaban. Pero así no más no se casa un chileno en tierra estraña, y por consiguiente Ñor Virgola no pensaba en tal cosa. Pero como sus medios se lo permitian, se daba buena vida y tenia quien le sirviera al pensamiento.

La casa, situada en la cañada, como dije ántes, era un buen rancho de pared corrida, con un lado que daba sobre la calle y en ese lado habia una ventanita de reja que le servia para observar la Policia cuando pasaba; porque Ñor Virgola desconfiaba siempre del Gobierno como de un enemigo natural, no porque él fuera hombre malo ni barullero, sino porque la Policia persigue á los pobres y aunque él

tenia *plata, era pobre*. No habia más que verlo con el mismo traje que usaba cuando era peon: sombrero puntiagudo sin alas, con su calzon ancho á la pantorrilla, su ceñidor colorado y su poncho corto. Hace bien, que ser orgulloso es pecado á los ojos de Dios y él no tiene porqué quejarse!

El chileno no era desconfiado; pero dejaba siempre bajo de llave sus pellones, y encerraba el grano para que no se lo comiera su bestia. Sólo en un punto es reservado; se ausenta con frecuencia, porque sus gastos van en aumento; pero nadie sabe dónde vá ni en qué direccion; Ñor Virgola es un viejo trucho, de repente se escabulle á lo mejor de un baile y vuelve siempre á los tres ó cuatro dias con las alforjas repletas de plata, despues de haber hecho su visita al platero.

El pobre D. Edmundo no habia medio que no tentase, soñaba con Ñor Virgola, porque las piedras eran siempre riquísimas y parecia que el marchante no se daba gran trabajo para encontrarlas.

—Amigo, le decia un dia, Vd. y yo podemos hacernos ricos, dígame sólo, dónde está la mina y la trabajaremos en compañía, y yo pondré los gastos y Vd. no tendrá más que ayudarme.

—Pero Ñor, le respondia Ñor Virgola, cómo quiere que yo le diga eso, si la mina no es mia; yo no puedo, no es mia y cómo quiere...

—Pero hombre, respondia el platero entusiasmado, si con una sola palabra puede Vd. hacerse tan rico.

—No, Ñor, yo no necesito más que lo que tengo, y sobre todo la mina no es mia y no puedo.

Por supuesto que el frances no se descuidaba, y le ponía espías y espías por todos lados. Pero qué...

—Sí, Ñor Virgola era hombre vivo, se le escapaba como una liebre, y ni los polvos... Hasta que un dia fué á ver al platero y le dijo: Mire, si Vd. sigue poniéndome espías y cansándome la paciencia, ya no vuelvo más por aquí, y estas son las últimas piedras que vé.

Se asustó el compadre y aflojó! Ñor Virgola le siguió vendiendo sus famosas piadras, y el negocio iba adelante.

El platero cada vez más desesperado por saber algo, y Ñor Virgola cerrado como una tapia.

Malo cuando el hombre se hace viejo; Ñor Virgola cada vez hacia ménos viajes, y el platero tenia más curiosidad que nunca.

Un día Ñor Virgola se sintió malo, le pareció que la cabeza se le iba para todos lados; se echó en la cama y se quedó dormido. Cuando se despertó se encontró con el señor cura sentado á su lado y su marchante el frances mirándolo con unos ojos tan tristes.

--Hijo, dícele el cura, estás de muerte y es necesario que te confieses.

—Sea en hora buena, respondió Ñor Virgola, no tengo miedo á la muerte, gracias á Dios.

Ñor Virgola dijo sus pecados al señor cura; pero parece que este señor tenia interes en saber un pecado del chileno que éste no le decia, sin duda por no creerlo cosa que incumbiese á la iglesia; pero ellos saben más que nosotros que lo han estudiado, y el cura llamó en su auxilio al platero. Aquí fué lo bueno. Como dos perros rabiosos azuzaban á Ñor Virgola para que les dijese en dónde estaba la mina; pero Ñor Virgola les respondia que la mina no era suya y que no podia decirlo.

Viendo que nada conseguian, el señor cura hubo de acudir al diablo, y empezó á hablar al pobre Ñor Virgola que estaba ya poniendo los ojos en blanco, de las calderas y sartenes del infierno y de los demonios con colas y cuernos, que debia ser como para asustar á todo un señor comendante. Ñor Virgola decia muy triste:

—La mina no es mía! la mina no es mía!

El cura sudaba á mares y el platero se arrancaba las mechas de rabia, Ñor Virgola se iba acabando como una vela.

—Padre, dijo al fin el pecador, con la voz más delgada que un hilo, levantando apenas las manos, écheme su bendicion que me voy.

—La mina! la mina! ; En dónde está la mina? gritaba el cura más colorado que cresta de gallo; te vas á los infiernos si no lo dices, te condenas.

El platero, por su lado no lo hacia mal, imitando con la boca el zumbido del trueno y arañando la puerta á modo de demonio.

—Estás condenado! habla, pecador, gritaba el padre al oido de Ñor Virgola medio muerto; y ya lo que quedaba de Ñor Virgola era como el pábilo cuando se derrite el sebo de la vela, humo, humo y que se apaga. Al fin dice Ñor Virgola tan quedo que apenas se le oye:

—La mina...

Y el cura y el platero, por escuchar lo que dice, se echan sobre él y casi lo ahogan.

—¿En dónde? en dónde? le preguntan á un tiempo.

—Está en el cerro Bayo y la dejé tapada con una cruz de junco y dos piedras lajas. La bendi...

No dijo más, revolvió los ojos y se murió; el cura y el platero bailaban de contento al lado del muerto calentito.

—Oh! si habia porqué, exclamó D. Urbano interrumpiendo al cabrero, semejante mina de setecientos marcos al cajon, vaya un bocada, se harian ricos; no cabe duda, raro capricho!

Ño Miguel respondió:

—Aguarde V. el fin del cuento, y verá.

Yo dije á una de mis hijas, que trajese un vasito de caña de la Habana, que nunca me falta para estos casos, y el cabrero despues de apararlo á traguitos cortos continuó en estos términos:

—A Nor Virgola lo enterraron como á pobre en el zanjon, las calandrias se volaron desplumándose lo más que pudieron las unas á las otras, y el cura y el señor platero se echaron á buscar con gran contento y mayor secreto el cerro Bayo. Pero acontece casualmente que en la cordillera hay más cerros bayos que estrellas en el cielo, así es que busca aquí, caba más allá, el platero fundió su tienda y el señor Cura aumentó el precio de los bautismos y de los casamientos.

La gente se guardó de aportar por la iglesia por la carestía, y cura y platero se murieron sin haber encontrado la famosa mina de Ñor Virgola, que todos tenian más gana de encontrar que las que

nunca tuvieron los difuntos. Y aquí el cuento se acaba ; pero falta la cola, que cuento sin cola diz que no tiene mérito.

Hace dos, tres ó mas años, mejor es no decir cuantos, iban un tal D Estraton y D. Delfín, el uno comerciante y el otro militar, por los cerros de la Estancia de Platas, propiedad de los Masas, cateando minas sin encontrar cosa que valiese la pena, hasta llegar al puesto del faldeo del Toro, donde vivia un viejo llamado Joaquin que cuidaba un ganadito á medias con los Masas.

El viejo no sabe qué hacerse con ellos, los obsequia lo mejor que puede porque es muy pobre, les ceba mete y se sienta en el fogon para hacerles conversacion. Hablan de minas, y le cuentan lo mal que les ha ido en el cateo.

—Oh, responde Ñor Joaquin, sus mercedes debian haber traído en su *compaña* á mi compadre Virgola que es baqueanazo para catear : ese sí, que es buen peon. D. Estraton y D. Delfín le dijeron que Ñor Virgola hacia mucho tiempo que habia muerto, y le preguntaron cómo lo habia conocido, y si sabia algo de la mina.

—Vaya, si lo sé, respondió Ñor Joaquin ; pero la mina no era suya.

—¿ Pero entónces, de quién era ?

—Era de su patron, de D. Juan Caparota.

Cada vez más se iban interesando en lo que les dice Ñor Joaquin, hasta que le pidieron que les contase todo lo que supiese de la mina de Ñor Virgola.

—Ñor Joaquin vivia solo, y cuandó encontraba con quien conversar, lo hacia de mi! amores. D. Juan Caparota dijo era un jóven oficial del ejército español que en la derrota de Chacabuco se cortó hácia el sud para *ganar el reino* de Chile. Mi compadre Virgola que era peon de D. Juan lo acompañó hasta la quebrada del cerro Bayo, en donde vivieron juntos algun tiempo. Todo esto lo sé por mi compadre ; allí dieron un pique, y D. Juan mandó vender las piedras á Mendoza con el peon que era de toda su confianza. Despues me compró un macho en seis pesos, y tomó para los lados de San Juan sin querer entrar en el pueblo. Antes de irse le dijo á mi compadre, que pronto volvía para trabajar la mina, y que él

podía sacar de ella, lo que necesitase, le recomendó el secreto y se fué. Mi compadre lo esperó en la quebrada del cerro Bayo tanto tiempo, que la vaca lechera que tenía dió tres crías, hasta que *se dió de vivir solo* y se fué á Mendoza. Desde allí venía siempre trayéndome tabaco y vicios, y despues se iba á la mina y volvía con las alforjas llenas de piedras de plata.

Los cateadores al oír lo que decía Ñor Joaquin, le preguntaron si él sabía el lugar en donde estaba la mina.

Ñor Joaquin respondió que sí, y que por más señas tenía una cruz de jume y dos piedras lajas; pero que era un secreto, y que él no podía decirlo.

Al momento trataron de convencerlo, de como habiendo muerto Ñor Virgola él no tenía compromiso, y que respecto á D. Juan Caparota, el verdadero dueño, era más que seguro que habría muerto en la travesía, á manos del ejército nacional.

Ñor Joaquin tenía sus escrúpulos; pero era racional, escuchaba razones y sobre todo como ya su compadre había muerto, no veía inconveniente en complacer á aquellos amables jóvenes.

La impaciencia de los cateadores era grande; querían ir al cerro Bayo en ese mismo día; pero Ñor Joaquin les dijo que por allá el camino era muy áspero, y que era mejor que fuesen el día siguiente por el faldeo del cerro Bayo que está cerquita de Mendoza, prometiéndoles ir á buscarlos al día siguiente á la estancia de Masa.

Aceptaron gustosos y se despidieron hasta el otro día, muy alegres, pensando en la dichosa casualidad que les había hecho dar con el mismo compadre de Ñor Virgola.

Y no era para ménos, la mina de Ñor Virgola tan mentada, que tenía locos á los mendocinos, con piedras de 700 marcos al cajón, es cosa que no se halla á dos tirones.

Muy de mañanita ensilló Ñor Joaquin su bestia; pero para tal ocasión no montó el caballito con que repuntaba su ganado, sino que enfrenó un obero manchado que era su lujo. Cuando está de Dios, no hay que andar con vueltas; el obero estaba de mala veta, y al bajar una cuesta, se espantó no sé de qué, y tienen vds que Ñor Joaquin se rompe la cabeza contra una piedra, el animal dispara y

el pobre viejo sin poder moverse, pierde sangre y más sangre; pasa allí todo el día, y al llegar la noche, el frío y la debilidad dan cuenta de Ñor Joaquin, y adios mina. D. Estraton y D. Delfin espera y más espera; cuando acudieron al rancho, el animal habia vuelto á la querencia, y el cuerpo del amo estaba tieso y amoratado en un charcon de sangre.

Aquí mi cuento se acaba, y no está demás que diga, que en Mendoza dicen que tal cosa le pasó á Ñor Joaquin, porque solo los herederos de D. Juan Caparota tienen derecho á la mina de Ñor Virgola. Entré por un caminito, salí por otro y sea mas feliz que ellos otro... .

Gran sensacion ha producido la historia de Ñor Virgola, hasta los amantes proyectan ya una excursion al cerro Bayo. Y dirán luego que el amor y la ambicion son fuerzas opuestas. Pero amor y la fantasia van siempre juntas, á la prueba me remito. De Urbano quiere desde la semana entrante ponerse en marcha, y asegura que hallarán la mina y se harán poderosos. Mucho temo que esta noche sueñe Amancio que ofrece á Lia una carroza dorada tirada por cisnes, y Gifford que conduce á Sara á Windsor Palace cubierta de diamantes en traje de boda. Ya se han marchado Amancio y D. Urbano, y oigo á éste todavía desde léjos, hablar de los cerros Bayos.

CAPÍTULO XVII

EL JUEZ—EL MALVADO ABUSA DE SU FUERZA Y EL INOCENTE SUFRE LAS CONSECUENCIAS DE SU CONDUCTA GENEROSA

Me siento del todo bueno, y desde luego pienso en visitar mis enfermos antes de ir á casa del Juez. Hallo á los unos mejor y á los otros peor; pero todos me reciben con cariño y me demuestran el placer que tienen en volver á verme.

Con tan buen principio mi ánimo se fortalece y me dirijo á casa del malvado, fuerte y animoso.

Habia justamente escogido un dia que no fuese de audiencia, con

la idea de hallarle solo ; así es que cuando llegué á la puerta, un soldado que estaba sentado en el umbral, me dijo que no era día de juzgado. No importa hijo mio, le respondí, sírvase V. decir al Sr. Juez, que hay una persona que tiene cosas interesantes que comunicarle. El soldado se levantó con pereza y entró en un cuarto que estaba en frente de la calle.

Poco despues, volvió diciéndome que entrase y esperase.

En efecto, entré á un cuarto que me pareció ser un despacho, porque habia en él una mesa con papeles en desórden, un enorme tintero de estaño y una media docena de plumas de ganso cubiertas de polvo y tinta hasta el cabo. Todo en aquella habitacion revelaba el desórden y el desaseo más completos ; algunas sillas de paja, un sillón de baqueta mugriento y una gran cantidad de puchos de cigarros de papel, eran el único adorno del cuarto despacho del Sr. Juez árbitro de la suerte de aquel desgraciado pueblo. Habia un olor á cigarro, insoportable que me fatigaba, y á pesar de que el soldado habia cerrado cuidadosamente la puerta, la abrí para que entrase un poco de aire. Esperé como media hora y al fin salió mi hombre.

Seguramente que su tardanza no debió ser por manera alguna motivada por el aliño de su persona, pues venia en mangas de camisa, con un ponchito corto. Al entrar me miró con el único ojo que tenia y me dijo por via de saludo :

— Cierre la puerta, que me pueda resfriar.

La cerré con harto disgusto, y como él se arrellanase en el sillón, tomé una silla y la acerqué á la mesa. Esperé alguna pregunta durante algunos minutos y viendo que ni siquiera me miraba, no quise que atribuyese mi silencio á turbacion y le dije :

— Señor Juez, tengo cosas importantes que decir á V.

Me miró ; pero no habló.

Viendo que era sistema, continué notando entónces, que en vez de darle el tratamiento de Usia, le habia llamado sólo V. ; sin embargo, me pareció mejor seguir del mismo modo.

— Anancio, agregué, ese jóven que tiene V. de Secretario y por el cual no sé si V. sabe me intereso mucho, es necesario que deje ese

puesto, para ocuparse de algo que le será de más utilidad y conven- ga mejor á su carácter.

El tuerto me miró con fijeza asombrado sin duda de mi audacia. Pero habia resuelto ir sin rodeos á mi objeto, y luego aquel olor me sofocaba, ya no podia más. Viendo que callaba, me dijo con voz bronca ;

—¿ Nada más ?

—Nada más, respondí, sinó que espero que V. me autorice para decírselo de su parte.

—Dígaselo si quiere, respondió ; y me parece que mostró los dientes.

—Con permiso de V., agregué entónces, voy á abrir la puerta, el olor á tabaco me hace daño. Y diciendo esto la abrí.

El tigre creyó que tenia miedo y me dijo de buen humor son- riendo.

—Ábrala, ábrala no más, no importa.

—Es decir, agregué haciendo un movimiento para retirarme, que puedo decir á Amancio que vd. consiente.

—Yo no he dicho que consiento, respondió con zocarronería, y empezó á armar un cigarrito, picando él mismo el tabaco sobre la mesa con una navaja. Me hace falta, agregó, tiene buena cabeza. lo necesito ; ya puede retirarse.

—Comprendo, sí señor, que Amancio sea á vd. de mucha utili- dad, repliqué ; pero ademas de que no le será á vd. difícil reempla- zarlo, él desea ocuparse de otra cosa, quiere trabajar de otro modo y no creo vd. se niegue á lo que es justicia.

—Me hace falta, contestó con distraccion levantándose.

Temeroso de que se entrase al otro cuarto, me le acerqué agre- gando :

—Pero es contra su voluntad señor, contra su interés.

—Ya lo sé, respondió con flema acabando de armar el cigarro ; pero me hace falta.

Y diciendo estas palabras se disponia á dejar la habitacion. En- tónces tomándole por una punta del poncho le dije :

—Tenga vd. la bondad de escucharme un momento más, porque Amancio es para mí como un hijo.

—Y eso á mí qué me importa: me contestó deteniéndose; no me canse la paciencia, viejo loco y confórmese con salir bien parado.

Por muy buen carácter que tenga un hombre, hay situaciones superiores á todo raciocinio, á todo plan premeditado; habia resuelto observar con aquel desgraciado una conducta moderada aunque firme; pero su maldad pasaba los límites de mi paciencia. Sabia que el Juez Robledo era un hombre regularmente educado, un doctor y de consiguiente, creia que tendria que habérmelas con un déspota; pero que por lo ménos observaba aquellas reglas de civilidad indispensables en la sociedad; despues he sabido que aquella grosería era su sistema con la gente educada que afectaba despreciar de ese modo. Sin saber lo que hacia díjele deteniéndole:

—V. no se irá, me ha de escuchar por fuerza, porque el cielo está ya cansado de su maldad.

Estas palabras las pronuncié casi sin darme cuenta de ellas, tal era el horror que aquel hombre me inspiraba; pero el cambio que sufrió su cara me hizo volver en mí. Una palidez mortal se extendió por su semblante, los labios tomaron un color amoratado y un temblor general agitó su cuerpo. Permanecimos algunos momentos el uno en frente del otro sin hablarnos. Por intérvalos parecia que el ojo con vista queria salirse de su órbita, tal era la fijeza con que lo clavaba en mí, miéntras que el hueco lo cerraba convulsivamente. Al fin halló su cólera palabras con que descargarse. Me llenó de insultos soeces, me amenazó de todos modos, con todos aquellos suplicios tan familiares á su depravado corazon y concluyó diciéndome:

—Perro viejo, con que creias que podias darme una leccion; ya me habian dicho que la echabas de santo, vas á salirte con la tuya, serás mártir, eso corre de mi cuenta.

Despues de estas palabras, se marchó cerrando la puerta con un golpe.

Entónces me dí cuenta de mi situacion; ví que estaba en sus manos y que nadie podria salvarme. La idea del pesar de mi familia me atormentó cruelmente y al punto me ocurrió la posibilidad de

escaparme de allí sin ser visto, para ocultarme; pensarlo y hacerlo fué cosa de un segundo. Reuní mis fuerzas, salté de la habitación con toda la mayor prisa que pude y atravesé el patio casi corriendo; pero al llegar á la puerta, dos soldados me dijeron un terrible *atrás*, que casi dió en tierra conmigo. Ya no habia medio de escapar, estaba preso, y á pesar mio un sentimiento de terror se deslizó en mi corazón. Los soldados me dijeron: «Síguenos al calabozo, y no tuve más remedio que hacerlo, pidiéndoles ántes me permitiesen tomar aliento porque estaba en extremo agitado. Uno de ellos se puso detras de mí con su sable desenvainado y el otro marchó por delante, diciéndome: vamos.

La casa de mi verdugo estaba situada en un extremo de la ciudad y para llegar á la plaza teniamos que atravesar todo el pueblo. Aunque inocente y satisfecho de la conducta observada en aquella circunstancia, sin embargo, me era muy terrible tener que aparecer como criminal, ante todas aquellas buenas gentes que me habian considerado hasta entónces como hombre honrado.

Todos los que encontrábamnos nos miraban con asombro y muchos de ellos, nos seguian á cierta distancia, deseosos sin duda de saber á dónde íbamos. ¿Quién no conoce al médico Ingles? todos los pobres saben que soy para ellos un amigo, un hermano. Las mujeres se detienen y esclaman afligidas: ¡preso! alguna de ellas se anima á preguntar á dónde me llevan, y los soldados responden, á la cárcel.

Entónces oigo resonar en mis oídos palabras que me llegan al corazón, y me confortan.

Una dice, *pobrecito*; la otra alza su hijo en brazos y le dice, saludalo, hijito, que es el que te curó de la quemadura de la piernita; y otras, recordando á mi mujer y á mis hijas, tan caritativas y amistosas con los pobres, esclaman: *Pobre familia, qué desgracia!*

Oh! es que en estos pueblos, preso quiere decir muerto; desgracia inevitable; la prision no es aquí una detencion, no es la mera suspension de la libertad de un hombre; prision, es tormento, castigo, por el solo hecho de ir preso, porque el que entra no sabe nunca, por leve que sea su falta, si saldrá pronto; si vivo ó muerto ...

Llegábamnos ya á la puerta de la Cárcel, cuando vi cerca de mí á

una muchachita de pocos años, cuyo padre conozco mucho, por haberme servido el año pasado en los trabajos de la trilla. La chiquilla me miró asombrada, y por poco no hace mil pedazos una botella que llevaba en la mano.

Don Jacobo, decia, á la Cárcel? Sí, le respondí, avísalo en casa, y diles que no se aflijan; no pude oír su respuesta, pero estaba seguro que cumpliría mi recomendación.

CAPITULO XVIII

LA CÁRCEL. HISTORIA DE UN DESGRACIADO. EL QUE NO SABE, ES COMO EL QUE NO VE. NUEVAS ANGUSTIAS!

La cárcel de San Luis es uno de sus mejores edificios, sólida y regularmente construida de adobe, sirve á la vez de prision y de cuartel.

Hiciéronme entrar en un cuartejo pequeño y oscuro, y allí me dejaron solo. Era la primera vez de mi vida que tal cosa me pasaba, y si esceptuo la desazon que me cansaba el pensar en la afliccion de mi familia, mi espíritu estaba tranquilo. Tú lo sabes, Dios mio, un solo momento, no desesperé de tu bondad infinita, y si mi razon me decia que todo aquello era causado por la imprudencia del paso que acababa de dar, mi corazon aprobaba lo hecho y me recompensaba por la tranquilidad de mi conciencia y la fortaleza de mi espíritu. El recuerdo de Amancio me entristecia; conociendo la generosidad de su corazon, temia por él; sin embargo, me tranquilizaba la presencia de aquel discreto jóven en mi casa. Él aconsejaria lo más prudente, lo más acertado.

En estas reflexiones estaba mi espíritu engolfado, cuando me pareció sentir pasos cerca de mí. En efecto, poco despues oí una voz que me decia: *Buenos dias, compañero*; aunque sin ver la persona que me hablaba, respondí: Buenos dias. Y poco despues un hombre se acercó á mí. No podia decirse que la oscuridad fuese absoluta; pero mis ojos aún no se habian hecho á aquella media luz, y apenas distinguia las facciones de un hombre alto y robusto al pa-

recer, algo entrado en años ; á medida que le miraba, me parecia que su cara no me era del todo desconocida. De repente oigo que dice con asombro, *el médico*, qué casualidad.

—¿ Parece que V. me conoce ?

—Sí, señor, me respondió respetuosamente ; ¿ pero como lo han traído á V. aquí ? tan pronto ?

No entendí bien el sentido de aquella última espresion, y respondí :

—Ya que V. me conoce, dígame quién es, porque yo apenas veo.

—Lo mismo me pasó á mí, me contestó ; pero ahora ya estoy hecho, la cárcel y yo somos conocidos viejos. .

Sin poder remediarlo, me hice á un lado para retirarme más léjos del contacto de aquel hombre ; pero en seguida reprimiendo ese mal movimiento de orgullo, díjele con dulzura.

—Dígame V. quién es, que yo no recuerdo su cara.

—Venga acá, agregó ; siéntese.

Y como yo hiciera ademán de sentarme, agregó :

—Ahí, nó que hay un charco de sangre, más acá.

—Sangre, qué está V. herido ?

—Poca cosa, respondió, es cosa vieja, no le hago caso.

—Pero qué es ? Pregunté interesado, muéstrame V. la herida, eso no puede quedar así.

—Para qué, contestó, si ahoríta no mas traen los otros grillos y vuelta á la misma jarana.

—No, hijo mio, díjele, no puedo permitirlo, si V. está enfermo no le pondrán grillos. Yo no lo permitiré, venga V. acá y me senté en el poyo que rodeaba el calabozo. El preso se sentó á mi lado, diciendo :

—No se empeñe, señor, si no ha de ver bien, es cosa de nada ; y me enseñaba una de sus piernas.

Un poco más arriba del tobillo, percibí claramente con mis manos, una llaga larga como de seis pulgadas, que me parecia ser muy profunda y que debía causarle mucho dolor.

Felizmente llevaba yo dos pañuelos de manos en los bolsillos :

los corté en tiras y le vendé la herida lo mejor que pude, encargándole se moviese lo ménos posible.

Conmovido, me dió las gracias y me dijo que aquella herida era causada por unos grillos que habia llevado anteriormente, más de un año, que le apretaban mucho, agregando que cuando se habia escapado de la carcel habíalo hecho con grillos, habiendo tenido que conservarlos puestos muchas leguas, hasta encontrar á los suyos.

Interesado vivamente por aquel desgraciado, cuyo lenguaje sencillo y moderado, me daba á entender que no era un hombre perdido, le pedí me contase su historia.

—Mi historia, señor, me dijo, es corta y triste. Me llamo Pascual Benítez y soy de los que anduvieron el año treinta y nueve con el General Paz, él me hizo sargento, y todos pueden decir si fué con justicia.

Despues de los barullos y cuando el ejército se acabó, yo me quedé por acá por consejos del mismo General, que me dijo:

—Benítez, vos estás casado, sos hombre trabajador, quedate con tu muger y no te metas en opiniones porque esto va mal.

Así lo hice, señor, me puse de peon de carretas y con lo que ganaba, mantenía honradamente mi familia. Nadie se metía conmigo y nadie tenia queja de mí.

Así pasé mucho tiempo, hasta que me cansé de esa vida que es pesada, y un dia le dije al capataz: ajústeme mi cuenta, que yo ya no sigo. El capataz me respondió que era preciso que siguiese algun tiempo más, que me necesitaba mucho; y yo que no, y que no. Nos agarramos de palabras, él me trató de salvaje y me dijo que me habia de delatar al Gobierno, y que mi General era un cobarde. Ya no supe lo que hice; se me nubló la vista, tenia una hachita en la mano, con que estaba apretando unos rayos, y le dí con ella por la cabeza.

El hombre cayó redondo, fué mi primer muerte. Los compañeros que nos miraban acudieron todos al muerto, ménos un amigo mio, un tal Servin, que me dijo al oido: lárgate, Pascual, que si te agarran te fusilan. Tomé el primer caballo que encontré, y me

corté para la Pampa, sin papeleta, sin nada, que todo se había quedado en la carreta.

Desde entónces anduve peregrinando, tan pronto en un lugar como en otro, comiendo lo que encontraba, durmiendo donde me tomaba la noche, y sin atreverme á llegar á los pueblos. Porque cuando uno ha muerto á un hombre, se le figura que todos se lo conocen en la cara, y cualquier galope de caballo que oia, decia entre mí: es la gente que viene á prenderme, y me escondia en los matorrales con mucho miedo. Y eso que yo nunca se lo tuve á las balas, por que bastante habian pasado silvando sobre mi cabeza el dia que me hicieron sargento; pero ese es otro miedo. A veces cuando estaba tendido en el suelo cerca del árbol que habia escogido para hacer noche, me parecia que veia atrás de mí, como una figura toda llena de sangre, que me llamaba salvaje y que tan pronto estaba adelante como colgada de la rama del árbol; entónces me tapaba la cabeza con mi poncho y hacia fuerza para llamar al sueño, que no venia, y me pasaba toda la noche en vela hasta que llegaba el dia y era preciso esconderse de nuevo, y andar siempre con cien ojos.

Otras veces, cuando iba galopando con la fresca de la noche, se plantaban en las orejas del caballo dos luces que me dejaban ciego, y yo cerraba los ojos hasta que se iban. ¡Qué vida! señor, muerto de hambre y siempre solo, acordándome de mi mujer y de mis hijos; á veces tenia gana de que me agarrasen; pero no encontraba sinó campo y soledad. No sé cuanto tiempo anduve así, pero debió ser mucho, porque el pelo y la barba me crecieron con asombro.

Un dia por fin, encontré dos indios y aunque no podian entenderme, por señas les espliqué como pude, que tenia hambre; al momento me llevaron á sus toldos y me dieron de comer. Con ellos viví mucho tiempo, hasta que las cosas cambiaron. Señor, los indios no son tan malos, no roban sinó por hambre y nunca matan sin necesidad. Los que los hacen malos son los cristianos que se van entre ellos. Allí habia algunos como yo, y desde el primer dia me pusieron mala cara, buscándome pleito por todo. Supimos un dia, que debia pasar una tropa grande y la gente estaba muy ganosa

por ir á buscar vicios. A mí eso de robar siempre me pareció cosa fea para un militar, y así fué que el dia de la marcha me quedé atrás y me volví a los toldos. La empresa les salió bien, robaron cuanto quisieron y trajeron dos cautivas. ;Qué le diré, señor, cuando vi que las cautivas eran mi muger y mi hija Mariquita! alegría y pesar todo fué uno; porque las cautivas son del que las toma, y el que las habia apresado era un santiagueño muy malo que no tenia miedo á nada. Así que las ví llorando y tan tristes, les dije que era preciso que no se affigiesen, que ahí estaba yo. Ellas, las pobres, me habian creido muerto hacia mucho tiempo y se iban en esa tropa á Córdoba, á juntarse con una parienta. No hubo forma, el santiagueño no quiso aflojar las mugeres; de balde le rogué, le ofrecí comprárselas dándole un maneador trenzado, dos caronas buenas y mi caballo que era superior, no me hizo caso y nos desafiamos. El hombre no era lerdo, paraba que era un gusto, con un poncho vichará que tenia en el brazo. Pero la buena causa estaba de mi parte, le metí el cuchillo hasta el mango en la barriga, y todos dijeron que habia sido un lindo golpe. Es verdad que aquella muerte era diferente de la del capataz, porque era por cobrar lo que era mio; no le hace, siempre matar es pesado y hace que uno le tome como gusto á la sangre.

Creo que vivimos con los indios como cinco años; mi hija se casó con el cacique, y mi muger se murió de un pasmo. Así que me quedé solo, me vinieron ganas de volverme á mi tierra, allá tenia dos hijos que ya debian ser mozos, y como estábamos cerca de mis pagos, me pareció cosa fácil, pensando que ya quién me habia de cobrar la muerte del capataz, despues de tanto tiempo. Ensillé mi pingo, y sin decir nada á nadie, me largué. El amor á la querencia es cosa fuerte, ni de Mariquita me despedí, de miedo que se lo dijese á su marido y me dijeran que no me fuese.

Anduve dos dias y dos noches hasta que empecé á conocer los lugares; todo lo mismito que el dia que salí por la última vez con la tropa. Qué gusto me dió ver los árboles conocidos, los ranchos más viejos; pero siempre en el mismo lugar, los animales bebiendo á donde mismo y todo como si fuese el dia de ayer. Llegué á

una casa, ya no vivian los mismos dueños ; pero una moza muy bien hablada, me dijo que habian sucedido muchas cosas, que habian mudado gobierno, que los otros ya no estaban, y que la gente andaba contenta. Por todo lo que me dijo la moza, se me figuró que debian ser los amigos de mi general los que mandaban entónces. Me despedí de ella, y muy alegre enderecé á la plaza, caminé mucho ese dia, pocos conocidos encontré ; pero supe que mi hijo menor habia marchado hacia poco, con una gente.

Aquí señor, mi cuento se hace pesado, porque ya no me sucedió nada particular hasta la llegada de mi hijo que lo trajeron preso, por desertor, con grillos. Aquí mismito se los remacharon en esta cárcel, empeños hice no sé cuantos, para librarlo ; á ese tuerto pícaro, le ofrecí que me fusilara en su lugar si queria ; pobre muchacho, de veinte y dos años : nada valió, le pegaron cuatro tiros y yo me volví á los indios.

En una entrada grande que hicimos, me agarraron, porque yo entónces vine con miras de hacerle una jugada al Juez; pero las cosas fueron mal, me pescaron y me tuvieron aquí un año y dias, hasta que me escapé.

El sargento se detuvo y viendo que no continuaba, le dije :

—Pero falta el fin, acabe, que interesa.

—El fin, quién sabe cómo será, si será como el de mi hijo, porque la desgracia persigue al hombre : me junté de nuevo con los indios con la intencion de quedarme con ellos para siempre ; pero vino por allá un demonio, hombre de empuje, uno á quien le llaman el Ñato, alborotó la indiada, y todos entramos en la jarana, y vuelta otra vez á las desgracias.

El nombre del Ñato me trajo al momento el recuerdo de mi hijo, y con doble interés le pedí que continuase.

—Los indios se apostaron en el cerro Aspero, y allí se les reunió el Ñato con otros cristianos para ir á dar el ataque á Succs, en donde habia dos estancias hermosas. El tiro no fué malo ; pero al volvernos, una partida de auxiliares de los Andes, nos cayó encima, y aunque no alcanzó á quitarles el ganado, tomó algunos prisioneros, á causa de los caballos que estaban cansados.

No puedo explicar la emocion con que seguia las palabras de aquel hombre. Mi hijo con los indios, robando ganado, muerto quizá! No escuché el fin de su relacion, un torrente de lágrimas brotaba de mis ojos, me cubrí el rostro con ambas manos! Eran demasiadas emociones para un solo dia, el corazon se me salia del pecho!

—No se aflija, señor, me dijo el sargento. El niño está salvo.

—Qué quiere Vd. decir? exclamé.

—Quiero decir, que D. Juancito me ha dicho todo, que somos amigos y que juntos caimos prisioneros y juntos hemos de salir en libertad ó no me llamo Benítez.

—Luego mi hijo está prisionero, aquí en la cárcel, dije con abatimiento.

—Mejor es eso, respondió, que con el maldito Ñato, que lo habria perdido como él y hubiera sido lástima, porque es mozo guapo y de esperanzas.

Hícele varias preguntas relativas á mi hijo y cada una de sus respuestas, era un nuevo dolor para mi corazon.

La entrada del carcelero que venia con el herrero á ponerle los grillos, interrumpió nuestra conversacion.

—No es posible, dije, que á este hombre se le pongan grillos, está enfermo y yo como médico me opongo á un acto tan bárbaro.

—Yo no tengo nada que ver con Vd., respondió el carcelero, cumplo lo que me mandan; si es médico mejor, porque hay un preso enfermo en el otro lado, que paga bien.

Eché mano al bolsillo y encontré felizmente un duro, se lo dí y agregué:

—No le ponga Vd. los grillos.

Lo tomó y contestó:

—Por complacerlo le pondré solo un grillete, porque ya veo que Vd. lo entiende.

Benítez no queria admitir el trato, y decia furioso al carcelero, que me devolviese el duro y le pusiese los grillos, que aquello era un robo; pero el carcelero no le hizo caso y se guardó el duro.

—Despues de comer verá el enfermo; es tu compañero, dijo á Benítez, está medio loco, ¿no oyen? está gritando.

—;Ay! es mi hijo, exclamé, lléveme Vd. por Dios cuanto ántes, lléveme Vd.

—Su hijo, respondió, no, entónces no los junto.

—Qué hijo, ni qué hijo! díjole Benítez al oido, no vé que está medio. ..

Y llevó el pulgar á la boca, para darle á entender que estaba yo ébrio.

—Ah! es otra cosa, replicó el carcelero, estos gringos es lo que saben. Despues de comer irémos, hasta luego.

Cuando nos quedamos solos, Benítez se escusó diciéndome:

—Señor, dispense; pero era preciso engañar á este bárbaro, si no, no podia Vd. ver á Juancito.

—Triste de mí, soy muy desgraciado!

Mi compañero hizo solo los honores á nuestra miserable comida, porque yo no tenia corazon para probar un bocado.

Qué tristes horas pasé; verme tan cerca de mi hijo y no poder abrazarlo, enfermo: ¿qué dirá su madre?

Llegó por fin el momento, el carcelero me encargó no me tardase, que iba á encerrar otros presos, y me dejó á la puerta del calabozo, con una vela de sebo amarillosa por toda luz. Penetré casi á tientas; el viento que entraba por la puerta hacia oscilar la llama y amenazaba por momentos apagarla.

Mi hijo dormia tendido en el suelo pelado, uno de sus brazos le servia de almohada, sus vestidos estaban en desórden y se agitaba como en una pesadilla. Acerquéme poco á poco por temor de despertarle, su frente ardia, por momentos pronunciaba algunas palabras confusas. Allí estaba ese hijo tan querido, tan cuidado, que tantos afanes me habia costado, y nada, nada podia hacer por él su padre, preso como él y perseguido; ni siquiera cuidarle, estar á su lado. Me saqué la levita que era de paño forrada, y le cubri con ella, para defenderle de la humedad del suelo en extremo perjudicial. Era urgente sacarlo de allí, la fiebre era muy violenta, y si no se le aplicaban pronto remedios, su razon y su vida peligraban.

—*Mi padre, mi padre*, decia con agitacion, qué vergüenza, se morirá! luego agregaba más tranquilo, es una buena mujer, quiere tanto á su hijo, y su hijo es un ladron!

Al decir esta palabra, mi pobre hijo se agitaba de un lado á otro y apenas bastaban mis fuerzas á contenerle. En ese momento llegó el carcelero diciéndome que era hora de cerrar.

En vano le pedí de todos modos me permitiese pasar allí la noche, desgraciadamente no tenia más dinero que el que le habia dado, y mis promesas no le hacian efecto. Se negó á todo, me sacó á empujones y burlándose de mi dolor agregaba, que si el preso se moria lo enterrarían.

No pude cerrar los ojos en toda aquella noche tan larga, enviando el sueño tranquilo de mi compañero de calabozo, que poco despues de mi vuelta se habia quedado profundamente dormido.

CAPITULO XIX

JORGE GIFFORD. EL GOBERNADOR

La primer cara que vimos fué la del carcelero que venia á pasar su visita. Al momento le pedí noticias del enfermo, ¡ay! cuánto le agradecí me respondiese:

—Ese diablo está mejor, ya no grita, y duerme como un sano.

Era buena señal, la fiebre cedia: por temor de irritarle no le rogué me llevase á verle, hasta más tarde, y empecé á rebuscar en los bolsillos del pantalon y del chaleco algo que halagase su còdicia. Felizmente ví en uno de mis dedos una sortija de oro macizo que conservo desde mi salida de Inglaterra, y al momento me ocurrió que seria de su gusto. Oh! pero yo tambien me habia vuelto avaro; se la daría con la condicion de que me permitiese pasar la noche velando á mi pobre hijo. Benítez aprobó mi plan y me dijo que él le haría la proposicion, porque yo no servia para esas cosas y era capaz de echarlo todo á perder.

Las horas pasaban largas como siglos y nadie parecia acordarse de mi existencia, ¿cómo era posible que aquella niña no hubiese llegado á mi casa; y si tal era, qué incertidumbre para los míos?

Cuánta suposición no habrán hecho! qué afligidas estarán esas pobres mujeres! Pero Amancio debe imaginar lo que motiva mi ausencia; es incomprendible, ni un recado, ni una palabra, después de tantas horas.

—Señor, dícame el sargento, no se entristezca, no hay nada peor; porque al hombre triste no se le ocurre nada bueno, y cuando uno está preso, no hay como las ocurrencias.

—Tiene V. razón, contesté, sobre todo que es una injusticia de mi parte, y debo más bien dar gracias á Dios por haberme reunido con mi hijo.

—Justamente eso estaba yo pensando, no se afija porque no venga nadie de afuera, que quién sabe á ellos como les vá; mire que ese tuerto es el demonio capaz de todo, y puede ser que haya dado orden para que nos tengan como á perros rabiosos, sin que nadie se nos acerque.

No me había ocurrido en efecto, que quizá mi desgracia era mayor de lo que yo suponía. Pedí fuerzas al que todo lo puede y esperé la llegada del carcelero para saber á qué atenerme.

Cuál sería mi sorpresa, mi placer, al ver entrar á este seguido de nuestro querido Gifford. No tuve palabras para recibirle, le abrí los brazos y lloré sobre su pecho, haciéndole mil preguntas.

—¿Y mis hijas? cómo está María? qué es de Jane?

Èl responde enternecido á mis preguntas, que están buenas, aunque muy tristes, y se detiene mirando á los dos testigos que nos escuchan. El carcelero comprende que está demas y dice:

--Si estorbo me iré; pero...

—Sí, ya caigo, responde Gifford, echando mano al bolsillo.

Cuando el carcelero salió, dije á Gifford:

—Puede V. hablar, este otro, es un amigo.

—Gracias por la confianza, respondió el sargento, que no han de tener porque arrepentirse.

Jorge empezó así:

—Respetable amigo, V. no es hombre á quien se le puedan hacer reproches, porque obra siempre por el impulso de su corazón y la voz de su razón. Sin embargo, señor, cuando ménos, puedo que-

jarme de que V. no me haya considerado digno de confiarme el paso que iba á dar. Todo lo sé por Amancio, cuya desesperacion rayó en locura luego que supo la prision de V. acusándose por sus imprudentes quejas, de haber perdido á su mejor amigo. Pena daba, verle desesperarse y pedir perdon una por una, á la afligida madre y á las niñas, cuyo dolor aumentaba con sus lamentos. En vano quise calmarle con razones, mis palabras no hallaron eco en su corazon, llegando su afliccion á tal punto, que la buena señora para tranquilizarle, le aseguraba que la prision de V. era cosa pasajera, que no le causaba grande aprension. El infeliz Amancio fuera de sí, y á pesar de oponerme yo á ello fuertemente, se presentó en casa del Juez para enrostrarle la fealdad de su conducta, llegando su exaltacion hasta amenazarle con ir á delatarle al Gobernador; lo que puede imaginar V. cuánto irritaria á ese hombre feroz.

Sin perder muchas palabras, lo mandó preso con grillos á esta misma cárcel.

—Pobre Amancio, exclamé, víctima de su exaltacion. Pero y V., amigo mio, cómo ha podido llegar hasta mí?

—Es necesario que V. lo sepa todo. El infame Juez, no contento con la doble prision de vds. intentó atemorizar á su inocente familia, mandando dos de sus esbirros con amenazas insolentes, que á no ser por mi presencia allí, hubieran llenado de espanto á las señoras; llegando su temeridad á punto de prohibirles saliesen de casa, dando por presa toda la familia hasta nueva orden.

Esto era ya demasiado; á pesar de la repugnancia que sentia teniendo que abandonarlas por algunas horas, era necesario tomar alguna determinacion para hacer cesar un estado tan violento. Armé á tio Pedro con una escopeta que hallé en el cuarto de Vd. y lo puse en la puerta de la sala, haciéndole prometer dispararia su arma sobre el primero de aquellos hombres que quisiese entrar allí por fuerza; el negro me aseguró que sólo pasarian por sobre su cadáver. Más tranquilo, rogué á las señoras se encerrasen con llave por todos lados, no abriesen sinó á mi voz, y me despedí, dándoles esperanzas que yo no tenia.

Felizmente podia salir por la puerta del fondo, y una vez allí, estaba libre de ir á donde quisiese.

El primer momento pensé en el Juez; pero bien luego me ocurrió, sería grande imprudencia esponerme á que me tomase y me privase de una libertad, que me era tan necesaria.

Cuánto deploré la circunstancia de no haber aquí consul extranjero de ninguna especie, ni nada que supla esa falta en caso necesario. En mi calidad de Inglés resolví dirigirme al Gobernador ó á su Ministro, aunque no sabia de qué medio valerme. Pensé en una presentacion; pero era cosa larga y hubiera ido á parar infaliblemente á manos del enemigo; en tan crítica situacion me ocurrió una idea. Entré al primer almacen que hallé á mi paso, y dije al dueño:—¿No podria Vd. decirme la casa de un caballero, cuyo nombre he olvidado, que segun me han dicho es el más respetable vecino de esta ciudad, y al cual tengo algo importante que decir? Yo le gratificaré á Vd.

—No, señor, no es necesario, me contestó, ese no puede ser otro que D. Mauricio, y diciéndome en donde vivia, me aseguró que era éste un hombre como pocos. Era mucho aventurar, pero ¡qué remedio!

Llamé la puerta de una hermosa casa, cuyo exterior prometia, y vino luego una chinita, diciéndome que el amo estaba durmiendo la siesta.

—Házmelo favor, le dije, de avisarle que está aquí un caballero que desea verle.

—No, que está durmiendo, respondió.

—Bien, entrégale esto, y saqué de mi cartera una tarjeta, cuya punta doblé.

La chinita tomó la tarjeta con mucho cuidado y corrió para adentro; yo me quedé dudando si la entregaria. Pero poco despues apareció una negra vieja y me dijo:

—Pase su mercé á la sala, el amo ya viene.

Entré á una sala muy grande, algo despoblada, pero muy fresca y aseada, empecé á cobrar ánimo. Poco despues vino una persona,

que a no dudarlo, era el caballero de quien tanto bien me habia dicho el almacenero.

Su exterior no podía ser más atractivo; parecia tener unos cincuenta años, era grueso y algo colorado, con una fisonomía amable é inteligente, se conocia que se habia vestido de prisa; pero la blancura de su camisa y de una chaqueta muy ancha, que dejaba amplia soltura á sus movimientos, era irreprochable. Me pidió disculpa por su tardanza, y con la más caballeresca cortesía díjome estaba pronto á servirme en lo que gustase. ¡Cuánto admiré tan espontáneo ofrecimiento sin conocerme, sin más que por mi nombre, que le era totalmente desconocido, y por el aspecto de mi persona! Este es un rasgo muy comun en América; que sólo aquí se encuentra, y que nadie aprecia mejor que el Europeo. Al punto se ofreció á llevarme él mismo, á casa del Gobernador, aprobando mi plan.

En aquella conversacion aprecié cumplidamente la rectitud del buen juicio de D Mauricio y desde entónces mi corazon le guarda constante reconocimiento y amistad.

Como me dijese que era preciso esperar á que el Gobernador durmiese su siesta, hube de conformarme con esperar una hora más. Y á no ser por la impaciencia que me agitaba, hubiérala pasado admirablemente en su compañía.

Me pintó al Gobernador como á un hombre débil y sin inteligencia, entregado completamente á su Ministro, el cual á su turno es el esclavo de su mujer, que segun las malas lenguas, influye más de lo que debe en los asuntos del Juzgado; pero del cual podíamos esperar algo, sobre todo si dábamos con la señora, que era una santa. No dejó de admirarme como, habiendo en San Luis hombres superiores como el Sr. D. Mauricio, tienen magistrados estúpidos y corrompidos; pero este caballero, con una claridad y precision que le honran, me hizo ver uno por uno los vicios del sistema democrático en estos paises, en donde para un hombre inteligente y educado hay cien que ni leer saben.

Gracias á la respetabilidad del nombre de mi nuevo amigo, las puertas de la casa de Gobierno nos fueron abiertas, y pude presentar mi queja al mismo Gobernador.

El Gobernador me pareció un ente estúpido, ridículo, grosero y sin el menor barniz de educación; pero sin mala intención y preocupado exclusivamente de un hermosísimo gallo de pelea, que estaba atado de una pata en una silla de la sala. Durante todo el tiempo que hablé, el supremo magistrado no le quitó los ojos, lo que hacía que yo creyese, que no me escuchaba. Pero así que concluí, me dijo con voz bronca :

—Ah! V. es inglés, paisano de mi gallo, miren qué casualidad!

Tan inoportuna salida hubo de irritarme; pero mi compañero me miró de una manera espresiva; cobré ánimo y me repuse. El Gobernador continuó :

—El Juez sabe lo que hace, es hombre de saber, á lo ménos así dice siempre el Ministro, y el Gobierno no tiene porqué meterse en la ley.

Iba yo á responderle, cuando el Sr. D. Mauricio me hizo señas para que me callara; en efecto, el Gobernador agregó, siempre sin perder de vista á su gallo:

—Es particular, todos se quejan del tuerto, parece que es duro; oh! en tratándose de la ley, y lo entiende; hace unas sentencias, que ni en los libros se encuentran mejores: el Gobierno lo necesita.

Después de un rato de silencio, continuó riendo :

—Tiene su jeniazo. Diante de hombre! Vds. tomarán un matecito. Martina, Martina, que traigan mate, gritó.

—Allá va, contestó una voz de adentro.

Entonces mi compañero, que parecia tener confianza en la casa, dijo mirando para la puerta:

—Para servir á Vd. señora.

En el momento se presentó una señora como de cuarenta años, que nos saludó amistosamente con la cabeza, diciendo :

—Ya voy á llevarles el mate.

El gobernador continuó:

—¿Con que, preso? preso! D. Jacobo? mire qué diablo! y el secretario? vea!... .

—Y hasta la familia, agregó D. Mauricio.

—Eso es chanza pesada, dijo el gobernador, meterse con las mujeres !

La gobernadora presentó el mate á mi compañero y se sentó á su lado.

—¿Quién está preso? preguntó con interes y con un acento tan tierno, que me conmovió.

—El médico inglés, respondió su marido.

—Su mujer y sus hijas, agregó D. Mauricio.

—Jesus! qué injusticia, exclamó la buena señora; ¿cómo es eso? Y miró al gobernador.

—Yo no tengo que ver con eso, respondió el jefe del Estado, meneando una pierna que cruzó sobre la otra; son cosas del Juez.

—Sí, de Robledo, exclamó la señora con tristeza.

—Robledo, agregó mi nuevo amigo, que manda más que el gobernador, que es aquí el que tiene más poder.

—¿Qué dice, hombre? dijo éste sin alterarse, ¿quién le mete esas cosas en la cabeza?

—¿Quién, señor? continuó con calor, todo San Luis, todos los desgraciados, víctimas del capricho de ese déspota, y especialmente el reciente ejemplo. ¿Por qué privar de la libertad á un hombre como el Dr. Wilson? ¿quién no conoce sus virtudes en este pueblo? ¿quién tiene queja de él ni de su familia? y luego llevar la iniquidad hasta mandar amenazar esas buenas señoras y ponerles centinelas, es cosa nunca vista; y si tales escándalos siguen, el gobierno se desacreditará y se hará de enemigos, porque la gente se ha de cansar.

—Lo ves, Anacleto, lo ves, decia llorando la señora, ¿pobre familia!

—Sí, sí, se ha de cansar la gente, repetia el gobernador mirando á su gallo, sí se ha de cansar, y lo peor es que ya no hay remedio, es cosa hecha. ¿Qué dirá ahora el ministro? yo quisiera que V. lo oyese, qué trabajo!

—¿Pero por qué no les pone S. E. en libertad? me atreví á decir yo.

—Eso no es cosa mia.

—Pero de quién es, preguntó D. Mauricio? ¿Quién mejor que V?

—No, que despues me sale embromando con la *soberania* con la *Constitucion*, y no me meto.

—Precisamente por la *Constitucion* debe V. mandar orden de libertad para ese buen doctor y su familia; el gobernador puede intervenir, debe intervenir siempre que un juez viola asi sus deberes y falsea la justicia.

—Bueno, si es así, vean al ministro, que él mande la orden.

—Seria inútil, porque ellos dos se entienden muy bien y no harian sino su voluntad.

—Lo ves, lo ves, Anacleto, repetia tristemente la señora, que estaba parada con el mate vacío.

—Andá, trae mate, mujer, y no te metas con el gobierno, djole su marido, sin alterarse.

—Es decir que Vds. me han tomado por su juguete; qué demonios!

—No, señor, respondió D. Mauricio, nosotros respetamos en Vd. á la primer persona del gobierno; pero sentimos que otros sean los que gobiernen en su nombre, y que V. cargue con la mala fama.

—Eso no, que todos saben que no soy hombre malo, y que el Juez y el Ministro son los que hacen y deshacen.

—Pero, ¿ por qué no nombra V. otro Juez y otro Ministro? eso es cosa fácil; pero sobre todo ahora lo que importa es que V. nos haga una ordencita para que el Dr. y su familia queden libres.

—Lo que venga el Ministro luego.

—No, señor, ahora, ahora, y con una solicitud muy de apreciar, mi amigo se acercó á la mesa, escribió la orden y se la presentó á firmar.

Aquí tropezamos con nueva dificultad, se hizo de rogar, diciendo que luego el Ministro iba á embromarlo con la renuncia y la zoncera, con dejarlo solo, y que él no sabia que hacer.

-- Admitirla, respondió D. Mauricio, que no faltará quien haga de Ministro m jor que él.

—Bueno, bueno, dijo el tímido gobernador, firmando al fin la orden; que salga el preso de noche, por el escándalo. Deshacer yo

lo que manda el Juez parece chanza, agregó despues con zocarronería ; y luego cuando venga el Ministro aquí, Martina le dirá que estoy enfermo.

—Eso es, eso es, contestó la señora ; y nosotros nos retiramos muy satisfechos.

De allí fuimos á tranquilizar á las señoras, haciendo despejar aquellos facinerosos, con gran pesar de tio Pedro, que habia tomado gusto al oficio; y aquí me tiene V. con la órden.

—Venga V. á mis brazos, querido Jorge, díjeme enternecido, es V. mi salvador ; cómo podré pagarle tal servicio.

—Estoy pagado suficientemente, me respondió, con el placer que siente mi alma.

—Cáspita con el inglesito, decia el sargento, que es leído y escrito y si no fuera atrevimiento le ofreceria estos cinco, y le tendió su mano.

Jorge la estrechó muy complacido y continuó diciendo :

—No he hablado de Amancio, porque me pareció mucho pedir en un dia; pero mi amigo el Sr. D. Mauricio me ha dejado esperar que habria medio de tentar de nuevo el golpe. Así, pues, no hay ya más que pensar en salir así que sea de noche.

Gracias, amigo mio, por tantos esfuerzos; pero aún no puedo aprovechar de ellos ; y entónces le hice presente cómo hallándose allí mi hijo y enfermo, yo no podia abandonarlo.

Jorge dijo cuanto pudo para convencerme ; pero mi resolucion era invariable; le pedí me dejase la órden y que no hablase de ella al carcelero, en seguida le hice algunos otros encargos y sobre todo le recomendé me trajese algun dinero, tan necesario allí.

Dióme á entender Jorge que mi familia estrañaria mucho que yo no aprovechara de aquella órden: pero le aseguré que mi mujer y mis hijas se resignarian gustosas cuando supiesen que tal era por ahora mi voluntad, pues deseaba que ignorasen hasta la prision de mi hijo.

Despues de prometer venir el dia siguiente, se marchó Gifford tranquilizándome sobre el fiel cumplimiento de mis deseos.

CAPITULO XX

EL PADRE Y EL HIJO

Gracias á mi sortija y al buen trato que hizo el sarjento, el carcelero me permitió pasar la noche al lado de mi hijo querido.

Cuánto pasó en aquella noche, debe quedar entre Dios y nosotros, baste saber que tuve la dicha de hallarlo más desgraciado que culpable, victima sólo de sus pocos años y de pérfidos consejeros.

La fiebre disminuía considerablemente, y empezaba á tranquilizarme completamente sobre su salud; sólo me agitaba el temor de su mala causa, y sobre todo la perversidad del Juez. Cuando me separé de él lo bendije por mí y por su buena madre, prometiéndole volver en cuanto me fuera posible. Aquel día nada supe de Amancio, el carcelero no quiso responder á ninguna de mis preguntas.

CAPITULO XXI

TENTACION, ORGULLO. TRIUNFA AL FIN EL AMOR DE PADRE!

El día siguiente, cuando abrí los ojos, encontré á mi compañero el sarjento sentado á mi lado, mirándome con mucho interés.

—¿Sabe, señor, me dijo, en lo que estaba pensando?

—No, amigo mio, le respondí, no puedo imaginarlo.

—Pues estaba pensando que habia hecho V. muy bien en no salir ayer de aquí y guardarse esa orden.

—¿Por qué razon? pregunté sin saber á dónde iba á parar.

—Porque con esa orden se puede hacer salir algun otro preso, que sea como quien dice, un poco ménos santo que V.

Al punto creí que el sarjento queria aprovechar la orden para su propio uso y me lastimó un rasgo de egoismo justificable hasta cierto punto; pero que lo hacia desmerecer en mi concepto.

—Qué ocurrencia, respondí, evadiendo la cuestion.

—Si, buena ocurrencia dijo; anoche no he dormido pensando en

esa pícara órden. A ver, muéstremela, léala, aunque yo no soy muy vaqueano y me parece que podría.

La conversacion me digustaba; en suma, lo que aquel hombre me proponia era un abuso de confianza, y para darle á entender mi desagrado, tomé el partido de hacer como si no lo oyese. El continuó:

—Bien lo veo, V. señor tiene escrúpulo, se le figura mal hecho; pero piense que le va el pescuezo, que el Juez debe estar más rabioso que un toro, y que al fin, despues de todo, es su sangre.

Sorprendido de tan estraña salida, díjele de improviso:

—¿Pero para quién quiere V. la órden? ¿de quién quiere Vd. hablar?

Toma, respondió:

—De Juancito, de quién otro? á ese Amancio yo no lo conozco, y podrá ser todo lo mejor que V. quiera; pero no lo puedo comparar con Juancho.

—Lo confieso, me senti turbado; me pareció que debia pedir perdon á aquel corazon generoso, de la injusta sospecha que habia tenido, y sin más reflexionar díjele, que el primer momento habia creido que él deseaba aprovechar de aquella órden para recobrar la libertad. Al escucharme, su cara tomó una espresion de asombro particular y replicó con tristeza:

—¡Qué, señor! un pobre como yo! ni pensarlo; si yo no hago falta á nadie, qué ocurrencia! el niño es otra cosa, ¿no le parece? Maquinalmente le contesté:

—Sí, es otra cosa.

—Bueno, agregó, es preciso pensar en que salga, y pronto.

—¿Pero cómo amigo mio? si esa órden... .

Y entónces recordé que ni siquiera la habia visto, pues la tomé doblada de manos de Jorge y del mismo modo la habia puesto en mi cartera. La saqué temblando á pesar mio, y lei con gran contento:

« Hago saber por la presente, que queda en libertad, desde este momento, el preso que fué conducido á la cárcel el dia de ayer. »

Seguia luego la firma y la fecha.

—Ya lo vé, dijo el sarjento muy contento, ese preso es Vd., es él

ó cualquier otro de los que trajeron ese día, aproveche que el tiempo urge, que si el Juez resuella ha de ser duro; no hay que perder momento.

En efecto, era necesario no dejar tiempo á aquel hombre para hacer de nuevo su trama; la orden no podia ser más vaga, como redactada de prisa y por una persona que no tenia costumbre de hacerlo. Sin embargo sentia una repugnancia estraña. Cómo, decíame á mi mismo, antes cuando creia que se trataba de este hombre, esa accion me parecia reprochable: una falsificacion, un acto injustificable, y ahora porque se trata de mi hijo, pienso en ello sin disgusto y voy hasta prestarle mi sancion; no, no, es imposible, yo no debo nunca transijir con lo que vitupero. Y desechaba la idea como una tentacion peligrosa. Luego, mi corazon me decia, era crueldad sacrificar á mi hijo, pudiendo salvarlo tan fácilmente; y multitud de encontrados afectos luchaban en mi pecho. Por momentos me parecia orgullo insensato de mi parte, perder á mi hijo tan querido, por no tener que reprocharme una mala accion, y se me figuraba que era quererme más á mí mismo, de lo que convenia á mi título de padre. ¡Cuánto deploraba la ocurrencia de aquel hombre! Sin ella yo estaria tranquilo y aquella lucha no atormentaria tan cruelmente mi espíritu.

—Sabe, señor, me dijo el sarjento de improviso, despues de largo rato de silencio, que se me figura que si yo le dijese á Dios, que habia pegado una puñalada por salvar á mi hijo, á no dudarle Dios que es tan buen padre, me diria: bien hecho, Pascual, al fin era tu sangre; pero no lo hagas mas.

Enternecido tendí los brazos á aquel hombre rústico, que me daba una leccion de amor paternal en su sencillo lenguaje, á mí que me habia creído hasta entónces tan buen padre.

—Tiene Vd. razon, dije, ese seria un rasgo sublime y Dios perdonaria al criminal por amor al padre. Seguiré el consejo de Vd. y así que venga Gifford trataremos de ponerlo en práctica. El sarjento me dió las gracias, como si se tratara de algo suyo y se puso á charlar muy contento, pensando en la cara que pondria el tuerto cuando supiese la treta.

Una vez decidido, mi espíritu se tranquilizó aplaudiéndome de mi resolución como de una gran victoria. ¿Cuál no será el gozo de la madre, pensaba, cuando sepa el riesgo de que se ha librado su hijo, me parece escuchar ya las tiernas palabras con que me recompensará de un sacrificio, que ha dejado de serlo, que ha revestido el carácter más santo. Dios vé la falta ; pero vé la intencion, y su espíritu está conmigo.

Cuando vino Jorge le dí cuenta de lo convenido y tuve la satisfacción de que me comprendiese plenamente y aprobase mi conducta.

Sin embargo, era menester que mi hijo no fuese directamente á casa de su madre, para evitar preguntas que no tendria cómo contestar sin revelar lo que debia quedar para siempre oculto, y además era prudente no se espusiese á ser tomado de nuevo.

Concertamos que Jorge le acompañaria hasta el rancho de Ño Miguel en donde permanecería oculto, hasta que yo pudiese explicar su venida á la familia.

A pesar de la mala voluntad del carcelero, Gifford consiguió sacar el preso á la caída de la noche ; pero tuve que privarme por prudencia del placer de abrazarlo antes de partir.

En toda la noche no pude dormir; el sarjento veló conmigo hasta muy tarde; pero al fin cedió á la influencia del sueño, y yo me lo pasé solo con mis pensamientos, escuchando el melancólico alerta de los centinelas, que me recordaba á cada momento el peligro á que habia escapado mi hijo, gracias á la feliz ocurrencia del sarjento y á la victoria obtenida sobre mi orgullo !

CAPITULO XXII

NO TODAS SON DESGRACIAS. AGRADABLE SORPRESA. POBRE PAS-
CUAL. SIEMPRE SE RECOGE EL FRUTO DE UNA BUENA EDUCACION.
DELICADO SENTIMIENTO. SUEÑO TRANQUILO.

Bendito sea una y mil veces nuestro padre comun, dispensador de tantos beneficios.

Ya está aquí Jorge, mi hijo se halla seguro, bajo la salvaguardia del

honrado cabrero, mi corazón está enajenado, no hallo expresiones para dar las gracias á mi joven amigo. Pero ¿qué es lo que me dice? una sorpresa? ¿qué puede ser? sin saber porqué mis ojos se humedecen, no sé lo que será; pero una voz interior me dice que no es una nueva desgracia. Poder divino! estrecho ya contra mi corazón á mi buena María, y mis dos tesoros esperan impacientes que les llegue su turno. Hijas del alma, qué hermosas me parecen, qué frescas! Y Jane? por qué no ha venido? por cuidar la casa, ah! siempre la misma; qué feliz soy!

Aquel oscuro calabozo se ha transformado para mí; los seres tan queridos que me rodean, le prestan su luz, su encanto. La felicidad no tiene templo fijo; su altar está en el corazón del que ama y es amado, y quejarse de la vida mientras se puede amar, es una torpe blasfemia.

No tengo sillas que ofrecerles; no importa: María se sienta en un pequeño banco que el carcelero me trajo ayer por gracia especial, y nuestras hijas se colocan á su lado, recostadas graciosamente en la pared como dos ángeles custodios.

Mi alegría me ha hecho olvidar al pobre sarjento, que está acurrucado en un rincón sin moverse por temor de ser importuno, mirándonos, y oyéndonos sin atreverse ni á saludar á los recién venidos. Pero en cuanto mis hijas han reparado en él se acercan y le preguntan con ese acento que sólo posee una muger, cómo se halla de su pierna. El preso enternecido responde balbuceando, y dirigiéndose á Jorge le dice:

—Estas son cosas de V. Dios se lo pague, que me ha dado sin querer un buen gustazo.

Mucho sentía no poder decir á mi buena María, que su hijo estaba tan cerca de nosotros y que ya nada teníamos que temer, contentándome con anunciarle sabía de un modo positivo que estaba bueno y que pronto le veríamos. Pero aquella madre cristiana apreció su dicha por el sufrimiento pasado, y con un torrente de lágrimas me dijo que Dios era siempre bueno con los que confiaban en él, y que ella nunca había dudado de su misericordia.

Cuando llegó el momento de hablar de Amancio, la madre y la

hijas se enternecieron recordando la desesperacion que se habia apoderado, de aquel amigo desgraciado al saber mi prision ; y su pesar aumentó cuando les dije que ni siquiera sabia en donde estaba, pues el carcelero no habia querido jamás darme ninguna noticia, y que muchas veces me habian ocurrido á ese respecto siniestros pensamientos, temiéndolo todo de la crueldad del malvado.

Jorge trató de tranquilizarnos, diciéndonos era muy probable que el Juez hubiese dado sobre él órdenes más severas ; pero que por manera alguna creia que peligrase su vida. Con ese motivo tuve ocasion de ocuparme largamente de las relevantes prendas que posee el corazon de Amancio y su espíritu ; teniendo la satisfaccion de ver que los ojos de Lia se humedecian de continuo y que su pecho ahogaba frecuentes suspiros, reprochándose sin duda alguna su pasada crueldad con el pobre secretario.

Cuánto me complacia ver la discreta reserva de mi esposa y de mis hijas ! ni una pregunta imprudente, nada que revelara en ellas una curiosidad bien justificable por cierto. Sabian que yo no creia oportuno aprovechar de aquella orden, y prontas siempre á respetar mi voluntad acatando mis derechos de padre y de esposo, sufrían resignadas sin aumentar mi amargura con frívolas quejas. Sus palabras de dulzura y de consuelo eran un bálsamo suavísimo á mis dolores y en aquella hora recogí con usura el fruto de la buena educacion que habia dado á mi familia.

Cuando llegó el momento de separarnos abracé tiernamente aquellos pedazos de mi corazon y bendije á la esposa y las hijas, con toda la efusion de mi alma, pidiéndoles no repitiesen aquella visita, por que á pesar del gran placer que me habian dado, me era penoso, muy penoso, verlas entrar á tan triste mansion, espuestas á ver y escuchar quizá lo que lastimaria profundamente la esquisita delicadeza de la madre y la casta inocencia de sus hijas.

En seguida, para no dejarlas ir afligidas y sin esperanza, díjeles esperaba poder salir pronto de la cárcel y obtener la libertad de Amancio, prometiéndoles mejores dias para el porvenir, y encomendándoles abrazasen por mí á Jane. Antes de marcharse mi mujer y mis hijas saludaron cordialmente á mi compañero, recomendán-

dole no permitiese estuviera yo desabrigado, habiendo traído al efecto una capa y dos cobertores muy gruesos, para suplir la falta de cama, que no quisieron admitir. El sargento les prometió cuidarme como á un hijo; y se marcharon en seguida acompañadas por Jorge, que debía volver al día siguiente.

Cuando nos quedamos solos, Benítez me dijo cuánto le había gustado conocer á mi familia, y que era lástima que aquellas niñas tan lindas estuviesen tristes á causa de aquel maldito Juez. Entónces no pude menos que pintarle el cuadro tan dichoso de nuestra familia, durante tanto tiempo, turbado primero por la partida de mi hijo y luego por la crueldad del Juez Robledo, á quien nunca habíamos hecho ningun daño.

Benítez escuchaba en silencio y sólo de cuando en cuando decía:
— *Demonio de tuerto, ¡ ah hombre malo !*

Llegó la noche y despues de decir mi accion de gracias, me quedé profundamente dormido, como si estuviese en mi propia cama, en aquel cuartito tan cuidado por la constante asiduidad de mis queridas hijas.

CAPITULO XXIII

LA FUGA. EL HOMBRE NO PUEDE HACER JUSTICIA POR SÍ MISMO. EL FIN NO JUSTIFICA LOS MEDIOS. MAS DESGRACIADO QUE CULPABLE!

Cuál sería mi asombro al despertar, viendo que estaba sólo, y que con mi compañero habían desaparecido mi capa, mis cobertores y hasta el atado de ropa limpia que me habían traído la víspera? No puedo asegurar cuál fué mi primer pensamiento, porque, aunque comprendia claramente que el sargento debía haberse escapado, ni veia por dónde, ni me ocurría para qué se había llevado aquella ropa, que tanta falta me hacía.

En estas reflexiones me hallaba sumido, cuando se presentó el carcelero con nuestro escaso almuerzo, y me ocurrió entónces la idea que quizá durante mi sueño habían sacado aquel infeliz para fusilar-

lo. Pero el carcelero no me dió tiempo á hacerle ninguna pregunta, porque se echó furioso sobre mí diciendo :

—¿Y el otro, dónde está el otro?

—No lo sé, respondí, tratando de sustraerme á la terrible presion de sus dos manos, ¿no ve V. que se ha llevado todas mis cosas?

—Ah! dijo golpeándose la frente, soy un bruto; esos malditos trapos tienen la culpa, y ese demonio se ha escapado por allí.

En efecto, habia en la pared una ventanita muy alta con reja; pero no comprendia cómo podia haber trepado hasta allí, ni ménos salir por entre las rejas. Díjeselo al carcelero, y mas apaciguado me respondió :

—Si es un Lucifer, se achica y se agranda como quiere, y creo que hasta sabe volar. Ya son dos; pero si cae otra vez entre mis manos, lo he de poner en lugar seguro, en donde está el secretario.

Viendo que estaba en vena de hablar le dije :

—¿Qué secretario?

—Ese flacucho, respondió, que cayó hace días, y que me ha recomendado tanto el Juez; oh lo que es ese, no se escapa. Y V. don Santulon, andese con cuidado; para mayor precaucion voy á hacer tapar la ventana; eso, eso es.

—Pero hombre, me va V. á dejar sin aire, ¿y cómo puede V. temer que me escape, con mis piernas de sesenta años?

—No le hace, no le hace.

Y me dejó solo, diciendo :

—No, que de este modo les tengo más á la mano á los dos.

Me ocurrió que quizá pensaba reunirme con Amancio, para dejar libre aquel calabozo por si acaso traian otra vez al sargento; pero las horas pasaron y á pesar de que cerraron la ventana con unos cueros, nadie vino.

Entónces fué que eché de ménos á mi compañero, siempre conversador y animado, aunque no podia decirse que estuviese alegre; pero habia en sus espresiones algo de tranquilo y resignado que se hermanaba perfectamente con mi modo de sentir.

Aquella completa oscuridad me causaba vértigos, y el aire que por momentos iba siendo más condensado, oprimia mi pecho é interrump-

pia mi respiracion. Mucho padecia, estaba resuelto á pedir al carcelero que me atase más bien ; pero que me dejase entrar un poco de aire. No puedo calcular cuánto tiempo duró este tormento, que se me figuraba eterno: la soledad sin luz es la imagen del infierno para el desgraciado.

De repente oí ruido de voces y pasos de muchas personas, mi puerta se abrió con estrépito y á pesar de que el golpe de luz que entraba por ella, cegaba mis ojos, hechos á la oscuridad por tanto rato, percibí muchos solda los armados que llevaban en el medio un hombre todo manchado de sangre y medio desnudo. Lo entraron al calabozo y sin ocuparse de mí, cerraron de nuevo la puerta en silencio. El aire fresco habia reanimado un tanto mis fuerzas; pero veia ménos que nunca. El hombre parecia arrastrarse hácia mí y un sentimiento estraño de repulsion me hizo huir de su lado.

—Perdóneme, señor, oigo que me dice una voz que aunque débil reconozco por la del sargento y al punto me acerqué á él sin temor diciéndole :

—Desgraciado, qué sangre es esa? Por algunos momentos no respondió, y escuchando su respiracion jadeante, movido á compasion, le dije: --Descanse V. nō más, luego hablaremos, y me senté á una distancia en extremo agitado, temiendo una nueva desgracia.

Poco á poco la respiracion se hizo ménos perceptible, pero más igual. Aquel infeliz se habia dormido de fatiga sin duda y yo no pude ménos que permanecer tranquilo en mi rincon, por temor de despertarlo.

Su sueño duraria una hora, y ya iba yo sintiendo la falta de aire, cuando sus palabras absorbieron toda mi atencion.

—Perdóneme, dijo con su voz de siempre, que le haya llevado la ropa ; pero de otro modo no podia enlazar la reja, ni treparme, ni salir, en una palabra.

—Está V. perdonado, contesté ; pero á qué venia el irse así ; sin consultarme, para que le suceda á V. lo que infaliblemente debia sucederle, con su grillete y con todas las demas circunstancias que acompañan á un preso escapado? Lo que V. ha conseguido es que

tapen la ventana y nos dejen sin aire ni luz, empeorando su causa con la fuga.

—Lo que es eso, no me importa, respondió, y en cuanto á V. como ha de salir pronto, no le mortifique la escasez de aire, que ha de durar poco.

—¿Y eso cómo lo sabe Vd.? le dije; pero qué sangre es esa? qué lo han herido al tomarlo?

—No, señor, esta sangre no es mia, gracias á Dios, porque me han tomado como á un chorlito; esta sangre es de un bribon que á estas horas está pataleando en los infiernos.

—Desgraciado! exclamé, qué nuevo crimen ha manchado sus manos?

—Eso de crimen no lo entiendo yo así, respondió con serenidad, que no es crimen matar una víbora ó un escuerzo, y ese maldito Juez era mucho peor que los dos juntos.

Todo lo comprendí; aquel infeliz se habia escapado para vengarse de su enemigo; pero lo que no alcanzaba era lo que sus palabras me revelaron despues.

—Pero cómo ha podido Vd. creer, hombre ciego, que tenia derecho de justicia por sí mismo? que no sabe Vd. que Dios y los hombres castigan su accion como un delito horrendo.

—Sí ya sé que me han de fusilar; tambien fusilaron á mi hijo que era manso como cordero; pero la muerte no es cosa que me asusta por ahora, ya estoy viejo, no hago falta á nadie, y gracias al sargento Benítez hay ya en San Luis un pícaro ménos y sus hijas y Vd. y muchos pobres dejarán de padecer.

—Las palabras de aquel desgraciado lastimaban mi corazon y me llenaban de espanto. Por nosotros, por nuestra felicidad se habia sacrificado, se habia lanzado de nuevo al crimen, dando muerte al tremendo Juez. La accion de Benítez tenia un doble sello de magnanimidad y horror que me espantaba.

No, yo no podia decirle una palabra de reconocimiento; aquel beneficio brutal habia costado sangre y esa sangre caia sobre la cabeza del mismo bienhechor. El silencio pesaba sobre los dos, mi espíritu estaba decaido; él continuó así:

—¿ Qué le parece? desde que supe que ese malvado era la causa de sus desgracias, ni de día, ni noche podía dejar de pensar en matarlo, y cuando me quedaba dormido oía una voz que me decía :—mátalo Pascual! mátalo, Pascual! que al fin para vos no es sinó otra muerte y para esa familia de *santos* es una felicidad grandè. Así fué que cuando me escapé esta mañana tempranito, Vd. estaba muy dormido, y yo dije al irme : por mí podrá dormir así siempre en su casa, con las niñas y la señora, que cuando me fusilen rezarán un padre nuestro por *Palma* del sargento Benítez.

Lágrimas corrian de mis ojos-al escuchar aquel infeliz, víctima de sus malos instintos en lucha con la generosidad de su corazon. El horror de su conducta se confundia con la pureza de su intencion, y desde el fondo de mi alma, pedia al Dios de bondad hiciese penetrar un rayo de luz en aquel corazon. No quise por más tiempo afligir al amigo tan desacertado, que el cielo habia puesto en mi camino, y con voz grave le dije :

—Hijo mio, un esceso de sensibilidad ha arrastrado á Vd. á cometer un crimen odioso. La falta de educacion moral ha hecho á Vd. creer que el hombre podia hacer lo que es sólo atribucion divina. No, amigo mio, y este título que doy á Vd. nuevamente, no es en manera alguna para recompensar un servicio que causa más dolor á mi corazon, que todos los tormentos que hubiera podido hacerme sufrir la crueldad de su víctima, sinó para abrir su corazon al arrepentimiento, porque Dios ha dicho: amaos unos á otros y no hagais á aquel lo que no quieras que hagan contigo. El sargento respondió tristemente :

—Siento mucho que vd. esté tan triste y tan enojado conmigo; bien me parecia á mí que vd. se iba á asustar; pero algun dia me lo ha de agradecer, no importa.

—No se equivoque vd. Pascual, respondí, agradezco la pureza de su intencion, pero rechazo la accion como criminal y odiosa á los ojos de Dios, que es todo amor.

—Sí, señor, vd. es mucho más bueno que yo y puede decir esas cosas; pero le aseguro que lo que Dios manda, pocos lo obedecen; á mí desde que nací, puedo decir, que la gente no ha hecho más

que perseguirme, y bien me acuerdo que mi madre decia : Pascual es buen muchacho y ha de ser honrado. Pero *de aonde*, si el capataz es el primer pícaro con quien dí, y de él en seguida, pícaros y más pícaros, hasta dar con el pobre Juancho. Qué, señor, Dios será muy bueno ; pero sus hijitos, quite allá !

—No, te engañas, hijo mio ; Dios es la misma bondad, y los hombres no son ni buenos como él, ni tan malos como tú lo piensas. Pero son orgullosos, violentos y siguen siempre sus malos instintos. Tú hiciste mal en enfurecerte contra el capataz, aunque él te insultase, porque la cólera es mala consejera, y desde entónces el espíritu del Señor se apartó de tí, y tu alma fué acostumbrándose al odio, hasta que volviste á matar, y de entónces aquí has ido de mal en peor. Pero Dios perdona al que se arrepiente, y tiende sus brazos al que le pide perdon, porque él todo lo ve, todo lo adivina y lee en el fondo de nuestros corazones. Arrepíentete, hijo mio, odia tu crímen y al salir de esta vida tan desgraciada para tí, entrarás en el cielo, en donde todos son buenos y se aman y en donde Dios, eternamente presente, alegra con su presencia el corazon de los justos.

—Yo no sabia todo eso, dijo Pascual con aire pensativo ; entónces en el cielo estará mi hijo, pobrecito, y mi mujer tan buena ; francamente, señor, yo quisiera arrepentirme de haber muerto á ese bribon ; pero si se me figura que he hecho tan bien ; ya se ve . . . la costumbre ! Usted que sabe tantas cosas lindas del cielo, dice eso, así será y haré fuerza.

—Bien, hijo mio, le respondí enternecido, odia tu pecado y el Señor te abrirá las puertas del cielo.

Y yo me decia interiormente : este hombre sin educacion, sin la menor idea de religion, ; qué habria sido con un alma tan generosa ! Y sin querer pensaba en esta inmensa pampa en donde la mayor parte de sus hijos viven y mueren sin haber escuchado una sola vez una voz amiga que les hable de caridad, de amor, de justicia, y comprendia cuán desgraciados son, y mi pensamiento se fijaba en aquéllos que por su talento ó su fortuna han llegado á los primeros puestos, en estos vastos paises, partiendo de mi corazon una voz que clamaba :

¡Lejisladores, jóvenes amantes del progreso, no os encerreis en el pequeño recinto de vuestros cuidados, no os envolvais en la túnica de vuestras mesquinas preocupaciones! volved los ojos á la pampa, ved esos millares de gauchos salvajes, semejantes en sus costumbres, en sus ideas, en su ignorancia, á los indios del desierto; son vuestros enemigos naturales, que siempre la fuerza bruta es el contrapeso de la idea, del pensamiento. Pero pensad que más hace la enseñanza, la difusión de la luz que trae consigo el refinamiento de las costumbres y ablanda los corazones, que lo que conseguireis jamás con el brillo de vuestras bayonetas y el estruendo de vuestros cañones. Más se alcanza con un poco de amor, que con mucho odio: sublime verdad! y aquí amor quiere decir *enseñanza, luz, verdad*. Acusais en vuestra vanidosa ignorancia al gaucho de cruel y sanguinario; acaso os creéis vosotros de otra raza, de otra especie; olvidais lo que es ese gaucho, á quien medís con la vara de vuestra justicia, igual para uno de vuestros hijos, que para uno de esos desgraciados, que jamás oyó pronunciar esa palabra justicia, sinó con el terror que á ellos les inspira la fuerza, porque para un gaucho la *justicia* es el alcalde, el Juez de Paz, en una palabra, hombres que representan la violación de esa misma justicia. ¿Qué sabe un gaucho de sus deberes de ciudadano? ¿Quién se los ha enseñado jamás? ¿Cómo podeis exigir el cumplimiento de lo que ignora? ¿Qué sabe él de propiedad, cuando todo el campo es suyo y se ve libre como el águila que remonta su vuelo á las nubes, cuando da rienda á su potro? ¿Quién le habló jamás de un Dios padre de todos y bueno para todos? ¿Será el cura á menudo ignorante de la capilla que dista veinte leguas de su rancho, que dice una misa cada domingo en un idioma que él no entiende? ¿Porqué los sacerdotes ilustrados no van á la campaña? ¿por qué el gobierno no obliga á estos apóstoles de la palabra divina á ir por un tiempo fijo, á difundir la luz entre esos desgraciados? ¿por qué no poneis escuelas en todas partes, con profesores morales y bien pagados, que enseñen al hijo del gaucho la obligación del cristiano, para que pueda comprender en seguida el deber y el derecho del ciudadano? ¿Por qué? no por falta de verdadero patriotismo, no por ceguera: porque en vosotros no hay sinó odio;

porque vivis en el pasado, y ese pasado de desgracias ; ay! nada os enseña. Ved que vosotros mismos criais en vuestro seno la hydra de la discordia. ; Cesen las luchas de palabras, basta de sangre vertida por afejas preocupaciones sin sentido ya, y que desde las orillas del Plata hasta el pié de las Cordilleras se unan los Argentinos y formen una vasta cadena que encierre á todos sus hijos sedientos de luz y de paz. No acuseis injustamente á una raza inteligente y dócil; recordad lo que fueron en siglos pasados esos mismos pueblos de la raza sajona que son hoy el asombro de las naciones; ellos han pasado por las mismas crisis que vosotros, la misma anarquía ha hecho temblar desde sus cimientos el edificio social en que hoy reposan esas instituciones.

El secreto de su grandeza está en su educación. Educad al pueblo, fortificad en él los sentimientos morales, y sólo por ese medio sereis *grandes, respetados y felices*.

CAPÍTULO XXIV

POBRE PASCUAL! SUS ÚLTIMAS PALABRAS. SALIDA DE LA CÁRCEL.
LA ORACION.

Cuando Gifford entró en el calabozo ya todo lo sabia, y en pocas palabras me contó que la noticia se habia difundido muy pronto por el pueblo, y que la casa del gobernador estaba llena de gente, que acudia á pedir libertad para sus deudos encarcelados con más ó ménos justicia; agregando luego en voz baja que el gobernador habia dado orden de abrir las puertas á todos los detenidos, con escepcion del asesino del Juez, que debia ser ejecutado al dia siguiente para escarmiento.

A pesar de que antes no pude nunca hacerme ilusiones sobre la suerte que le esperaba al desgraciado sarjento; sin embargo, atormentaba mi corazon la idea, que aquel infeliz iba á ser ejecutado tan pronto y sin estar su espíritu suficientemente preparado. Era necesario anunciárselo, confortarlo; ; terrible momento.

Giffor queria sacarme de allí cuanto antes, y yo no podia des-

prenderme del lado de aquel hombre. Amancio no tardó luego en venir á reunírseos, dándome mucha pena, verle flaco y debilitado por la prision.

El sarjento que ignoraba aún su sentencia díjonos al vernos juntos :

—Si me matan mañana, moriré contento, que la muerte no me mete miedo, y al fin todos vds. serán felices.

Poco despues vinieron á llevarle á otro calabozo, anunciándole al mismo tiempo su sentencia.

En seguida el carcelero con mucha cortesia nos dijo que estábamos todos libres y podíamos salir cuando gustásemos.

El sentenciado antes de marcharse, se acercó á mí, me besó la mano y me dijo :

—Gracias á V., creo que veré á mi muger y mi hijo. Adios, no se olvide.

Yo que comprendia el sentido de sus palabras, contesté :

—Dios te asistirá, hijo mio ; recuerda mis consejos ; hasta la vista.

—*Hasta la eternidad*, respondió y con paso ligero salió del calabozo.

No tengo palabras para esplicar lo que pasó por mí en ese momento ; ansioso de abrazar á mi familia, dejé aquella triste mansion con el corazon traspasado, pareciéndome que la cárcel me causaba más horror al salir que al entrar.

Amancio y Jorge me dejaron en brazos de mi familia reunida ; y ellos se fueron á dar algunos pasos para ver de obtener la conmutacion de la pena para el pobre sarjento.

Esa noche despues de tanto tiempo volví á ver aquel tierno grupo arrodillado delante de la imágen de la Vírgen del Rosario, dar gracias por el nuevo favor y tantos otros dispensados, concluyendo la oracion con estas palabras de mi esposa :

Dios tenga piedad del culpable y le conceda el perdon.

—Amen ! respondimos todos.

Los votos del infeliz sarjento estaban cumplidos !

CAPITULO XXV

LA JUSTICIA. VUELVEN LOS DIAS SERENOS. LA MADRE. AMANCIO.
D. URBANO.

Todo ha sido en vano: hace ocho días que la sentencia ha sido ejecutada, el culpable y su víctima han comparecido ya ante el supremo Juez; la justicia humana está satisfecha

Mi casa ha estado de duelo, y á pesar que todos ignoran el generoso móvil que arrastró al pobre Pascual, como se habian acostumbrado á mirarle como á un amigo, han sentido mucho su muerte. Además de eso, mi salud se ha resentido de las grandes agitaciones que ha sufrido mi espíritu en estos últimos tiempos: he tenido fiebre y por vez primera, hoy que el tiempo está tan hermoso, dejo la cama y de mi sillón contemplo con delicia el bello paisaje que se estiende ante mis ojos.

El tiempo está muy caloroso, como que estamos ya á principios de Enero; el sol en toda su fuerza baña con su luz vivificante los campos sembrados de espigas que hace relucir como si fueran de oro. Por un lado el trigo con su color dorado y por otro el verde de los árboles cubiertos de hojas lustrosas y frutas de variados colores, hacen el más bonito contraste: esa luz tan viva, ese sol que durante el ardor de la canícula fuera siempre para mí tan molesto en otro tiempo, ahora me hace bien. Estoy ya viejo, siento necesidad de calor y de luz, mi espíritu se rehace ante la naturaleza en su más lujosa manifestacion.

Me siento confortado. Olvido la pasada tristeza y hago ya dulces planes para el porvenir. Mi hijo está con nosotros, su madre no ha necesitado saber sinó que está á su lado y no se irá ya. Con esa delicada intuicion de la muger y sobre todo de la madre, ha adivinado que su hijo guarda un secreto doloroso para su corazón y no le pregunta *de dónde viene*, porque sabe *que ya no se vá*.

Pronto vamos á cosechar el trigo, y veo con gran satisfaccion que Juan se interesa por la cosecha, que será espléndida este año, y

pregunta á tio Pedro lo que ignora, y se afama por ayudarle en sus reparativos, con gran placer de éste.

Oh! si puedo conseguir que tome gusto á la agricultura, estaré muy satisfecho y no temeré ya por su porvenir, que gracias á Dios no le faltará tierra que cultivar ni antes, ni despues de mi muerte.

Amancio fué llamado por el Gobernador y su Ministro, para pedirle se encargara en los primeros momentos de los asuntos del Juzgado, que nadie conoce como él, y ayer he tenido la satisfaccion de saber por él mismo, que esos señores tenian mucho interés en nombrarlo Juez en propiedad.

Amancio es una de esas naturalezas que reunen en sí dos fuerzas contradictorias; mucho fuego y un estraordinario brio de aspiraciones; pero al mismo tiempo una desconfianza tenaz en constante pugna con esas aspiraciones. Así que antes de dar una respuesta sobre un asunto tan importante, vino á consultarme, dándome cuenta de sus escrúpulos. Él no es Doctor, y sólo tiene unos pocos conocimientos prácticos unidos á una concienzuda lectura de algunos buenos autores de derecho civil y criminal; y aunque en San Luis no hay ningun jurisconsulto, ni nadie que tenga en la materia conocimientos superiores á los suyos, no le parecia delicado admitir un cargo tan grave, sin sentirse con la fuerza neceçaria para desempeñarlo. Sin embargo, he conseguido hacerle variar de propósito, dándole las siguientes razones:—En primer lugar, si no es él será cualquier otro, inferior á él en todos conceptos, que hará mayores males por ignorancia; sin que podamos contar con las mismas garantías de honradez y rectitud de juicio; en seguida, él mejor que nadie sabe que aquí las cuestiones más delicadas se resuelven siempre por el fallo único del Juez; y en ese caso todo debe esperarse de la nobleza de sus sentimientos y del santó horror por la arbitrariedad tan justamente contraido cerca del Juez Robledo. En cuanto al grado de Doctor, eso es poca cosa, el Gobernador lo habilita y en este caso á no dudarlo, no hay en ello nada de impropio, pues ciencia no le falta y sobre todo posee dos grandes ventajas: la desconfianza, que siempre le hará estudiar mejor las cuestiones, y un

corazon sensible que lo inclinará infaliblemente á la clemencia, tan indispensable en un Juez.

Mis consejos son siempre para él de gran fuerza; ha salido muy contento, decidido á admitir un cargo que le abre un gran porvenir, y al cual bien que dotado de una inteligencia superior, sólo un golpe de la fortuna ha podido elevarle tan de improviso; insistiendo con él para que se persuada que nada importa el tamaño del teatro en que estamos llamados á representar nuestro papel, debiendo sólo preocuparnos de hacerlo con la mayor perfeccion posible, sin dar importancia al mayor ó menor grado de cultura de aquellos que han de juzgar nuestros actos. Porque el hombre dá lustre al empleo, por subalterno que sea, con sus virtudes y contraccion; mientras que no hay puesto por encumbrado que nos parezca, que pueda hacer olvidar los defectos y vicios de aquel que lo desempeña sin la altura ni la inteligencia suficientes.

Poco á poco han ido volviendo las cosas á su antiguo quicio; D. Urbano, á quien por tantos dias habia olvidado, no ha dejado de visitar mi casa en todo este tiempo. Con una franqueza que le honra, me ha confesado que ha tenido un fuerte motivo para no visitarme en mi prision. Es muy justo, tenia miedo, me lo ha dicho sin rodeos; es uno de esos hombres que tienen un respeto ciego á la autoridad, es de aquellos que aprueban todos los actos del Gobierno, porque el Gobierno *gobierna*, y porque creen que el primer deber del ciudadano es hacer el menor ruido posible con su persona, y dejar que los que mandan brillen á su antojo y guisa, sin que *un simple particular* les haga sombra. Pobre D. Urbano! no es posible ser menos perjudicial que él! ¿por eso se le ha de llamar *egoista, mal amigo, ni servil?* Acaso todos los hombres han nacido para la oposicion? Qué seria entónces de los gobiernos? porqué tacharle de mal amigo? por que es tímido? luego el mejor amigo es el más valiente, el más arrojado, como quien diria un Fierabras? Dejemos á los hombres en su lugar, como están en el reino animal y vegetal los pólipos y los hongos, que sin eso trastornaríamos la armonia de la naturaleza. Disculpemos mucho en los amigos porque nosotros mismos estamos muy léjos de ser perfectos, que el Apóstol dijo:

Los hombres no podrán disculparse unos á otros sino á fuerza de amor porque son imperfectos. Así pues, D. Urbano es para mí el mismo, y lo recibo hoy como ayer, con la misma cordialidad.

Jorge se prepara para su escursión á la Carolina; decidamente D. Urbano va con él, y lo que es aun mejor D. Mauricio, que desde su visita tan franca y original se ha hecho su amigo en toda la estension de la palabra y le ha prometido tomar parte en la explotacion de los terrenos, poniendo desde ahora á su disposicion la suma redonda de cinco mil pesos fuertes. Su partida dejará un gran vacío, como que ya Aguedita dice que le va á estrañar muchísimo, y que es lástima, porque se va á atrasar en su lectura, y más que todo en la formacion de esas letras tan lindas que ya hace sin que le lleven la mano.

En vano las meñizas le aseguran que ellas podrán seguirle enseñando. Aguedita hace pucheros siempre que se nombra el terrible Lúnes, día fijado para la partida.

CAPIULO XXVI

LA VOZ DE UN ÁNGEL.

Ayer mañana ántes de almorzar estaban mis hijas sentadas debajo de la parra cosiendo ambas muy afanadas, y yo miéntras tío Pedro ensillaba mi caballo, concluia un capítulo de la historia de Macaulay. Aguedita debia estar allí cerca de ellas como está siempre, con su cartilla en las manos, estudiando su leccion, porque en momentos que cerraba mi libro poniéndole una señal que me ocupaba de hacer con una tira de papel, oí á Lia decir:

—¿Qué tienes, Aguedita, que estás tan callada?

—Es que estoy triste, contestó la niña.

—Triste, díjole Sara, ¿por qué?

—Porque anoche soñé con el cielo, y cuando me desperté, ya no lo veia, y como era un sueño tan lindo, así que me acuerdo me vienen ganas de llorar.

Y al decir estas palabras soltó el llanto.

—Pobrecita, no llores, exclamaron á un tiempo las dos hermanas besándola y disputándose el placer de consolarla.

—Ven que yo te cargaré, ven conmigo.

Y la curiosa Lia agregaba :

—Cuéntanos tu sueño; mira no llores más, que sinó, no te daré pan y manteca.

—Aguedita medio llorosa empezó á contar su sueño, y yo interesado, dejé mi baston á un lado, volví á sentarme y escuché.

—Soñé que veía una luz muy grande que se iba agrandando cada vez más hasta que se puso tan grande, que era como si me estuviese mirando al sol mucho rato, como ese pájaro de patas largas, que trajo el otro día D. Juan. Despues ví muy clarito, aunque estaba lejísimos, una porcion de angelitos rubiecos y con alitas, como esos que tiene por todos lados la Vírgen del Rosario de la Señora, igualitos. Y me parecia que los angelitos me alzaban y me llevaban despacito sin hacerme daño, alto, muy alto. Cuando llegamos, ese era el cielo, habia niñas bonitas que tocaban el arpa como Vds; pero no habia viejos ciegos como Ño Miguel, ni perro ladrador como chocolate. Y habia tambien muchas flores que daban un olor, que era un gusto.

En el cielo encontré otros conocidos; estaba mi querido maestro, y cuando me vió me dijo :

--Aguedita, no llores, porque me voy, que cuando vuelva, traeré muchas cosas lindas para tí y para mi muger.

Yo como no sabia que él fuese casado, le pregunté :

—¿Cuál muger?

Y me contestó :

—Esta.

Y me mostró en seguida una niña *tan linda, tan linda*, que estaba tan contenta, que yo no la he visto semejante; ah, yo me olvidé entonces de todo por ver esa niña que me miraba con sus ojos tan suaves y me decia como cantando :

—Pobre Aguedita ! pobre Aguedita !

Y cuando acordé, todo se fué poniendo oscuro, oscuro, y me desperté en mi cama sin cielo y sin nada ; por eso lloro.

Y la huerfanita tornó á llorar de nuevo. Aquel sueño tan inocente, imagen de los tiernos pensamientos de la pobre niña, conmovió mi corazón hasta el fondo, pareciéndome ver en su visión, una profética luz que había de ser benéfica para sus bienhechores.

—¿Quién sería esa hermosa joven? dijo Lia preocupada.

—No sé, respondió Aguedita.

—¿Pero á quién se parecía? ¿Se parecía á Aunt Jane?

—Ah! qué ocurrencia!

Y la chicuela se echó á reír como una loca.

—¿Entonces se parecía á Benita? á Casimira?

—No, no, decía riendo la locuela, no se parecía á nadie que yo conozca; pero si la llego á ver, no se me despinta.

Viendo que eran ya cerca de las ocho, salí de mi cuarto y puse fin á la conversacion, abrazando á mis hijas ántes de montar á callo.

Estoy seguro de que las preguntas de Lia siguieron; pero Sara no debió decir palabra, porque su corazón por fuerza le decía: eres tú, eres tú, no lo dudes.

CAPITULO XXVII

EL CIELO SE SIRVE PARA LAS GRANDES COSAS, DE LOS PEQUEÑOS MEDIOS.

Está lloviendo á cántaros, como llueve aquí en los meses de verano, con ese lujo de truenos y relámpagos que causa tanto miedo á María, á pesar de sus cincuenta años, y hace que la Virgen tenga, mientras dura la tormenta, su par de velas encendidas, que ella despavila con respetuosa solicitud á cada momento.

Algunas veces he visto burlarse á personas superiores, de esto como de una supersticion y tacharla de falta de rectitud de creencia, como quien dice, de ignorancia. Yo, sin ser partidario de las ofrendas, por razones diversas que no es del caso decir, hallo esa inocente práctica más provechosa de lo que parece.

El hombre, y sobre todo la muger, tienen necesidad de creer, como tienen necesidad de respirar para vivir. Quitad á un hombre

por ricamente dotado que esté, todas sus creencias y vereis su inteligencia decaer como un árbol sin sabia, y poco á poco el vacío y el odio de sí mismo le harán tomar horror á la vida, y á cuanto le rodea. La muger, formada para amar, tiene aún mayor necesidad de creer en un Dios bueno, justo, que vé sus lágrimas, que oye sus súplicas, que estima sus ofrendas por el espíritu y no por la cosa, como el amante estima y acaricia la flor marchita que viene de la que ama, más que riquísima joya de una persona indiferente. Ellas, pobres desterradas, ofrecen esos modestos dones, como la constante aspiracion de sus almas, hácia ese infinito á cuyo fin tienden todas las aspiraciones humanas. El sabio por medio de su ciencia, la muger por sus ofrendas, sus plegarias, su fé; la flor por su perfume, y la naturaleza toda, por sus millones de voces, entonan el himno de amor que une el creador á sus criaturas y confunde todos los seres con su esencia.

La lluvia no puede venir mejor, las plantas tenían harta necesidad de agua y absorbían sedientas el escaso riego, que tan artificialmente les procuramos aquí. No puedo explicar el gusto con que veo llover, cada gota de agua la estimo como un beneficio inapreciable; para comprender esto es necesario tener árboles, plantas, sembrados, y quererlos como yo los quiero, no sólo por el provecho que de ellos saco, sinó por sí mismos, por su belleza, por su color y por el bien que procuran á mi corazón.

Estamos todos reunidos en la sala, Jorge va á dar su penúltima lección á la huerfanita; pero ha olvidado su cortaplumas y no halla con qué arreglarle el lápiz. Aguedita se ofrece á ir á buscarla á su cuarto, y como no hay más que atravesar un pedacito de patio, se va corriendo, sin esperar respuesta.

Pero qué es esto? aquí viene ya la discípula gritando desde lejos:

—Niñas, niñas, es ésta, es ésta, la he hallado en la cartera; y llega con un papel en las manos, con rostro alborozado tan encendido como el de Jorge, que quiere arrebatárle el papel diciéndole:

— *Trae acá, trae acá, niña.*

Pero ella no suelta, y corre á refugiarse entre mis piernas, gritando:
es su muger, su muger.

Adivinando yo á medias lo que pasa, por la turbacion de Jorge, pido el papel á Aguedita y no me cuesta poco que me lo dé, diciéndome afligida:

—No lo rompa, señor, que es ésta.

A primera vista reconozco un admirable retrato de Sara. No es posible equivocarla con su hermana, Lia no podrá jamás tomar esa espresion melancólica y tierna que toma Sara, cuando fija los ojos en el cielo y canta esas baladas de nuestras montañas, tan sencillas y tristes que parecen hechas por su voz velada y suave, como el gorjeo del ruiseñor; conviene mejor á la graciosa y risueña Lia de voz cristalina, inconstante y legera como sus alados compañeros.

Jorge está en espinas, Lia se muere de curiosidad, la muy coqueta! Sara encuentra la mirada de Jorge y sus ojos se llenan de lágrimas, que en vano quiere contener.

Pobres amantes, ó mejor dicho, ¡ felices amantes, nadie se opone á su felicidad, se aman y el cielo les ofrece su más completa dicha!

Lia no puede resistir y se acerca á mí diciéndome:

—A verlo, Papá, á verlo.

—No sé si Jorge permitira, contesto riendo.

—Sí, á verlo, á verlo, grita Aguedita, alzándose sobre la punta de los piés, porque tengo el papel muy alto y estoy de pié.

Jorge no responde, busca afanado algo en un libro, busca, qué ha de buscar sinó un medio para ocultar su turbacion; y la pobre Sara no se anima á levantarse, sin duda por temor de que la vean llorando sin motivo. Dulces lágrimas, ¡ pueda no verter en adelante otras más amargas, este es el voto de su Padre!

—Ya lo verán, ya lo verán, dijo á las curiosas; pero ántes es necesario consultes á tu hermana, ya que Jorge no responde, si podeis verlo.

Lia se vuelve á Sara, y al ver sus lágrimas, la rodea con sus brazos y esclama sin poder contenerse:

—Qué mala eres, porqué no me hablas?... y la cubre de besos.

Estaba enternecido, no hay como las mugeres para esas cosas; la

celosa olvida ya sus imaginarios celos y desea confidencias. Para ella Sara ha tomado ya ese carácter sagrado que reviste para las jóvenes sensibles una de sus compañeras, cuando ama y saben amada que es, ansiando por aspirar el perfume embriagador de un corazón apasionado, hasta que le llegue su turno: es la gran tentación de la juventud femenina.

Las mellizas se han levantado tomadas la una del brazo de la otra, Lia se lleva á Sara, para protegerla de nuestras miradas profanas: ella sola tiene derecho á sus confidencias sagradas, y las conversaciones van á volverse interminables.

La pobre Águeda es la que no ha quedado satisfecha y me mira con ojos tristes, sin atreverse ya sin su aliada á insistir. Pero yo le digo:—toma, hija mia, el papel de este lado, no lo mires, así por el revés, llévaselo á tu maestro y dile que le concedo permiso para que él te lo muestre. Jorge al escucharme vino á echarse en mis brazos, diciéndome:

—Ah! Señor, es Vd. muy generoso!

Y la chicuela entre tanto, sin atreverse á dar vuelta el papel hasta que Jorge se lo permite diciéndole:

—Míralo hijita, que á tí debo mi felicidad.

Águeda no bien ve el retrato, exclama:

—Es Sarita! es Sarita! si es el que siempre estaba haciendo en su cuarto, por eso conocia yo esos ojos; mire señora qué parecida; y lo enseña á Jane, que durante toda la escena no habia dejado su calceta.

—Sí, hija mia, respondió Jane, es muy hermosa, así fué Jane Wilson un dia, cumpla el hijo lo que no cumplió el padre, y al decir estas palabras, dejó la habitacion.

Jorge entónces me abrió su corazón, me contó todas sus vacilaciones, sus temores de estar enamorado de las dos hermanas á un tiempo, y concluyó diciéndome que si le concedia la mano de Sara, seria el más feliz de los hombres; prometiéndome para decidirme, fijarse cerca de nosotros y no abandonarnos jamás.

—No, amigo mio, respondí, alarmándole sin querer, con aquella negativa, no necesita Vd. prometerme eso, para conseguir lo que

desea ; Vds. se aman y ya es bastante ; llévela Vd. consigo léjos de nosotros, déjela al lado de su madre, siempre fiaré en Vd. como en un hijo. Sean Vds. felices, yo no me opongo, al contrario, no quiero ocultar por una falsa modestia, que se han cumplido mis más ardientes deseos.

Jorge enternecido me besaba las manos en su efusion reconocida, cuando mi esposa entró y viéndonos conmovidos, preguntó :

—James, ¿qué nueva desgracia hay, que están llorando los dos ?

-- Es de alegría, amiga mia, contesté, Jorge ama á Sara, se aman, y lloro al pensar cuán felices van á ser

—; Alabado sea el Señor y su divina madre, dijo mi esposa, qué felicidad ! Y abrazó á su nuevo hijo.

Cuando llegó el momento de comer, las niñas tardaron como no acostumbraban ; pero en un dia tan solemne, era necesario disculpa.

Á pesar del rubor de Sara, y su negativa, Lia cedió su asiento á Jorge, diciendo :

—Es justo que ya que le quieres más que á mí ; ingrata ! tome mi puesto á tu lado, que yo me voy con Aguedita, para que *me sueñe un novio*.

Ya se puede suponer que aunque ese dia las fuentes se levantaron casi intactas, no fué por falta de ese contentamiento íntimo, que si aleja el apetito, hace tanto bien al corazon.

Juan felicita á los novios, tio Pedro abre tamaños ojos y un momento despues tenemos aquí á Ña Marica, que viene toda reman-gada, con su cucharon en la mano, llorando porque Pedro lo ha sabido primero que ella. Pero Jorge la calma, llamándole madre como las niñas, y todos lloran y la mesa es una confusion.

Despues de la comida nos encontramos con una tarde hermosísima, la lluvia ha cesado, el cielo está despejado y las nubes unas tras otras, van de prisa á perderse en el horizonte. Hacia el naciente los rayos del sol, que se oculta, reflejan el color del iris y poco á poco una faja ancha, que se repite en dos ó tres partes, cubre de arcos de colores vivísimos, la bóveda celeste.

Hasta la más humilde matita verde, ostenta sus gotas de agua, que brillan como diamantes, y reflejan el iris ; el aire fresco orea el

piso, y multitud de pájaros, sorprendidos léjos del nido por la tormenta, vuelven afanados a sus árboles favoritos.

Los amantes se juntan para decirse esas palabras, idénticas en todos los idiomas, y aunque el piso no está del todo seco, se internan en el jardín.

Lia no sabe qué hacerse, estraña á su hermana y se pone triste. Pobre paloma mia!

Ya está aquí á mi lado, en compañía de Aguedita, y yo, con gran satisfaccion de ámbas, les cuento, para distraerlas, una historia que hallan muy de su gusto y cautiva enteramente su atencion.

CAPITULO XXVIII

. ¡¡ FELICIDAD !!

¿Quién piensa ya en negocios? La felicidad es primero que todo! Jorge dice que siempre tendrá tiempo de esplotar sus terrenos. Quiere casarse dentro de ocho dias y yo apruebo en todo sus ideas.

El amor no tiene espera, es impaciente y á fé que bien vale la pena de sacrificarle cuando ménos, una parte de nuestras futuras ganancias. No faltará quien sea de la opinion contraria, que en el mundo hay gente para todo; pero gracias á Dios, lo que importa es que aquí estemos todos de acuerdo. La casa está en revolucion. El novio cuenta con poco; pero en cambio es jóven, tiene aficion al trabajo y una honradez á toda prueba.

No es necesario que los novios salgan de casa. Juan les ha cedido su cuarto, que es grande y bien ventilado, con una hermosa ventana que da sobre la quinta, cubierta de mutiflora, más lujosa este año que nunca.

Jamás hubiera imaginado que Jane desplegase una actividad semejante. En compañía de Lia, que la segunda con admirable maestría, se ocupan nada ménos que en adornar la cama de los novios. Yo doy de continuo mis vistas por el cuarto y hallo las más veces á Lia, trepada sobre una escalera, cubierta de piés á cabeza con los enormes pliegues de muselina blanca, que van ya tomando graciosa

forma de colgadura. Golpes aquí, martillazos acullá y ya la obra toca á su fin: Ña Marica barre hoy el cuarto, por quinta vez, y por fin, se estiende una estera de la India, que recibí hace poco de Mendoza y que los novios van á estrenar.

La felicidad es muy barata en San Luis, aquí hay pocas necesidades y nadie se pre ocupa de lo que gasta, porque no tiene con quien hacer comparaciones.

Jorge está encantado de su nido; pero Sara se guarda bien de pasar ni siquiera por delante de la puerta del santuario. Oh castidad! En vano Lia le consulta, le ruega, ella todo lo aprueba, con tal de no atravesar aquel terrible umbral.

María está muy preocupada, bien quisiera dar á nuestra hija, al mismo tiempo que sus mejores cositas, que ha dividido en dos lotes, para cuando á Lia le toque su turno, aquella imágen de la Vírgen su Patrona; pero como no es sinó una, no sabe cómo hacer, para no defraudar á una hermana en provecho de la otra.

Y me tienen Vds. corriendo todo San Luis, sin poder encontrar lo que busco; hasta que por fin, gracias al respetable cura párroco, hallo en la sacristía, toda llena de tierra y en un estado deplorable, la mismísima estampa, con sus ángeles, su cielo azul y su enorme serpiente. ¡Qué alegría! no sé cómo espresar mi agradecimiento á aquel buen señor, y corro con mi adquisicion á sacar de apuros á mi pobre mujer. El cuadro está muy sucio, el vidrio medio quebrado; pero yo hallo remedio á todo.

Ya pongo manos á la obra: lavo la estampa con sumo cuidado, cambio el vidrio, y una vez raspado el dorado del marco, le doy una mano de pintura negra, que lo deja muy presentable. María llora de alegría y despues de besar con respetuosa admiracion los piés de la divina señora, va á colocar el cuadro á la cabecera del lecho de su hija.

Pobre María! No es artista, es sólo creyente. Santa simplicidad!

Llegó por fin el deseado dia. El casamiento tendrá lugar en la Iglesia y asistirán á él, tan sólo los de la familia, con escepcion de Amancio y el Sr. D. Mauricio, á quien Jorge ha invitado en recono-

cimiento á los finos servicios que este Señor le ha prestado. Ya estamos en marcha; Jorge dá el brazo á María, Sara viene conmigo, Amancio acompaña á Lia, D. Mauricio y Jane cierran la marcha.

Durante el camino he hablado á mi hija amada de su madre, recordando la inalterable bondad de su corazón, y su acrisolada virtud, jamás desmentida en los veinte y cinco años de nuestro matrimonio, Sara escucha enternecida, y yo confío en su buen natural, en la educación que le he dado y sobre todo en el constante ejemplo.

Jorge es católico, á pedido de mi esposa, ambos amantes reciben la comunión durante la misa, que se celebra para cumplir el augustísimo sacramento en toda su grandeza y solemnidad. El sí que les une para siempre, arranca dulces lágrimas á mi corazón, y un momento después estrecho entre mis brazos á un nuevo hijo.

La vuelta á casa ha sido más ruidosa. Ya se nos ha reunido D. Urbano, que pone cierta cara de disgusto al ver al Sr. Juez muy ufauo, dar su brazo á la risueña Lia, que escucha encantada su conversación animada y admira con pueril satisfacción el elegante frac negro, que dibuja graciosamente el delgado talle de Amancio. Se me figura que este viaje, hemos de repetirlo muy pronto. ¡Sea cuanto antes! mi aprobación y mi bolsillo están á la disposición de ámbos; que se casen; no hay nada que me guste tanto, como ver dos jóvenes amantes, realizar el voto de sus corazones.

La casa está llena de gente que entra y sale. Hasta el más pobre de mis enfermos manda algún modesto presente á la novia. Aguedita de vestido nuevo, encantada va y viene con los regalos; tan pronto aparece con un pollito de grano, como con una docena de huevos ó de duraznitos, y sobre todo con flores, flores en abundancia.

Sara á todos sonríe, da las gracias á los chicuelos y les despide con una palabra cariñosa; pero Lia no deja salir á nadie, convida á todos los muchachos y los chicuelos aceptan encantados. No sé dónde cabrá tanta gente; aquí está ya Doña Fulgencia con Benita y Casimira, vestidas con un lujo de colores que pasa los límites de lo permitido, y más ufanas que nunca; sobre todo Benita, que comprende la importancia de su nueva posición. Don Urbano así

que entran, dedica su atencion á la hermana del Sr. Juez, y ella en prueba de agradecimiento le enseña su boca desportillada.

Ño Miguel no es de los últimos, que bien temprano entregó en la cocina uno de sus cabritos en el mejor estado posible, y pronto ya para ponerse en el asador.

La mesa está colocada en el patio, debajo de la parra; no sé cómo hará tio Juan para servir á tanto convidado. Pero qué, si Ña María tiene ya todo pronto en su cocina, y su comadre Justa hará sus veces miéntras ella, más lavada que una plata, despliega una asombrosa actividad. Todos caben apretados; María preside la mesa, los novios están juntos, y cada cual se sienta como mejor le conviene: Amancio no prueba bocado, y no quita los ojos á su vecina, que quizá por la misma causa está tambien desganada, Benita y D. Urbano mascan a duo y mi hijo Juan se ocupa de Casimira. Hoy todos son felices; el cabrero está en la punta de la mesa, rodeado de muchachos que comen y charlan á cual más, Aguedita está en sus glorias, ¿y yo?. .. Yo á fuer de buen ingles, pido que hagan silencio, me pongo de pié y digo estas palabras, que participan del doble sello de la accion de gracias y del english speech :

—Amigos mios, demos gracias al Todo Poderoso por su incansable bondad. Despues de los dias de angustia, nos manda la felicidad y el contento, como manda el rocío á los campos abrasados por el calor del sol. No desesperemos jamás y en las tribulaciones elevemos siempre nuestro corazon al Padre comun: *su misericordia es infinita!*
